

EL
DERRUMBE
DEL
PODER
SOVIETICO

LUIS CORVALÁN

EL DERRUMBE DEL PODER SOVIÉTICO

LUIS CORVALÁN

Edición: Gabriela Meza

Dirección de Arte: Marcela Guarda

Diagramación: Fernando Pizarro

Diseño de Portada: Ximena Ureta

© Editorial Los Andes Callao 2988 - Teléfono 2463494

Inscripción N^Q 85.817

I.S.B.N. 956-7014-36-1

Derechos reservados para todos los países

Santiago de Chile -1993

Impreso en Salesianos

Impreso en Chile/Printed in Chile

«... Si el porvenir es rico en promesas, el presente nos ofrece decepciones sin número.

Si el porvenir es seguro, cuan infiel es hasta el más humilde presente.

Para llegar hasta la sombra acogedora del oasis que nuestros ojos descubren ya a lo lejos, ¡cuánto sangrarán todavía nuestros pies en las arenas abrasadoras del desierto! ¡Cuántos de nuestros hermanos, cansados o moribundos, serán abandonados por la larga caravana que marcha siempre y no se detiene jamás; cuántos de nuestros hermanos perecerán desgarrados por las bestias salvajes que rondan y nos encuentran; cuántos de nuestros hermanos perecerán bajo el plomo de los bandidos que nos espían siempre y nos asaltan a menudo!

Sin duda, nuestro ejército triunfará y nuestra noble bandera se desplegará sobre la tierra conquistada, pero más de un soldado quedará tendido por el camino y sus heridas no recibirán alivio, ni su nombre será reconocido. La derrota debe llorar y sufrir: cuenta sus soldados muertos; pero la victoria debe tener alegrías sin mezclar y ella los olvida. El porvenir, la victoria y el descanso no nos pertenecen; sólo son nuestras la derrota de ayer y la lucha de mañana».

(De Esperanza, libro anónimo, París, 1834.)

1.

POR QUÉ ESTAS PÁGINAS

Desde que el llamado socialismo real entró en crisis, millones y millones de seres humanos han vivido un hondo drama, acentuado tras el colapso de la Unión Soviética. Lo sucedido no estaba en los libros. Nunca lo consideramos posible. Por esto muchas preguntas nos acosan y claman respuestas. Personalmente, he sentido la necesidad de decir algo sobre el acontecimiento, tal vez por el hecho de ser, en gran medida, responsable por las apreciaciones que los comunistas chilenos tuvimos largo tiempo acerca de los países socialistas, en general, y de la Unión Soviética en particular. Esa necesidad se acrecentó cuando en los últimos días de agosto de 1991 asistí a una reunión del Partido en el pequeño pueblo de Til-Til, del cual fue varios años alcalde mi camarada Manuel Vargas, miembro del Comité Central, uno de los miles de luchadores que hizo desaparecer la dictadura de Pinochet. Los compañeros de Til-Til estaban deshechos, profundamente conmovidos por los sucesos en desarrollo en el gran país socialista que tanto habían apreciado. Hacía poco más de una semana que la URSS y el mundo habían sido sacudidos por el frustrado golpe contra Mijail Gorbachov que encabezó el vicepresidente Guennady Yanayev. Gorbachov ya había sorprendido con su renuncia al cargo de Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética y la petición de que su Comité Central se autodisolviera. Se suspendían las actividades del Partido, se cerraban sus locales, se congelaban sus fondos y se clausuraban sus diarios.

-¿Cómo se ha llegado a esta situación? -me preguntó un compañero en ese encuentro.

Y agregó a modo de comentario crítico:

-Y los camaradas que estuvieron exiliados en los países socialistas nada nos habían contado de las cosas que pasaban y que sólo ahora venimos a conocer.

Estoy seguro que las interrogantes e inquietudes de mis compañe-

ros de Til-Til son las mismas inquietudes e interrogantes de miles y miles de comunistas, de muchos socialistas y de cuanta persona honesta veía en la Unión Soviética una potencia inexpugnable que desempeñaba en el mundo un gran papel en defensa de la paz y como contrapeso del poder imperialista.

Su desplome sorprendió a todo el mundo. Fue un golpe muy grande, ante todo para los comunistas. Fue un factor de crisis de sus partidos. Desorientó a mucha gente que ha caído en la pasividad y el inmovilismo.

Estoy cierto que la generalidad de los militantes del Partido y el gran número de compatriotas que creyó en nuestra palabra no se explican cómo fue posible que fuéramos tan entusiastas y decididos defensores de la Unión Soviética, apasionados propagandistas de sus éxitos, amigos suyos en las duras y en las maduras, aliados en todas las circunstancias, al punto de aparecer incondicionales.

Ni por ser viejo comunista ni por haber vivido varios años en la Unión Soviética podría hablar de lo que allí ha ocurrido como un sabelotodo, aclarar todas las dudas y responder a todas las preguntas que se hacen, muchas de las cuales yo mismo me formulé. El derrumbe del poder soviético y la desintegración de la gran potencia que surgió de la Revolución Rusa de Octubre de 1917 es el acontecimiento internacional más trascendente de la mitad del siglo XX. No es fácil apreciarlo.

Un día le pregunté a Clodomiro Almeyda por el juicio que tenía sobre los sucesos que había presenciado directamente como Embajador de Chile en Moscú. Aún no estaba claro para dónde iban las cosas. Cloro prefirió no dar opiniones tajantes y, a propósito de ello, recordó que en cierta oportunidad le pidieron a Mao Tsetung que diera la suya sobre la Revolución Francesa y que el líder chino replicó en seguida preguntando por los años que habían pasado desde entonces.

-Casi 200 años -le contestaron.

-¡Ah, eso es poco -dijo-, hay que esperar algún tiempo más para opinar del hecho.

Y sin embargo se necesita ahora un análisis global y objetivo de

los hechos, del colosal proceso de construcción del socialismo en la ex-Unión Soviética, desde comienzo a fin, hasta el fracaso de la *perestroika*; se requiere el examen exhaustivo de las contradicciones que surgieron en el camino y de la forma en que fueron resueltas, teniendo en vista todos los elementos que contribuyeron a su superación o desenlace. Estoy seguro que tal análisis, que corresponde hacer a cuantos mantienen en alto la bandera del socialismo, provendrá, ante todo, de los propios revolucionarios rusos, que han sido y son protagonistas y testigos directos de las más grandes conmociones sociales del siglo. De dicho estudio se han de extraer conocimientos enriquecedores de la teoría que nos servirán a todos y que, en su momento, ayudarán a reemprender en la ex-Unión Soviética y en Europa del Este la gran aventura de hacer realidad el sueño de construir, con las correcciones correspondientes, una sociedad socialista en la que todos sean verdaderamente hermanos, ciudadanos con los mismos deberes y derechos.

Yo no pretendo entrar en un examen a fondo de los hechos. Aun cuando viví seis años en Moscú y tengo perdida la cuenta de las veces que antes de ello viajé a la Unión Soviética, estoy lejos de conocer profundamente cuanto tuvo que ver con su compleja realidad. Sólo trato de decir o comentar algunas cosas con el único propósito de ayudar a explicarnos y a explicar -no justificar- determinados fenómenos en los que nos hemos visto envueltos y las posiciones que adoptamos. Si en algunas partes mis comentarios se acercan al análisis, tómense ellos más bien como reflexiones personales que no comprometen obligatoriamente al Partido en que milito por espacio de más de 60 años.

* * *

Los que nos acogimos a la hospitalidad de la Unión Soviética veíamos en esta gran potencia euro-asiática un país que había alcanzado un importante grado de progreso y bienestar para sus pueblos. En él se podían observar y criticar imperfecciones, escasez y productos de mala calidad. Pero, por encima de ello, estaba a la vista la majestuosa construcción material del socialismo, la ense-

ñanza gratuita, la salud gratuita, su niñez privilegiada y el gran corazón de su pueblo, solidario con la causa democrática de Chile y con todos los que en cualquier punto del planeta se alzaban a la lucha por la libertad y la justicia social. Esto no era espejismo, sino una realidad.

Por esto nos sorprendió la situación revelada y denunciada por Gorbachov sobre el estancamiento que se había producido en los años del gobierno de Leonid Ilich Brezhnev. Se hizo claro, entonces, que los informes oficiales, en especial sobre la marcha de la economía, no siempre daban cuenta de la realidad verdadera. Pronto vendríamos a saber también que más de alguna vez recibimos del Partido soviético versiones inexactas o de dudosa veracidad sobre otras materias. Se nos dijo, por ejemplo, que al eminente físico Andrei Sájarov, que se hallaba confinado en Gorki, importante ciudad situada en las orillas del Volga, no se le autorizaba salir al extranjero porque era conocedor de secretos relacionados con las armas nucleares. Esta versión fue desmentida por los hechos, pues, cuando Gorbachov lo dejó libre, Sájarov fue elegido diputado y no pasó nada con los famosos secretos. Si éstos existían, el vilipendiado científico no los conocía o sabía guardarlos, no obstante sus diferencias con el gobierno de Brezhnev.

Mantuvimos una confianza virtualmente ciega en la Unión Soviética y su Partido Comunista.

La realidad nos ha golpeado brutalmente.

La caída del poder soviético, el derrumbe del socialismo real en Europa y la crisis que ha vivido el movimiento comunista son, en último término, productos de insuficiencias y falencias y de errores cometidos, grandes y pequeños, que se fueron acumulando a través de muchos años y de los cuales no tuvimos clara conciencia. No significan el fracaso ni menos el fin del socialismo, sino el fracaso de un tipo de régimen socialista que fue haciéndose más y más burocrático, alejándose del pueblo y perdiendo sus esencias. Y esto, por muchos que sean los dolores y problemas que temporalmente ha traído, será, en definitiva, considerado y asumido como una gran lección de la historia.

2.

LA PERESTROIKA EMPEZÓ MAL

El embajador cubano en Moscú, Leonel Soto, me llamó por teléfono para convenir una cita con el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez. Esta tuvo lugar en mi departamento del Callejón sin Dios (Biezbozhny Pereulok), en los primeros días de mayo de 1985. En ella participaron Leonel Soto y Volodia Teitelboim. Carlos Rafael había llegado a la capital soviética para concurrir a la celebración de los 40 años de la victoria sobre la Alemania hitleriana. Traía una invitación de Fidel Castro -que se extendía al economista Hugo Fazio- para que asistiéramos a la Conferencia Latinoamericana sobre la Deuda Externa, que se efectuaría en La Habana a fines de ese mismo mes.

Lo de la deuda externa de los países de América Latina y más exactamente del Tercer Mundo era y es un gran asunto. Pero la conversación no giró sobre este tema, sino sobre la *perestroika* que daba sus primeros pasos. Sus líneas gruesas habían sido aprobadas un mes antes, en abril de aquel año, cuando Gorbachov fue designado Secretario General del PCUS y lanzó las primeras ideas sobre el cambio de rumbo que se requería y que Yuri Andropov ya había insinuado y promovido en su breve paso por la Secretaría General del Partido. Andropov falleció y fue sucedido por Konstantín Chernenko, quien volvió la vista atrás y dejó las cosas como estaban antes.

Las complicaciones que llevaría consigo la *perestroika* eran inimaginables. En algunos despertó temores; en la mayoría, esperanzas y simpatías desde el primer momento.

En los días de nuestra entrevista con Carlos Rafael Rodríguez el comentario obligado eran las medidas adoptadas por el gobierno soviético en contra del alcoholismo. El vodka, el coñac y toda bebida alcohólica eran retirados de las casas de reposo, de los sanatorios y de los dos hoteles que tenía el Partido en Moscú. El sistema había creado sus propias costumbres. En cada fábrica o servicio

importante, en cada establecimiento, comprendida la Universidad Patricio Lumumba, el director siempre estaba provisto de estos licores, y de café y té para atender a las visitas. También esto fue suprimido de una plumada. El expendio mismo de bebidas alcohólicas, ahora a precios más altos, se limitó a determinados locales y se redujo el horario de venta a unas pocas horas de la tarde. Todo esto produjo una gran conmoción en el pueblo, entre los millones y millones de soviéticos habituados a beber vodka, coñac, cerveza o vino. Las disposiciones tomadas eran cuestionadas por mucha gente y defendidas por otras, principalmente por las mujeres. Largas colas se formaban para comprar estas bebidas en aquellos pocos negocios que las expendían.

Por esos mismos días se habían adoptado medidas de control sobre lo que hacían o no hacían los hombres del aparato ejecutivo de las empresas. A varios de ellos no se les encontró en sus puestos en horas de trabajo, sino en los saunas u otros lugares con los mandamases de otras empresas del barrio. La población veía con agrado esta arremetida contra la burocracia y sus males.

En nuestro coloquio, Carlos Rafael, Leonel, Volodia y yo coincidíamos en que un problema como el alcoholismo no podía tener una solución administrativa. Se requería largo tiempo, el paso de varias generaciones, cambios en muchos terrenos para que fuese superado o reducido a proporciones tolerables.

¿Cuál fue el resultado de la embestida contra el alcoholismo? En un primer tiempo disminuyó el consumo de alcohol y, por consecuencia, se redujo el número de borrachos, que casi ya no se veían en las calles. Pero también bajaron, en cantidad considerable, el ingreso al fisco por capítulo de impuestos y la rentabilidad de las empresas que fabricaban vodka y otros licores. El precio de costo de una botella de vodka era, por así decirlo, de un rublo y se vendía a 5 ó 7 antes de la *perestroika*. Era un negocio redondo que se vino abajo con las restricciones decretadas. Estas dieron origen al mercado negro. A cualquiera hora de la noche era posible encontrar taxistas que andaban con su cargamento etílico que vendían a buen precio. Luego la gente se dedicó a hacer *samagón*, el aguardiente casero, echando mano de alambiques artesanales, general-

mente instalados en la cocina o el baño de la casa. Usaban azúcar como materia prima. La nueva «industria» se expandió tanto que escaseó el azúcar y hubo que racionarla. Las repúblicas de Moldavia, Armenia, Georgia y Azerbaiyán, que producían vino y coñac, sufrieron fuertes pérdidas por la disminución de las ventas. Para colmo, hubo mandos medios que, para no ser menos, ordenaron arrancar las viñas en miles y miles de hectáreas. En resumen, no se resolvió el problema del alcoholismo y se crearon otros.

Un comentarista de *Pravda*, con quien conversé largamente en Moscú, en 1989, me habló sarcásticamente de las medidas tomadas contra el consumo de vodka. Las llamó «la más brillante tontería de la perestroika».

* * *

De acuerdo a sus lineamientos originales, la *perestroika* estaba destinada a sacar a la URSS del estancamiento en que se hallaba, a suprimir la distancia que la separaba de los principales países capitalistas en el dominio y aprovechamiento de los avances científico-técnicos de la época y a democratizar la sociedad soviética en todos los aspectos.

En español, *perestroika* quiere decir reconstrucción, reorganización, reestructuración. Se trataba, pues, de reconstruir el sistema, de abandonar o modificar sustancialmente el tipo de régimen socialista establecido desde los tiempos de Stalin.

No daba para más ese tipo o modelo de socialismo, que bien podría calificarse de estatista y burocrático y que algunos también llaman socialismo de cuartel. Tal tipo de sistema había terminado por cercenar el empuje revolucionario de las masas y del propio Partido, provocando la indiferencia, cuando no el repudio, de buena parte de la población. El estancamiento de la Unión Soviética en los últimos años del período de Brezhnev era el resultado de esta situación. La necesidad de un cambio de rumbos se hizo sentir. La *perestroika* apareció como una respuesta positiva a tal necesidad.

La *glasnost* acompañó a la *perestroika*. *Glasnost* significa publicidad, hacer público, esto es actuar con transparencia, de cara a la gente, con toda claridad, lo cual dio lugar a una amplia libertad de crítica y de opinión. Por añadidura, empezaron a surgir y a desarrollarse, con creciente fuerza, corrientes y luego organizaciones y movimientos que expresaban la diversidad de pensamiento que existía en el seno de la sociedad soviética y que el sistema no reconocía y menos toleraba. Con diversos nombres, algunos de estos organismos entraron a operar como verdaderos partidos políticos, sobrepasando *de jacto* el régimen de partido único.

Gorbachov definió la *perestroika* como una revolución dentro de la revolución, destinada a lograr más socialismo y más democracia. Pues bien, una revolución, una reestructuración de la sociedad, una renovación tan profunda como la *perestroika* no podía desarrollarse plácidamente, en forma idílica, sin conflictos de diverso tipo. Al revés, tenía que desatar y poner al desnudo las contradicciones que yacían en el seno de la sociedad, que es lo que ocurrió a poco andar. Así entonces, dio luz verde a la expresión del descontento acumulado, por distintos motivos, en la mayoría del pueblo y particularmente en las repúblicas que carecían de una real autonomía y que estaban más bien sujetas al poder central, a la política del «orden y mando» desde la capital de la Unión. Dio origen a una intensa lucha entre lo nuevo y lo viejo, entre los que promovían los cambios y los que se aferraban al pasado o al *statu quo*.

* * *

Cuando en julio de 1989, en pleno verano del Hemisferio Norte, estuve por última vez en Moscú, las contradicciones desatadas estaban al rojo vivo. Eran días de gran efervescencia social. Los mineros del carbón, tanto de la cuenca del Don como de Siberia, se hallaban en huelga. Entre otras cosas, reclamaban disponer de suficiente jabón. ¿Qué cosa podía ser más necesaria para los obreros de las minas del carbón? Además de este artículo, escaseaban los cigarrillos. ¡Los cigarrillos y el jabón! Lo suficiente para irritar a la gente. Mi intérprete, Alejandro, empedernido fumador, andaba,

como todos los fumadores, con los nervios de punta. Nunca lo sentí más feliz que el día en que, de regreso de la RDA adonde había ido para atravesar el muro y revalidar mi pasaporte en Berlín occidental, le traje de regalo dos paquetes de cigarrillos. Por su lado, Natasha Diómina, a quien conocí en Valparaíso donde enseñaba ruso en la sede del Instituto chileno-soviético del puerto, llegó varias veces a vernos al hotel donde nos hospedábamos Lily y yo. Aprovechaba estas visitas para retirar, con nuestra complacencia, aunque fuesen restos de jabón.

El descontento subía de tono. Recrudecía la delincuencia. En ciertos órganos de prensa se expresaban las opiniones más diversas y extrañas. Algunos sostenían, por ejemplo, que todo era mejor en tiempos de Stalin o que la culpa no era de Stalin sino de Lenin o que la raíz del mal estaba en el hecho que los bolcheviques y el pueblo que marchó con ellos no se conformaron con la revolución de febrero y se empeñaron en caminar al socialismo realizando también la Revolución de Octubre.

En aquel, mi último viaje a la URSS, recibí la Orden de la Estrella Roja, condecoración que me había dispensado el Soviet Supremo cuando cumplí 70 años. Me hizo entrega de este galardón el uzbeko Rafik Nishanov, presidente del Soviet de las Nacionalidades, en una ceremonia que tuvo lugar en una de las salas del Kremlin. Fue un acto muy cordial, entre amigos, regado con una copa de champaña y seguido de una comida en el hotel que el partido había hecho construir a pocos pasos del río Moskova, en la calle Dimitrova. Era un lujoso hotel, donde me alojaba por primera vez. Se terminó de construir cuando Yuri Andropov, de quien todos los soviéticos guardan un buen recuerdo, era el Secretario General del Partido. Me contaron que Andropov fue invitado al acto de su inauguración. Cruzó la puerta de entrada, accedió al amplio *hall*, miró la imponente y ancha escalera de mármol que conducía al entresuelo, se dio media vuelta y se fue.

En las palabras de agradecimiento por el galardón recibido me permití expresar, junto con nuestro decidido apoyo a la *perestroika*, el temor personal que por momentos yo sentía de que el proceso de cambios pudiera salirse de madre.

La comida de la noche transcurrió, como decían habitualmente los comunicados de prensa -pero esta vez sin comunicado y de verdad-, en un ambiente cordial y de gran amistad. A ella asistieron, por la parte soviética, el sub-jefe del Departamento Internacional del PCUS, un funcionario que no conocía y cuyo nombre no recuerdo, nuestro viejo amigo Mijail Kudashkin y Anatolí, el nuevo encargado de las relaciones con el Partido chileno. Consideré que ésta era la ocasión más propicia para explayarme en las inquietudes que me asaltaban. Tomé la ofensiva a raíz de un reportaje que había visto en la TV sobre la manifestación simultánea que el día anterior tuviera lugar en los países bálticos -Lituania, Estonia y Letonia- en demanda de su plena independencia. La manifestación había sido grande, muy grande. Un cordón humano, formado por hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños, todos entrelazados de las manos, cruzaban de punta a punta el territorio de los tres países. Un acontecimiento de tal magnitud no se podía ocultar o minimizar. Había que registrarlo en la prensa y transmitirlo por la televisión, entre otras razones, para que todos los soviéticos tuvieran cabal conocimiento de los problemas que enfrentaban. Pero la TV soviética, en mi opinión, fue más allá del cumplimiento de sus deberes informativos. Por lo general, y no obstante su buen contenido cultural, la caracterizaban la rutina, el manejo mediocre de la cámara, el sub-empleo de los recursos técnicos, la falta de creatividad. Esta vez cambió. Hizo uso de todas sus posibilidades. Las cámaras enfocaban los rostros más cargados de sentimientos, las manos más fuertemente entrelazadas, los niños más pequeños con sus atuendos típicos. Las imágenes hablaban estimulando el nacionalismo. Éste era, ciertamente, una realidad y era ya claro que la demanda de independencia no se podía escamotear. Pero, ¿por qué la TV -TV de toda la Unión- tenía que atizar aquella hoguera?

Los medios de comunicación se escapaban de las manos del Partido. Este fue otro revés de la *perestroika*. En algunos órganos de prensa -diarios, semanarios, revistas- uno se encontraba con artículos escritos por francotiradores antisoviéticos, por gente que disparaba por su cuenta, con irresponsabilidad. Se fomentaba la confusión, la dispersión ideológica. A la ofensiva estaban elementos contrarios al socialismo. Con distintos nombres habían surgido

varias organizaciones que no eran sino nuevos partidos políticos. Una de ellas era la Unión Democrática, dirigida por intelectuales descontentos por diversos motivos. Algunos de sus miembros eran descendientes de víctimas de Stalin, que tenían un periódico llamado *La Voz Libre*, que se imprimía en Novosibirsk con matrices que llegaban desde Francia. Virtualmente, el régimen de partido único había dejado de existir. Esto no era malo de por sí. Al fin y al cabo se requería que en la vida política se expresara el pluralismo de ideas. Lo malo era que el Partido Comunista ya no jugaba un papel de dirección o no lo jugaba a cabalidad.

Alexander Yákovlev, miembro del Buró político del PCUS, daba cuenta de esta situación. En una reunión con activistas del Partido y los Soviets de Letonia, celebrada en Riga, se quejaba por el hecho que la mayoría de las organizaciones del Partido no entablaban discusiones públicas, abiertas y francas, y criticaba la pasividad, la contemplación, el adormecimiento político en que se hallaban. «Observamos frecuentemente -decía- casos en que comunistas, tanto de fila como dirigentes, ni siquiera saben hablar debidamente con la gente. O han olvidado cómo se hace o no lo han aprendido».

Tiempo después tuvo lugar en Chile una huelga de los trabajadores de la salud. Bajo la dictadura, la salud y la educación fueron los servicios más desatendidos y postergados. El dirigente N° 1 de la huelga fue mi compañero de partido Humberto Cabrera. Aparecía casi todos los días en la TV dando cuenta de la marcha del conflicto, en polémica abierta con el ministro del ramo, el doctor Jiménez y con el dirigente del mismo gremio, Juan Díaz, militante de la Democracia Cristiana. Cabrera alegaba, con mucha pasión y convicción, en favor de un mejoramiento substancial de las remuneraciones de quienes representaba, en tanto que Jiménez y Díaz, sin desconocer la situación desmedrada en que se hallaban los trabajadores de la salud, abogaban para que éstos morigerasen sus exigencias. En ese momento, mientras veía el noticiario de la televisión, recordé lo que había observado en Moscú un par de años antes y pensé en la falta que hacían en la Unión Soviética comunistas como Humberto Cabrera para librar la lucha ideológica y política y asegurar así el éxito de la *perestroika*. No vi al partido soviético en la pelea o, al menos, no se notaba.

Los acontecimientos siguieron desarrollándose en forma tal que el Partido Comunista de la Unión Soviética fue siendo desalojado de más en más del centro de la escena.

La *glasnost* fue más allá de la transparencia, de la publicidad que debía acompañar a la actividad política y al quehacer de los dirigentes del Estado. Le dio luz verde a los enemigos del socialismo. Por eso, en la comida aquella del Hotel Dimitrova, le dije a mis amigos soviéticos:

-Yo estoy con la perestroika mil por mil, pero no con la actitud contemplativa que impera en el Partido y en el gobierno con los que hacen mal uso de la *glasnost*.

Tanto la perestroika como la *glasnost* se dispararon sin ton ni son.

3.

JRUSCHOV, EL PRIMER INTENTO

Con Jruschov se produjo el primer intento democratizador de la sociedad soviética. Diversas iniciativas se pusieron en práctica en este plano. Una de ellas estableció la renovación obligatoria de los dirigentes del Partido, del Estado y de las organizaciones sociales, no permitiendo su reelección por más de una vez. Así se pretendía garantizar la rotativa en los cargos y asegurar la renovación constante de los dirigentes. El intento duró poco. Se alegó en su contra apenas comenzó a ponerse en práctica, afirmándose que resultaría inconveniente el cambio obligatorio del Presidente de tal o cual *koljós* (hacienda colectiva) o de tal o cual soviets local o de tal o cual organización del Partido, pues en muchos casos se desempeñaban muy bien en el puesto y contaban con el apoyo de todos. La disposición correspondiente se echó abajo, favoreciendo la consolidación del aparato como una capa burocrática.

Nikita Jruschov fue el primero en advertir las deformaciones que se habían producido en la construcción del socialismo. En el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado a comienzos de 1956, destapó la olla podrida de los crímenes y arbitrariedades de los tiempos de Stalin y denunció el culto a la personalidad como una práctica nociva y extraña al comunismo. No expresaba solamente sus opiniones, sino también la de millones de comunistas y no comunistas que consideraban ya entonces - y también años antes- como algo absolutamente necesario corregir errores y superar insuficiencias.

Siempre los congresos del Partido soviético eran públicos y abiertos. Sus debates se transmitían directamente por la televisión y la radio. Siempre tenían también una sesión reservada, sin presencia de los delegados extranjeros, en la cual se daba un informe sobre el movimiento financiero del Partido y se elegía el Comité Central y la Comisión de Control y Cuadros. Esta vez, en la sesión privada del XX Congreso, se entregó lo que luego se conociera como «el

informe secreto de Jruschov», en el cual éste reveló, con pelos y señales, los crímenes cometidos por Stalin. Yo concurrí a ese Congreso en representación del Partido chileno. A los pocos días de mi regreso, la prensa de Santiago, como la de todo el mundo, daba cuenta del misterioso y ya famoso informe. Sólo lo habían escuchado los delegados soviéticos. Además, se les había permitido leerlo a los representantes de los países socialistas y a los secretarios generales de los partidos comunistas de Francia e Italia, Maurice Thorez y Palmiro Togliati. La forma en que llegó a la prensa es algo que permanece en la penumbra o en el misterio. El hecho es que la bomba estalló en Copenhague. Fue allí, en la capital danesa, donde se publicó primero.

Cual más cual menos, todos los partidos comunistas tenían a Stalin por los cuernos de la luna y se definían marxistas-leninistas-stalinistas. La denuncia de los crímenes cometidos durante su reinado produjo una gran conmoción en sus filas. Fue una conmoción necesaria y, en definitiva, fue bueno que ya entonces se revelaran las barbaridades perpetradas a la sombra del culto a un individuo.

Jruschov era un hombre campechano, extrovertido y fanfarrón al mismo tiempo. Estableció buena comunicación con todo el mundo, salvo con los chinos y con los cubanos durante la llamada crisis de octubre. Hizo, además, buenas migas con la Yugoslavia de Tito, aunque ellas nunca alcanzaron el nivel que tenían antes de la campaña que se emprendiera en su contra por haber corrido con colores propios en la construcción del socialismo.

En cierta oportunidad, hallándose de vacaciones en Yalta, Jruschov nos invitó a almorzar a todos los comunistas de otros partidos que nos encontrábamos en las cercanías, también en tren de descanso. Con él estaba su esposa, Nina Petrovna, de trato muy agradable, con la cual andaba siempre, como Lenin con la Krupskaja -y después Gorbachov con Raisa-, a diferencia de los demás dirigentes soviéticos a los cuales nunca se les veía con sus compañeras. Previo al almuerzo hubo una sesión de tiro al platillo. Todo estaba preparado para ello. Jruschov dio la partida. Tomó el rifle. Los platillos comenzaron a salir cada tantos segundos y a describir

uno y otro su propia y caprichosa trayectoria. El anfitrión le dio en el blanco a todos. A continuación le tocó el turno a Ulbricht, luego a Kadar y en seguida a Koslov y otros dirigentes de primera línea. Habían pasado por la guerra y exhibieron excelente puntería. No pocos nos abstuvimos de disparar. Yo no quise mostrar la hilacha. Me sentí apocado y me propuse practicar el tiro. Me traje una buena escopeta rusa, de las fabricadas en Tula, la ciudad de las escopetas y los samovares. En mis vacaciones, que siempre tuve en invierno, porque en esta temporada se descansa más, la ocupé por espacio de 15 años, pero nunca fui un buen tirador. Terminé echando abajo uno que otro pájaro parado. Al vuelo no di una.

Jruschov cometió no pocos errores. Fue subjetivista y voluntarista en muchos aspectos. Sin pisar tierra firme proclamó a todos los vientos que, en un breve período, el socialismo superaría al capitalismo en el terreno económico. Su informe al XXII Congreso termina diciendo: «El Partido Comunista de la Unión Soviética declara solemnemente que la próxima generación soviética vivirá en el comunismo». Fue más lejos. En cierta ocasión dijo con todo énfasis: «Enterraremos al capitalismo».

Tiene también sus méritos, grandes como sus defectos. Hasta el XX Congreso del PCUS se consideraba la guerra como un fenómeno consubstancial al capitalismo, que lo acompaña como la sombra al cuerpo. Era, por lo tanto, un mal inevitable. La tercera guerra mundial vendría. La guerra fría era su prolegómeno. Jruschov, en su informe a dicho congreso, considera caduca esa tesis y sostiene con toda fuerza que, en virtud de las modificaciones producidas en la correlación de fuerzas en el mundo y en razón del hecho que la bomba atómica puede convertir la Tierra en un planeta muerto, era necesario y posible evitar el choque e imponer, en cambio, la coexistencia pacífica entre el capitalismo y el socialismo. Sostuvo, además, la posibilidad de que la clase obrera accediera al poder por una vía pacífica con el objetivo de construir el socialismo.

En los primeros años que estuvo a la cabeza del Partido y del Estado, Jruschov alcanzó una gran popularidad. Puso en práctica un programa social que comprendió aumento en las jubilaciones, un

impulso a la construcción de viviendas y otras mejoras. Los campesinos fueron beneficiados con medidas destinadas a desarrollar la producción agraria y a elevar su condición en la sociedad civil. No tenían documentos de identidad y Jruschov se los dio. Después vino el descontento. Este se hizo presente cuando se tomaron una serie de resoluciones que restringían el derecho de los campesinos a auto-explotar retazos de tierras y a criar cierto número de cabezas de ganado. Estas restricciones formaban parte de una política subjetivista, destinada -se creía ilusamente- a acelerar los cambios sociales en la perspectiva del comunismo. Por su lado, gran parte de la población urbana se volvió contra Jruschov cuando subieron el precio de la carne y de los productos lácteos. La gente empezó a darse cuenta que era un engaño la afirmación que había hecho, en orden a que en el transcurso de pocos años la Unión Soviética superaría al capitalismo en el terreno económico y dejaría atrás a los propios Estados Unidos.

* * *

La ya mencionada crisis de octubre -de octubre de 1962- se produjo cuando los norteamericanos detectaron que los soviéticos estaban instalando en Cuba una base de misiles. Esta se había convenido con los cubanos en una reunión que se celebró en la Casa de Protocolo N° 1, en las colinas de Lenin, cerca de la Universidad Lomonosov, reunión en la que participaron Raúl Castro, el primer ministro Kosiguin, el general Malinovski y el encargado de América en el Departamento Internacional del PCUS, Vitali Korionov. La base se montaba en secreto. Una vez que estuviese instalada se anunciaría su existencia con bombos y platillos. Con ella se trataría de disuadir a los Estados Unidos del propósito de llevar a cabo una nueva agresión a Cuba, como la de Playa Girón, que el año anterior había preparado y financiado Norteamérica. Los soviéticos creyeron, de acuerdo a informes de sus servicios de seguridad, que las palmeras que abundaban en los lugares donde se instalarían las rampas de misiles impedirían que los aviones norteamericanos pudieran observarlas y fotografiarlas desde la altura que tenían que

desplegar sus vuelos. Por eso, y para andar más rápido y evitar un mayor gasto, no las construyeron bajo tierra. Pero en medio de la crisis, Estados Unidos dio a la publicidad fotografías de esas rampas. Y puso el grito en el cielo ante el «peligro» de una agresión soviética. Alrededor del mundo tenía muchas bases militares, una de ellas con misiles en Turquía, en la frontera soviética. Lo que podía hacer él no lo podía hacer el otro. Tal era la lógica de Washington. Se lo dijo Dean Rusk a su colega Andrei Gromiko: «Ustedes -le expresó- están acostumbrados a vivir cercados de misiles, pero no nosotros. Es la primera vez que debemos hacer frente a tal amenaza. Esto nos tiene en un estado de *shock* que no podemos superar». Curiosamente, al relatar sus conversaciones con Kennedy y Rusk, Gromiko en sus memorias pasa por alto estas palabras del Secretario del Departamento de Estado del Gobierno de Washington, que en cambio cita Jruschov en las suyas.

El revuelo fue tal que el mundo entero llegó a temer el estallido de una tercera guerra. Moscú entró en conversaciones con Washington sin ponerse de acuerdo con La Habana, lo que dio origen a una desinteligencia que entonces salió a la luz pública y que a comienzos de 1992 se vino a conocer más, a raíz de la publicación de las cartas que en medio de la crisis de octubre intercambiaron Fidel Castro y Nikita Jruschov. Se trata de tres cartas de Fidel y dos de Nikita, que el líder cubano resolvió hacer públicas, probablemente al conocer la edición del tercer volumen de las memorias de Jruschov, compuesto y publicado en 1990 en Occidente a base de 100 cintas magnetofónicas y 16 casetes en los que el exgobernante soviético registra relatos, recuerdos y opiniones sobre los más importantes acontecimientos de su época y se refiere a la crisis de los misiles en términos a ratos descomedidos para Cuba. Las cartas en cuestión se las entregó Fidel al escritor Jean-Edern Hallier en la oportunidad en que éste, a mediados del 90, siguiera sus pasos durante cinco días, después de lo cual escribió un gran reportaje: «Fidel Castro, conversación al claro de luna». En la primera carta, que Fidel Castro le dirigió a Jruschov el día 26 de octubre, le dice que, luego de analizar la situación, concluye que la agresión norteamericana a Cuba es cuestión de 24 a 72 horas y que lo más probable es que consista en un ataque aéreo con el solo fin

de destruir objetivos precisos. También -dice- puede revestir la forma, menos probable, pero posible, de una invasión. «Yo comprendo que ésta -agrega-exigiría una gran cantidad de fuerzas y, además, es la forma más repugnante de agresión, lo que puede impedir la, pero -continúa diciendo- si la segunda hipótesis se realiza y los imperialistas invaden Cuba, con el fin de ocuparla, el peligro para la Humanidad de una tal política agresiva es tan grande que después de eso la Unión Soviética no debería jamás dejar crearse una situación en la cual los imperialistas pudieran dar contra ella el primer golpe de una guerra nuclear. Yo digo esto -expresa-, pues creo que la agresividad de los imperialistas deviene extremadamente peligrosa, y si ellos llegan a (cometer) un acto tan brutal -violando la ley y el derecho internacional-como la agresión a Cuba, ése sería el momento para eliminar para siempre un peligro parecido. Se trataría de un acto relevante de la más legítima defensa, por dura y terrible que fuese la solución, pues no existiría otra. No obstante, hasta el último momento, nosotros conservaremos la esperanza de que la paz sea salvada y estamos dispuestos a contribuir a ella con los medios a nuestro alcance». Respondió Jruschov con un argumento valioso: que John Kennedy le había dado una primera respuesta favorable a la proposición de retirar los cohetes soviéticos, a cambio del compromiso de no invadir y de no permitir que sus aliados invadan Cuba. Pero su contestación tenía un tonito paternalista y peyorativo. «Nos gustaría recomendarle -le decía- no dejarse arrastrar por los sentimientos» o «Nos gustaría aconsejarle amigablemente» que tenga paciencia. Le dice que «se subentiende que si hay una invasión es preciso responder por todos los medios, pero sin dejarse arrastrar por las provocaciones». Y de paso reprocha a los cubanos por «haber derribado ayer un avión norteamericano», en medio de la crisis, lo que van a aprovechar los agresores para alcanzar sus objetivos. Vino una segunda carta de Fidel, otra de Jruschov y una última del líder cubano. El hecho es claro: la retirada de los misiles se hizo sin consultar a los cubanos, sin el acuerdo de las tres partes involucradas. Según cable de la agencia EFE, (*La Época* 23 de febrero de 1992), en la reunión que el mes anterior se realizó en dicha capital entre representantes de Rusia, Cuba y EE.UU., Fidel Castro «informó

que «la retirada de los misiles, luego de las negociaciones entre los entonces presidentes de EE.UU., John F. Kennedy, y de la URSS, Nikita Jruschov, se hizo sin el consentimiento y con la oposición de su gobierno».

Por esos días se celebraba en Sofía un Congreso del Partido Comunista búlgaro. Los delegados latinoamericanos que a él concurrían se reunieron una noche para tratar el asunto, sin la presencia de Blas Roca ni la mía. Blas -a quien conocía desde los viejos tiempos en que fue Secretario General del Partido Comunista y luego Socialista Popular- estaba muy indignado por ese encuentro realizado a sus espaldas, esto es, al margen de Cuba. Su enojo era expresión de la desinteligencia surgida entre Moscú y La Habana, de la cual yo no tenía mayor conocimiento. Algún tiempo más tarde viajó Mikoyán a la Isla de la Libertad, como llamaban los soviéticos a la patria de José Martí y de Fidel Castro, con el propósito de superar las desinteligencias y mejorar las relaciones con los cubanos. Su gestión fue positiva. Pero los resquemores vinieron a disiparse por completo sólo durante el gobierno de Brezhnev. Lo supe a mediados de 1965, cuando, junto con los diputados Manuel Cantero y José Oyarce, viajé desde Moscú a La Habana en un vuelo inolvidable. La guerra fría estaba en su apogeo. Ningún país del occidente de Europa ni de África permitían que los aviones de Aeroflot hicieran escala. Entonces, los soviéticos decidieron volar directamente desde su propio territorio del Polo Norte, atravesando cielos y mares internacionales. Volamos, pues, desde Murmansk a La Habana en un TU 114 que se reabastecía en el aire en un depósito de nafta acondicionado en la parte trasera de la cabina de pasajeros y que desde el Ártico se desplazaba hacia el Caribe, a la vista de Groenlandia y las costas de Canadá y los Estados Unidos. Nos entrevistamos con Fidel Castro. En el primer plano de la noticia estaban la repentina desaparición pública del Che Guevara y el golpe de Estado que había depuesto a Ben Bella, el líder de la independencia de Argelia, lograda hacía sólo tres años. De todo conversamos. Fue en este encuentro que Fidel nos habló de las relaciones con la Unión Soviética y tuvo palabras de reconocimiento por el trato deferente que Brezhnev, el nuevo gobernante soviético, le dispensaba a Cuba. Algún tiempo después, tras la resolución del

2° Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en diciembre de 1980, de poner a todo el pueblo en pie de guerra contra cualquier nueva agresión imperialista, la dirección soviética encabezada por Brezhnev tuvo otro gesto amistoso: dispuso el armamento necesario para armar a todos los cubanos. Chernenko, que asistió a ese Congreso, recibió la petición correspondiente de Fidel Castro. La respuesta positiva fue prácticamente inmediata. Esto lo supe de primera fuente.

4.

DOS GOLPES DE ESTADO

En el verano europeo de 1989, Mijail Gorbachov estuvo en Francia invitado por el presidente Francois Mitterand. Con este motivo la revista *V Express* publicó un número especial dedicado a la Unión Soviética con un título impactante en la portada: «Gorbachov en peligro». Uno de sus articulistas sostenía que la *perestroika* estaba amenazada desde tres ángulos: «La economía soviética -escribía- se halla al borde del precipicio, los conflictos étnicos están en pleno desarrollo y el conservadurismo va mucho más allá de los 18 millones de burócratas que hay en la URSS (referencia al número de miembros que entonces tenía el PCUS) para convertirse en un factor que tiende a ser común a la mayoría de la población».

Al subsiguiente día, en la conferencia de prensa que Gorbachov dio en la capital gala, el corresponsal del periódico inglés *Daily Express* le preguntó derechamente qué sería de la *perestroika*, de la *glasnost*, de la nueva mentalidad, de la casa común europea, es decir, de las principales ideas que había sustentado, si por alguna razón se viera imposibilitado de aplicarlas personalmente.

-¿Cuál es el motivo de su preocupación, tiene usted informes de mi estado de salud o algo por el estilo? -replicó el interpelado. Luego, en el clima de incertidumbre que había en aquella conferencia por el éxito de la *perestroika*, admitió que toda reforma social entraña algunos peligros. Por eso es importante -añadió- que los procesos sociales no se salgan de las manos.

Dos años y un mes después, en agosto de 1991, la *perestroika* se escapó de las suyas.

El golpe de Estado encabezado por Yanayev depone a Gorbachov por tres días. Cuando éste reasume el cargo se ve claro que ha perdido las riendas del poder. Yeltsín, el presidente de la Federación Rusa, que se opone a la asonada, surge con más autoridad y marca rumbos. Suspende por decreto las actividades del Partido Comunista en Rusia, clausura *Pravda* y otros cinco diarios y toma una

serie de otras medidas que van más allá de sus atribuciones y exigen sanción legislativa. Gorbachov manifiesta su desacuerdo. Sostiene que no todos los comunistas están comprometidos en el golpe de Yanayev y que, en fin, es un error apuntar contra todo el partido. Pero sus objeciones y protestas fueron vanas. Yeltsin se salió con la suya y Gorbachov terminó por seguir sus aguas, empezando por renunciar a la Secretaría General del Partido el sábado 24 de agosto.

En estricta verdad, en aquellos días no hubo sólo un golpe de Estado, sino dos o, tal vez sea más correcto decir, un intento de golpe o golpe fracasado, el que encabezó el vicepresidente Yanayev, y el verdadero golpe, el que se impuso, que se venía preparando desde hace tiempo, el golpe contra el socialismo que lideró Boris Yeltsin. Sobran y están a la vista las pruebas de que esto fue precisamente lo que ocurrió en la Unión Soviética, lo principal de los sucesos de agosto. La más relevante de esas pruebas es la proscripción del Partido Comunista, lo que constituye, de por sí, un golpe en cualquier país del mundo y para qué decir en el país en que ese partido encabezó la primera revolución socialista victoriosa, gobernó durante 74 años y en cuya Constitución (artículo 6) se le reconocía o confería el papel rector de la sociedad y del Estado.

Las agencias informativas manipuladas por las transnacionales presentaron las cosas como si todo hubiese consistido en una pugna entre partidarios y enemigos de los cambios, entre ortodoxos y renovados, entre totalitarios y demócratas, y vendieron la idea de que la acción de Yanayev era un simple golpe de Estado dirigido a terminar con la *perestroika*. Los gobernantes de los grandes países capitalistas reafirmaron esta versión, expresando su inquietud por el peligro de que se frustraran las reformas que Gorbachov había iniciado, y no pocos demócratas, incluso comunistas, se tragaron este anzuelo.

Transcurrido más de un año de aquellos acontecimientos se puede comprender mejor lo que representaban y buscaban las fuerzas en pugna. Aunque tras el golpe de Yanayev era notoria la presencia de elementos conservadores, el objetivo que perseguían sus principales actores era más bien otro. Como dijo el jefe de la KGB, Vla-

dimir Kriuchkov, que estuvo comprometido en el golpe, éste fue, por sobre todo, el grito desesperado de los que, desde distintas posiciones, querían salvar a la Unión Soviética, en tanto que la victoria de

Yeltsin significó el triunfo de los que buscaban su desintegración y el colapso del socialismo que allí se había edificado.

* * *

El fallido golpe había sido anunciado.

El primer aviso se dio en septiembre de 1989 en un extenso artículo que apareció en *Pravda* firmado por el doctor en Filosofía N. Mijailov, bajo el sugerente título «¿Es posible hoy un octubre del 64?». En octubre de 1964 fue intempestivamente removido Nikita Jruschov y reemplazado por Leonid Brezhnev. Brazo derecho de éste fue Mijail Suslov. Ambos se concertaron y convencieron a la mayoría del Comité Central de la necesidad de desplazar a Jruschov. Tuvieron el apoyo del Ministro de Defensa, el mariscal Malinovsky y del presidente de la KGB, Semichastny. Ahora, en agosto de 1991, se intenta usar la misma técnica para hacer a un lado al líder de la *perestroika*. Pero nunca segundas partes fueron buenas. Ni el Ejército ni la KGB eran los mismos. Tampoco lo eran el Partido ni la sociedad soviética tras seis años de haberse echado a andar la *perestroika* y la *glasnost*. Se había perdido la unidad y la disciplina que habían demostrado antes. (Sólo constato el hecho; no alabo la forma en que se daban dichos valores). Además, esta vez, en 1989, los conflictos entre naciones y etnias cruzaban en toda su extensión el territorio soviético.

Me leyeron en Moscú el artículo de Mijailov. Me pareció, entonces, que contribuía a sembrar la desconfianza en las transformaciones que la *perestroika* estaba impulsando, en el momento en que lo central era apretar filas en la lucha por los cambios bajo la dirección del Partido. Me traje ese artículo, lo he vuelto a ver y ahora encuentro que el doctor Mijailov veía bajo el alquitrán. «Desde mi punto de vista -escribió- la participación activa de las

masas es la más fuerte esperanza de freno ante un golpe parecido al de 1964. Hoy los conspiradores tendrían demasiadas dificultades para hablar y actuar en nombre y a nombre del pueblo. No es la misma época y el pueblo no es el mismo. Pero hoy también hay fuerzas dispuestas en cualquier momento a preparar demagógicamente en las masas un estado de descontento y prometerles solución a sus problemas. ¿Quiénes son ellos? ¿Derechistas? ¿Izquierdistas? Pienso que el asunto no está en esto de quiénes se consideran hoy día ellos. Es muy posible que aquéllos que en un momento toman en sus manos la bandera de la democracia, luego estén por 'la mano dura' justificándose con la situación creada. En la historia ya ocurrió esto muchas veces».

La segunda advertencia se produjo en diciembre de 1990. Eduard Shevardnadze renunció a la Cancillería en desacuerdo por la lentitud que llevaban las reformas y anunció bombásticamente que los conservadores o «duros» preparaban un golpe para terminar de una vez por todas con la *perestroika*.

La tercera voz de alerta salió de Yákovlev. *El Mercurio* del 17 de agosto publicó un cable de AFP, fechado el día anterior en Moscú, en el que se informaba que Alexander Yákovlev había publicado en el diario *Izvestia* un comunicado anunciando que se alejaba del PCUS y que se preparaba «una revancha social y un golpe de Estado. Quiero prevenir a la sociedad -decía- que un influyente grupúsculo stalinista se formó en el seno de la dirigencia del Partido, pronunciándose contra el cambio político de 1985. A pesar de sus declaraciones públicas -agregaba-, la dirección del Partido elimina el ala democrática y prepara una revancha social, un golpe de Estado y la toma del poder en el seno del PCUS».

No han concluido formalmente la investigación ni los juicios que dieron lugar los acontecimientos de agosto de 1991. Hasta ahora hay muchas cosas que permanecen en la sombra. En esto, la transparencia informativa, la *glasnost*, que nadie ha declarado caduca, no ha funcionado para nada.

Hay varias incógnitas en torno al golpe del 19 de agosto. El periódico clandestino Rayo publicó al mes siguiente un amplio reportaje sobre los enigmas que lo rodeaban. «Los enigmas existen... y ha-

blando derechamente, yo mismo no entiendo todo», declaró por esos días el entonces ministro de Defensa, E. Shaposhnikov. El diputado Sujov intervino en la sesión del 26 de agosto del Soviet Supremo, y allí dijo: «Todo lo que aparece en la superficie como golpe me parece íntimamente otra cosa. Esta fue una confabulación contra nuestro régimen socialista, confabulación del Presidente y un grupo de aventureros». Fueron tan insistentes las versiones en el sentido de que entre los promotores de la asonada estaba el propio Gorbachov, que éste se vio en la necesidad de responder. «Me siento obligado -manifiesta en *El Putsch*, el libro que escribió expresamente sobre el asunto- a desmentir, con la mayor energía, las suposiciones hechas sobre mi actitud en ese período».

¿Cómo es que Yanayev, los otros siete que con él formaron el Comité Estatal de Emergencia y los que estaban tras ellos, tanto en el Partido como en el Gobierno, en el Ejército y en la KGB, no tomaron ninguna de las medidas elementales que acompañan siempre al golpe de Estado en toda época y en todos los lugares de la Tierra, como la detención de alguna gente, el control temporal de los medios de comunicación y la dislocación de fuerzas militares en los puntos más neurálgicos de la capital soviética y de otras ciudades?

En la conjura estuvieron algunos miembros del Buró Político, el Ministro de Defensa y el Jefe de la KGB, gente que se supone capaz de calibrar toda la situación, considerar las variantes y actuar en consecuencia. Y sin embargo, el *putsch* aparece como obra de inexpertos que tratan de reeditar sin más ni más los acontecimientos de octubre del 64. Y no se dan cuenta de los cambios producidos con la *perestroika* y la *glasnost* y ante todo del hecho que la sociedad soviética ya es otra y ninguna de las organizaciones estatales y sociales responde a un solo mando.

La televisión de todos los países transmitió las imágenes sobre la forma en que la ciudadanía moscovita respondió al golpe. No hubo una verdadera movilización de masas en apoyo ni en contra de los golpistas. Los que en Moscú salieron a la calle para rechazarlos fueron sólo unos cuantos miles de personas, casi nada para una ciudad de diez millones de habitantes. La población en general

permaneció en sus casas.

La suerte del *putsch* la decidieron los pocos miles que se movilizaron en su contra, la actitud decidida y audaz de Yeltsin que se cruzó en el camino de los golpistas y las fisuras que aparecieron de inmediato en el Ejército y en la KGB. El general Pavel Grachev se negó a avanzar con sus tropas sobre Moscú, en tanto el Grupo Alfa de la KGB desobedeció la orden de tomarse el Parlamento. En el desenlace influyó también la exigencia internacional de reponer a Gorbachov en su puesto. El presidente norteamericano, George Bush, demandó de inmediato que Gorbachov fuera restituido en el poder y amenazó con no apoyar «los programas de ayuda económica si continúa el uso de medios extra-constitucionales». John Major, el primer ministro de Gran Bretaña, anunció la suspensión del programa de asistencia técnica de 80 millones de dólares a la URSS que se había acordado, en tanto la ex-primer ministro Margaret Thatcher llamó al pueblo soviético a salir a las calles en defensa de Gorbachov y pidió al gobierno de su país y a la OTAN suspender el programa de reducciones de defensa, debido al derrocamiento del presidente soviético. Francois Mitterand clamó por la vida y la libertad de Gorbachov y de Yeltsin y amenazó también con la suspensión de toda ayuda europea, mientras el canciller Helmut Kohl hizo depender la ampliación de la asistencia a Moscú «del compromiso de las nuevas autoridades soviéticas para las reformas políticas y económicas, los derechos humanos y el apaciguamiento internacional». El papa Juan Pablo II manifestó, por su parte, su inquietud ante la destitución de Gorbachov, la que «pone en peligro -dijo- la política de desarme y las reformas por él iniciadas».

¿Quién habría imaginado que alguna vez iba a ocurrir todo esto? El régimen soviético había resistido las más grandes pruebas de la historia. El pueblo soviético, en defensa y procura del socialismo, había soportado los más duros sacrificios y protagonizado las más gloriosas proezas en la guerra y en la paz. La solidez del sistema aparecía inmutable a los ojos de todo el mundo, el PCUS indestructible y el nombre de Lenin venerado por el país entero.

En aquellos días murió la *perestroika*. Nadie la declaró difunta,

pero de ella no se habló más. Los países bálticos proclamaron su independencia, que fue reconocida por el gobierno ruso, por el Kremlin y por los países capitalistas. Las tendencias centrífugas crecieron en Ucrania, Moldavia y las naciones del Cáucaso. El país multinacional, que nació en diciembre de 1918 como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, adoptó el nombre de Unión de Estados Soberanos, nombre que luego cambió para denominarse Comunidad de Estados Independientes. Se producen, entonces, cambios en las formas orgánicas del poder central. Dos hombres, Gorbachov y Yeltsin, aparecen gobernando juntos y disputándose el poder al mismo tiempo; el primero con más prestigio en el exterior que en el interior de la Unión. Pero el segundo se impone en toda la línea.

La *perestroika* había nacido a comienzos de 1985 como un proceso dirigido a renovar y modernizar al país soviético. Seis años más tarde desaparecería como tal, junto con el primer estado socialista que apareció en el mundo.

5.

UN COLOSO CON PIES DE BARRO

El colapso del socialismo en la Unión Soviética y en los países del este de Europa es el acontecimiento más inesperado del siglo XX. La Unión Soviética era una de las dos superpotencias, reconocida como tal por moros y cristianos. No habían podido aniquilarla los ejércitos de los 14 países que trataron de ahogarla en sangre cuando recién nacía, ni las poderosas huestes hitlerianas que se lanzaron contra ella durante la Segunda Guerra. Y de repente se desintegra, se derrumba como un coloso con pies de barro. El edificio cae como una casa mal construida, azotada por un movimiento telúrico que no resiste. Más todavía, se destruye a sí misma ante los ojos atónitos del mundo entero.

En *Le Monde Diplomatique* de la primera quincena de diciembre de 1991, a propósito del profundo vuelco que siguió al fallido golpe de Guenady Yanayev, se recordaba el célebre reportaje de John Reed sobre la Revolución Socialista de Octubre, *Los diez días que conmovieron al mundo*. Y todo para decir que si en 1917 se habían necesitado diez días para estremecer la tierra entera, ahora tres habían sido suficientes, los tres días de ese golpe.

¿Acaso fue entonces cuando el régimen soviético fue condenado a muerte, más precisamente, cuando Gorbachov fue destronado por algunos días o cuando Yeltsin sube al tanque para arengar a los civiles y a los soldados que se congregan frente a la casa de gobierno de la Federación Rusa y desde ese momento se transforma de hecho en el N° 1 ? ¿O cuando se decreta la virtual proscripción del Partido Comunista? ¿O el 8 de diciembre, cuando los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia acuerdan constituir una comunidad de estados independientes en reemplazo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? ¿O el 24 de ese mismo mes, día en que Gorbachov termina por declarar que renuncia al puesto ya inexistente de Presidente de la Unión? ¿O fue cuando el muro de Berlín se vino abajo con la aquiescencia del Kremlin o yendo más

lejos, cuando Gorbachov echó a andar la *perestroika* o, más lejos todavía, cuando el hombre de la sien manchada asumió la Secretaría General del Partido Comunista Soviético? Todas estas preguntas son pertinentes.

A partir del 19 de agosto de 1991, día en que Yanayev y los suyos anunciaron que asumían el poder en reemplazo de Mijail Gorbachov, que se hallaba de vacaciones en Crimea, se sucedieron, día tras día, acontecimientos que condujeron a la URSS al precipicio y quedaron grabados en la memoria de millones y millones de seres humanos de todos los rincones de la Tierra. El derrumbe de monumentos a Lenin, el izamiento de la bandera tricolor de la época zarista en reemplazo de la bandera roja con la hoz, el martillo y una estrella amarillos, la clausura de *Pravda* y otros periódicos por algunos días, el cierre de las sedes del Partido Comunista seguido de la disolución de éste y el cambio de nombre de Leningrado, entre muchos otros sucesos de aquellos días, marcan facetas relevantes del tremendo viraje -con tan profundas repercusiones en el mundo entero- que se produce entonces en la sociedad de ese inmenso país pluricultural que constituyó la Unión Soviética.

¿Cómo es que ésta se vino abajo, cuando era o se suponía más fuerte y poderosa?

Los cambios sociales, cualquiera sea su sentido, se gestan a través del tiempo y a ellos concurren varias causas. En el caso de la Unión Soviética fueron muchos los factores que la condujeron a destruirse a sí misma.

A pesar de las deformaciones y adulteraciones introducidas en el proceso de la edificación del socialismo, de las atrocidades de Stalin y de los errores y horrores cometidos, en la balanza de la historia pesarán por sobre todo los grandes méritos de la Unión Soviética, la proeza sin par de haber sacado a su pueblo del atraso y el oscurantismo en el lapso de la vida de un hombre, el hecho de haber demostrado que es posible construir una sociedad sin explotadores ni explotados, el aliento que su sola presencia dio a la lucha liberadora de los pueblos coloniales y semi-coloniales, la bienhechora influencia que ejerció en toda la marcha del mundo en favor del reconocimiento de los derechos económicos y sociales de los

trabajadores, en pro de la paz y la amistad entre los pueblos. Y se reconocerá por siempre el heroísmo de su pueblo y de su ejército que echaron por tierra el mito de la invencibilidad de las huestes de Hitler, contuvieron su avance y las derrotaron y persiguieron hasta la propia capital alemana, para regresar en seguida a rehacer su propia economía, a levantar sus aldeas y ciudades devastadas, a contribuir a la reconstrucción de los países de Europa Central y del Este, a montar inmensas obras hidroeléctricas, siderúrgicas y de otros tipos en China, India, Egipto y la mayor parte de los países de África y de la región árabe y, en fin, a lanzar al cosmos el primer satélite artificial de la Tierra y también el primer hombre que navegó por los espacios siderales.

El poder soviético cayó sin gloria, lo cual acrecentó la pena de cuantos lo apreciábamos. No se defendió, no pudo o no supo defenderse. Se desmoronó como un castillo de naipes. Algunos se lo explican por los ingentes gastos que se vio obligado a hacer, a fin de mantener la paridad armamentista con Estados Unidos y sus principales socios, y de ayudar a la construcción del socialismo en una decena de países y al desarrollo de economías independientes de numerosas naciones de Asia, África y América Latina.

Es obvio que la mantención de una poderosa y moderna industria bélica, un arsenal atómico que imponía el respeto del imperialismo y de Fuerzas Armadas considerables y, por otra parte, la asistencia prestada a otros pueblos, representaban gastos financieros inmensos que podrían haber servido para elevar la producción y la productividad y con ello el bienestar del pueblo. ¿Pero acaso podía prescindirse de esos gastos? Hay quienes piensan que se exageró el peligro de guerra y que la carrera armamentista pudo evitarse o pasó más allá del punto que era obligatoria. No hay pruebas que respalden esta idea. En cambio, la historia contemporánea está llena de hechos demostrativos del carácter intrínsecamente agresivo del imperialismo. Demuestra, por lo tanto, que es obligación ineludible de los revolucionarios confiar, en primer término, en sus propias fuerzas y tomar todas las medidas que garanticen la salvaguarda de las conquistas que se van logrando.

Por otra parte, ¿cómo objetar la ayuda que la Unión Soviética ha

prestado a otros pueblos, si ella formaba parte de sus inexcusables deberes revolucionarios, con cuyo cumplimiento retribuía, después de todo, el apoyo moral y político que se le había entregado en los momentos más difíciles y acrecentaba de paso su simpatía y prestigio en todo el mundo? Lo claro es que el socialismo no se puede construir sin sacrificios y mucho menos cayendo en el egoísmo nacionalista. Las verdaderas causas de su derrumbe hay que buscarlas por otro lado.

Uno de los grandes responsables de su caída, José Stalin, recordó alguna vez que Anteo, cada vez que luchaba con Hércules, se preocupaba ante todo de no separarse de su madre, Gea, diosa de la Tierra, porque de la unión con ésta emanaba su fuerza, y que fue derrotado precisamente cuando su contendor lo levantó en vilo y lo golpeó en el aire. Es lo que sucedió ahora. El Partido Comunista y el poder soviético se apartaron de las masas y fueron derrotados. De esto ya hablaremos.

6.

LAS RAÍCES DEL MAL

¿De quién es la responsabilidad de la debacle? Algunos la ubican en tales o cuales hombres, en Stalin, Brezhnev, Gorbachov y hasta en el mismo Lenin. Otros le echan la culpa a la ideología, al comunismo, que habría demostrado su incapacidad de resolver los problemas de los pueblos y del hombre.

Intentemos una primera explicación.

Mi último viaje a la Unión Soviética lo hice después del XV Congreso del Partido Comunista de Chile y de mi relevo en el cargo de Secretario General, para reemprender desde Moscú mi retorno legal al país, al cual había ingresado clandestinamente seis años antes. La *perestroika* tenía ya cuatro años de vida y el gran país soviético se hallaba cruzado por agudas contradicciones. Los adversarios de la *perestroika* ponían en juego lo que Gorbachov llamara los «mecanismos de freno», a la vez que se hacían presente fuerzas decididas a llevar los cambios fuera del socialismo y brotaban con ímpetu las tendencias nacionalistas y separatistas, particularmente en el Báltico.

Conversé extensamente con amigos y conocidos de distintos niveles y actividades, con profesores de la escuela del Partido, con funcionarios del Departamento de Relaciones Internacionales del PCUS, con periodistas, con chilenos residentes. Cada cual tenía sus propias interpretaciones de los fenómenos en curso. Todas ellas, aun las que consideré más desatinadas, se unieron a mis propias observaciones, permitiéndome una aproximación al conocimiento y comprensión de las causas que originaron el colapso del poder de los soviets. Todos mis interlocutores coincidieron en una idea básica, en la idea de que para entender lo que había pasado se debía tener en cuenta el marco histórico en que nació y se desarrolló la Unión Soviética, empezando por el hecho que la Rusia de los zares no conoció la democracia y no dejó de herencia una tradición democrática. En la Rusia zarista primó siempre el despotismo, y

las instituciones democráticas que en ella surgieron no alcanzaron un desarrollo significativo.

El poder soviético surgió como un poder democrático, como una dictadura de la mayoría sobre la minoría, como una democracia cualitativamente superior a la que se conocía en Occidente, donde la minoría domina sobre la mayoría, generalmente con métodos sutiles que le permiten mantener a mucha gente en el engaño. Soviet significa consejo y los primeros *soviets* estuvieron formados por representantes de los obreros, de los campesinos, de los soldados y de los marineros, que pronto abarcaron también a otras categorías de ciudadanos. Por primera vez en la historia se trataba de crear una democracia como la concebía Lincoln, como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Así la vio Anatole France que expresó abiertamente su admiración por Lenin, precisamente «porque realizó el primer ensayo de un poder ejercido por el pueblo y para el pueblo».

Por eso, al saludar la Revolución Rusa de 1917, nuestro Luis Emilio Recabarren expresaba que el nuevo Estado que de ella surgía «es el más poderoso baluarte de la verdadera democracia, de la democracia del pueblo honrado y trabajador» (*Adelante*, Talcahuano, 7 de febrero de 1918).

Sin embargo, la democracia soviética no siguió desarrollándose. Y si bien hubo períodos en que se advirtieron progresos en este campo, se puede afirmar que en el mediano plazo sufrió una involución, un retroceso funesto, y la dictadura pasajera se fue transformando en permanente, con la particularidad de que dejó de ser la dictadura del proletariado propiamente tal, de la mayoría sobre la minoría, para convertirse en la dictadura de la minoría, de la burocracia del poder.

Varias son las causas que originaron este fenómeno.

La naciente democracia soviética tuvo que enfrentar desde el comienzo la contrarrevolución que encabezaron los generales Kollchak y Denikin y la intervención militar extranjera de Inglaterra, Estados Unidos, Japón y Francia, a la que se sumaron otros diez países europeos. Era «la campaña de los 14 Estados» de la que se ufanaba Winston Churchill, entonces ministro de Guerra de Gran

Bretaña. En cierto momento, los contrarrevolucionarios y los intervencionistas se habían apoderado de gran parte de Siberia, del Turkestán, de Azerbaiyán, de la cuenca hullera del Dombass, de los países bálticos. Cortadas las fuentes principales de su abastecimiento, el pueblo ruso sufrió hambre y frío. El racionamiento de pan por persona fue de sólo 50 gramos, que ni siquiera podían entregarse todos los días. El poder soviético enfrentó con decisión las dificultades. En el fragor de la lucha reorganizó el viejo ejército, la mayoría de cuyos soldados se había pasado al campo de la revolución. A sus tropas y mandos fueron promovidos miles y miles de comunistas y obreros sin partido. Tuvo que implantarse lo que se conoce con el nombre de «comunismo de guerra», que impuso el trabajo obligatorio, al cual se incorporó por la fuerza a la burguesía. Para impedir la muerte por hambre de millones de personas, hubo que implantar también el sistema de «la contingencia», mediante el cual los campesinos tenían que entregarle al Estado parte de su cosecha. Sin estas medidas, sin la dictadura del proletariado, la revolución no habría triunfado, no habría sido posible vencer la resistencia de la reacción ni la intervención imperialista. Así se dieron las cosas.

* * *

El fracaso de los contrarrevolucionarios e intervencionistas en los años 18 al 20 no significó el renuncio del imperialismo al propósito de borrar de la Tierra al Estado socialista. Este objetivo siguió presidiendo todos sus afanes. Se tendió un cerco en torno a él. Desde el Báltico al Mar Negro se creó lo que, en su tiempo, se llamó un «cordón sanitario», en gran parte formado por territorios que habían pertenecido al régimen zarista. El Estado soviético no fue reconocido por muchos países, desde luego por ninguno de América, a excepción de México. No formó parte de la Liga de las Naciones, que se creó inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial y que funcionaba en Ginebra. Sólo en 1933 fue admitida en su seno.

El peligro de la Segunda Guerra Mundial se hizo presente a co-

mienzo de los años 30, particularmente a partir de 1933, cuando el fascismo hitleriano se hace del poder en Alemania. Hitler proclama su enemistad a muerte con el comunismo y el judaísmo. Firma con Japón y la Italia de Mussolini el Pacto Antikomintern, que fue una verdadera declaración de guerra contra la Unión Soviética. Su anticomunismo era también como una cortina de humo bajo la cual trató de ocultar sus afanes de dominación mundial y su odio a toda forma de democracia. Ante el peligro de guerra, la Unión Soviética desarrolla su industria bélica y fuerzas militares capaces de garantizar su defensa. Al mismo tiempo, procura el acuerdo con los países occidentales, principalmente con Inglaterra y Francia. Lo intentó en vano. La guerra estalla el 1° de septiembre de 1939. La URSS queda al margen del conflicto bélico durante 20 meses y 21 días, por efecto del pacto de no agresión que firman los cancilleres Mólotov y Ribbentrop. Pero el 22 de junio de 1941 las tropas alemanas se lanzan contra la URSS, luego de haber ocupado toda Europa occidental. El pueblo soviético se moviliza entero en defensa de su patria y del socialismo. Los alemanes se apoderan de los países bálticos, de Bielorrusia, de Ucrania, del Cáucaso, llegan a las puertas de Moscú y Leningrado y por el sur hasta las riberas del Volga. La Unión Soviética logra finalmente repeler al agresor, rechazarlo y perseguirlo hasta la misma capital de Alemania. El Ejército soviético aniquiló más de 600 divisiones del bloque fascista. En el frente oriental, Hitler perdió el 75% de todo el material bélico de que disponía. Franklin D. Roosevelt declaró entonces que «el Ejército Rojo y el pueblo ruso han obligado a las Fuerzas Armadas de Hitler a emprender el camino que conduce a su derrota definitiva... Han escrito -añadió- páginas inmortales en la historia de la lucha contra la tiranía y la opresión». El Comandante en Jefe de las tropas occidentales en Europa, general Eisenhower, escribió en sus memorias que «los rusos son los que más han hecho para imponerle a los nazis la capitulación». Tan decisiva contribución a la victoria de la coalición antihitleriana le costó a la Unión Soviética 20 millones de muertos, la destrucción total o parcial de 1.710 ciudades y pueblos, de 70 mil aldeas, 32 mil empresas industriales, 65 mil kilómetros de vías férreas, 100 mil *koljoses* y *sovjoses* y 3 mil parques de máquinas y tractores. En la

contienda^ perdió casi el 30% de su patrimonio nacional. Tan colosales pérdidas retrasaron seriamente la construcción de la sociedad socialista.

* * *

La amistad que se estableció en la guerra contra Hitler, entre los principales países occidentales, Inglaterra, Estados Unidos y Francia, por un lado, y la Unión Soviética, por el otro, duró muy poco tiempo. La Segunda Guerra Mundial terminó el 8 de mayo de 1945. En marzo del año siguiente, Winston Churchill pronuncia en Fulton un discurso en que se vuelve contra los soviéticos y habla de la «cortina de hierro» que divide a Europa. El centro de la reacción mundial se traslada desde Berlín a Washington, bajo la dirección de Harry Truman y de su ministro de Relaciones Exteriores, Foster Dulles. Estados Unidos encabeza la nueva cruzada antisoviética y da inicio a la «guerra fría» que conduce a la más gigantesca carrera armamentista y pone al mundo ante el peligro de la hecatombe nuclear. Y esto tiene lugar en los años en que la Unión Soviética debe enfrentar la gran empresa de la reconstrucción de su economía y de ciudades y aldeas devastadas por la guerra, problema que no tuvo Estados Unidos, en cuyo territorio, salvo la lejana isla de Pearl Harbour, no sintió ni el ruido de un disparo.

Tal es el marco histórico en que se desenvuelve la Unión Soviética. En este marco, el desarrollo socialista sufrió retrasos en la esfera económico-social y la democracia soviética no pudo prosperar. En contra de ésta gravitó la carencia de una real tradición democrática y no la permitieron las condiciones impuestas por el enemigo. Tampoco hubo tal tradición en los demás países socialistas de Europa, con excepción de Checoslovaquia.

De ello no se puede deducir que la frustración del ideal de la democracia socialista en la Unión Soviética haya obedecido sólo a causas extrañas y ajenas a los protagonistas de la revolución y de la construcción del socialismo. De ninguna manera. La contrarrevolución y la intervención en los primeros tiempos, más tarde la

amenaza de guerra y la guerra -y luego la guerra fría-, el cerco y la hostilidad permanentes del imperialismo, impusieron la centralización del poder, la restricción de las libertades y la vigilancia constante sobre los agentes del enemigo. Todo ello era indispensable, necesario, obligatorio. Mas, en la aplicación de esta política se fue conformando en el poder una mentalidad de guerra y un clima de desconfianza general que llevaba a ver por todas partes enemigos del socialismo. Esto ocurrió especialmente, aunque no exclusivamente, en la época de Stalin. Los rasgos más negativos de su personalidad, rasgos advertidos por Lenin, se manifestaron en su conducta, en el abuso del poder, en el absolutismo, en la comisión de crímenes abominables.

7.

EL OMNIPRESENTE CULTO A LA PERSONALIDAD

El himno de Eugenio Poitiers, *La Internacional*, en la versión que cantan los rusos dice que nada puede esperar el pueblo de sus amos ni de dioses ni tribunales, sino todo de su propio esfuerzo redentor. Estos conceptos corresponden a la sentencia de Marx y Engels de que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Mas, toda la labor educadora del Partido Comunista de Lenin no fue suficiente para lograr que los pueblos que constituían la Unión Soviética se compenetraran por completo de esta verdad. Siguió pesando en ellos, en una medida considerable, la idea de que su suerte estaba en manos de los de arriba.

El pueblo ruso de antes de la revolución era profundamente religioso. Creía en Dios y en el «padrecito Zar». En la historia rusa se cuenta como un hecho sobresaliente, que muestra la fuerza de esta creencia, lo que ocurrió en San Petersburgo en los primeros días de 1905. Se vivían momentos de descontento y agitación social. El *pope* Gapón se aprovechó del ambiente y, con fines provocadores, organizó una procesión obrera que condujo hasta el palacio del Zar. Éste -aseguraba el cura- escucharía y atendería las demandas de los trabajadores. Los bolcheviques rusos lanzaron octavillas dirigidas a los obreros y a sus familias, tratando de convencerlos de que no había que acudir al Zar con súplicas, ni siquiera con exigencias, que no había que arrodillarse ante el enemigo jurado sino arrojarlo del trono. «La emancipación de los obreros -decía una octavilla- sólo puede ser obra de los obreros mismos; no esperéis la libertad ni de los curas ni de los zares». Pero la mayoría de la población no acogió este llamado. Cerca de 140 mil obreros participaron en el desfile organizado por Gapón. Los manifestantes fueron virtualmente masacrados. Murieron mil obreros y cinco mil quedaron heridos. Esto sucedió el domingo 9 de enero de 1905, llamado el «domingo sangriento» en la historia rusa. Lenin escribió sobre el hecho. Afirmó que, con esa experiencia, la educación revolucionaria de los trabajadores había avanzado en un día como

no lo había logrado en meses o años de vida corriente bajo el yugo zarista.

Miles y miles de obreros aprendieron la lección. Pero en el pueblo no se extirpó del todo la costumbre de venerar al jefe supremo, en aquel tiempo el Zar. Tal costumbre siguió y se mantuvo aún después de la Revolución de 1917.

En todos los pueblos existe la tendencia a considerar los tiempos de bonanza como obra de la o las personas que administran el Estado y a cargarles también a ellas todos los males. De ahí la confianza supersticiosa en los hombres más relevantes, la creencia de que las personas destacadas, las autoridades, son las que resuelven los problemas. De ahí el culto a la personalidad. La denuncia de este culto por parte del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS no cayó en el vacío, pero tampoco extirpó totalmente el hábito de endiosar a los dirigentes superiores del Partido y del Estado. El culto al gobernante de turno prevaleció durante los años del poder soviético, no obstante todo lo que se escribiera y hablara en contrario, no obstante haber surgido la Unión Soviética como resultado de una revolución en la cual, si bien un hombre, Lenin, tuvo un papel relevante, lo decisivo fueron las multitudes, las masas.

Nosotros, comunistas chilenos, fuimos admiradores de Stalin. Lo vimos como un gigante en la lucha por el socialismo y como un gran capitán en la guerra contra el fascismo. No tuvimos ninguna duda en hablar de marxismo-leninismo-stalinismo. Personalmente lo citaba a menudo. Me gustaba el estilo claro, conciso y preciso de sus escritos. *La historia del Partido Bolchevique*, escrita de acuerdo al paladar de Stalin, y *Cuestiones del leninismo*, que es un compendio de sus principales trabajos teóricos y políticos, fueron nuestros libros de cabecera durante muchos años. Pero nunca caímos en los ditirambos, nunca llegamos a venerarlo como a un Dios, a transformarlo en fetiche.

* * *

En Georgia, la tierra de Stalin, el culto a la personalidad ha tenido las expresiones más absurdas y grotescas. Así lo revela un artículo de Nicolai Andreiev que encontramos en un número de *Izvestia* de junio de 1991. Cuenta Andreiev:

«He aquí los términos en que cierto súbdito jura lealtad a su soberano: *'Soy un esclavo, un servidor, un combatiente de... y me enorgullezco de serlo...'*.

«El súbdito en cuestión niega la presencia de la razón a todo el que no comparta su éxtasis. Dice: *'ellos no comprenden, no sienten, no ven el encanto que radica en la lealtad'*.

«El súbdito habla de su soberano con voz trémula de admiración:

Expresa: *'... vino a este mundo como un ser extraordinario... es Zviad Gamsajurdia el que debe conducir a Georgia por el camino de la libertad real. Creo que está señalado para ello por la Providencia; ésta es la misión a la que lo llama su origen, sus genes, sus realizaciones, su vida toda...'*.

«Esta historia -continúa diciendo Andreiev en *Izvestia*- se desarrolló en nuestros días en Georgia. El soberano era el Presidente de esta república y el súbdito, 'esclavo, servidor' etc., era el entonces ministro de Cultura, Nodar Tsuleiskiri. Los párrafos citados provienen de su artículo 'Espada desnuda', publicado en el periódico *Georgia libre*. Hacía muchísimo tiempo -agrega Andreiev- que no leía una prensa tan lisonjera y reptil como la que leí durante mi viaje a Tbilisi. Conste que lo mismo puedo decir sobre la TV y la radio. Los medios de comunicación parecen competir en elogiar, más y mejor, a Zviad Gamsajurdia y en denigrar y fustigar a sus adversarios políticos. Podría aducir infinidad de citas a modo de prueba material...

«Bueno, y ¿qué hace, mientras tanto, el propio objeto de esos elogios? ¿Será posible que no se sienta un poco incómodo al verse ensalzado de una manera tan exagerada? Resulta -o al menos, dice que así es- que, por más que deseara poner fin a esta apoteosis, no puede hacerlo. Un día se ex-

presó, más o menos, como sigue:

¿Cómo puedo prohibir que el pueblo me elogie si le gusta hacerlo?...».

La cita es extensa. La hago porque es una prueba palmaria de una verdad amarga, pero elocuente y demostrativa de esta mentalidad que alimenta el culto a las personas que ocupan altos cargos. En este caso, el idolatrado es Gamsajurdia, escritor, considerado un buen poeta. Fue opositor a Brezhnev, estuvo preso y luego dejado en libertad con la *perestroika*. Se propuso alcanzar el poder, formó su propia milicia y se hizo elegir Presidente de Georgia por abrumadora mayoría. Con el mando en sus manos se transformó en el peor dictador. Poco tiempo después hizo explosión el descontento del pueblo y fue derribado.

El pueblo ruso y demás pueblos que integraban la URSS practicaron el culto a la personalidad desde el comienzo hasta el fin del poder soviético, aunque no tanto como los georgianos, como lo hacía el ministro de Cultura del gobierno de Tbilisi, Nodar Tsuleiskiri, respecto de Zviad Gamsajurdia. En ésta o en cualquier forma, el culto a la personalidad es un fenómeno negativo.

* * *

En reemplazo del gobierno de Gamsajurdia se creó un Consejo de Estado encabezado por Eduard Shevardnadze. Fui su huésped cuando él era Secretario del Partido de Georgia y jefe del gobierno de Tbilisi, en la época de Brezhnev. Yo estaba en Pitsunda, en la costa del Mar Negro, diez meses después de haber salido de las prisiones de Pinochet, reponiéndome de una pulmonía doble que había contraído por los desarreglos derivados de los cambios de clima en una serie de viajes que había tenido que hacer en esos meses. Pitsunda forma parte de Georgia, a raíz de lo cual Shevardnadze creyó su deber invitarme a Tbilisi, la capital de su país. Acedí a su convite. Expresé mi deseo de hacer el viaje en Ferrocarril y... cual sería mi sorpresa cuando me mandaron un tren.

En Georgia fui objeto de una serie de atenciones y honores que, ciertamente, más que a mi persona estaban dirigidos a lo que representaba en ese instante.

Shevardnadze es un hombre inteligente y de agradable trato. Sus intervenciones en los Congresos del PCUS sobresalían por el interés de su contenido y por decir las cosas de manera original y viva. Lo vi por última vez en el Kremlin, el 8 de mayo de 1985. Estaba al lado de Gorbachov en la ceremonia de celebración de los 40 años de la victoria sobre el fascismo. Me saludó muy cordialmente. Su imagen se me fue achicando en la medida en que como canciller de Gorbachov fue cediendo más y más posiciones, toma parte activa en el desmembramiento de la Unión Soviética y en el derrumbe del socialismo y, ya vuelto a ser gobernante de Georgia, un día declara muy campante:

«Yo he cambiado. Cambió Picasso. ¿Por qué los políticos no podemos cambiar como los artistas? Picasso tuvo sus distintas épocas y otros pintores también. Reconozco que cometí errores y que a veces fui injusto. ¿Qué corresponde hacer? ¿Seguir así hasta el último día? Todos cambiamos en la vida».

Es verdad. La vida es cambio y el ser humano no puede permanecer estacionario e invariable.

Pero la gracia es cambiar en el sentido del progreso.

8.

TRES HOMBRES DEL RÉGIMEN

Los hombres tienen, naturalmente, sus propias responsabilidades. Stalin, ante todo, es altamente culpable de las deformaciones sufridas por el poder soviético. Jugó un papel positivo en una primera etapa de la construcción socialista y en el período de la Gran Guerra Patria. Pero fue bajo su mando que se cambió la esencia del poder soviético, dejando de ser éste un poder democrático, y se cometieron las peores fechorías.

El culto a la personalidad de Stalin sobrepasó los límites de la razón. Fue llamado El Hombre de Acero, El Bolchevique de Granito, El Leninista de Bronce, El Soldado de Hierro, El Genio Universal, El Amado Stalin. Y numerosas ciudades recibieron su nombre con su anuencia y regocijo. Algunas de ellas eran Stalino, Stalinsky, Stalingrado, Stalinissi, Stalinogorsk, Stalinsk, Monte Stalin.

Tuvo también sus admiradores fuera de la Unión Soviética. Exaltaron su nombre millones de personas sencillas y célebres figuras, entre éstas Bernard Shaw, Picasso, Henry Barbusse y nuestro Pablo Neruda. Fascinó al embajador norteamericano ante el Kremlin durante los años 1937 y 1938, Joseph Davies, autor del libro *Misión en Moscú*. Algunos lo idealizaron. La escritora alemana Anna Zhegers, refiriéndose a la supuesta atención que prestaba a la opinión y al estado de ánimo de las masas, sostuvo alguna vez que «Stalin siente hasta cómo crece la hierba». La verdad era completamente distinta. Enclaustrado en el Kremlin, sin la relación viva y permanente que Lenin tenía con el pueblo, no escuchaba sino los informes oficiales y la voz de los correveidile de palacio.

Recelaba de todos y por todo. Esta desconfianza enfermiza lo llevó a deshacerse de muchos dirigentes del Partido, del Estado y de las Fuerzas Armadas, que le hacían sombra o se distinguían por sostener sus propias posiciones y argumentos. Y de ahí las *razzias*. Según el historiador Hugh Seton-Watson, Stalin barrió con los dos tercios del Comité Central del Partido, con la mitad de los oficiales

del Ejército con graduación de comandante hacia arriba y con la mayor parte de las personas que tenían cargos civiles en el gobierno y en la industria.

Stalin buscó justificación teórica a su conducta. Sostuvo que la edificación del socialismo lleva implícita una agudización incesante de la lucha de clases y que, además, el Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas. «Habiendo aplastado a los enemigos de! pueblo y limpiado de degenerados las organizaciones del Partido y de los Soviets, el Partido se ha hecho más monolítico aún en su labor política y orgánica», dijo solemnemente en su Informe al XVIII Congreso del PCUS, en marzo de 1939. Pronunciadas estas palabras -se lee en *Cuestiones del leninismo*, página 700 «todos los delegados se ponen de pie y exclaman: ' ¡Hurra al Camarada Stalin! ¡Viva el Camarada Stalin! ¡Viva el Comité Central de nuestro partido! ¡Hurra!».

La idea sostenida por Stalin en el sentido que se agudizaba la lucha de clases en la medida que se avanzaba en la construcción del socialismo, no se avenía con el hecho que el proceso de dicha construcción lleva a las clases desplazadas de la dirección del Estado a perder base y fuerza y conduce a una sociedad sin clases antagónicas.

Durante todo el período de Stalin, que duró casi 30 años, desde 1924 a 1953, imperó un régimen de franca dictadura. Se puede y debe tener presente que, sobre todo en ese tiempo, el imperialismo tenía sus agentes que actuaban en el seno mismo de la sociedad y del Estado soviéticos y menudeaba por tanto el trabajo de zapa del enemigo. Pero ello no justifica la criminalidad desatada que, por otro lado, segó también la vida de no pocos ciudadanos honrados. Stalin veía enemigos por todas partes, hasta en los órganos dirigentes del Partido. Tras las opiniones diferentes venía la desconfianza, el seguimiento y las acusaciones infundadas. El desenlace eran las purgas que solían llegar hasta el asesinato. Esta era una conducta degenerada.

Pese a todo, en buena parte del pueblo se le recuerda con aprecio, se valora el papel que desempeñó en la guerra y su tenaz esfuerzo por convertir a la Unión Soviética en una gran potencia socialista.

Para esto último -leímos en *El Mercurio* del 15 de septiembre de 1991, en un artículo escrito por Juan Ignacio Brito- «ideó un plan de colectivización agrícola y de desarrollo industrial que el historiador británico Paul Johnson llamó en su libro *Tiempos modernos* una colosal práctica de ingeniería social».

A propósito de las últimas arremetidas contra Stalin durante la *perestroika*, un viejo amigo moscovita me dijo un día: «A los rusos nos gusta adorar a ciertos hombres cuando están vivos y ejecutarlos después de muertos».

Es lo que en cierto sentido sucedió también con Brezhnev.

* * *

Después del XX Congreso del PCUS, el culto a la personalidad, no obstante ser oficialmente considerado contrario al comunismo, siguió practicándose en relación a los cargos de responsabilidad y, por añadidura, a quienes los desempeñaban, independientemente de su competencia y capacidad. Este fenómeno se dio en el período de Jruschov y sobre todo de Brezhnev, quien ocupó la Secretaría del Partido en octubre de 1964. En los primeros seis años se le vio a él y al equipo dirigente que lo acompañaba actuar colectivamente y con ímpetu en todos los campos. En ese tiempo la economía soviética tuvo grandes logros y el gran país socialista fortaleció firmemente sus posiciones en la arena internacional. Dio un apoyo resuelto y efectivo al pueblo vietnamita, víctima de la agresión del imperialismo norteamericano, y colaboró estrechamente con los países africanos, en especial Angola, Etiopía y Mozambique, que habían emprendido el camino de la lucha por su independencia y desarrollo progresista. Se preocupó, además, de establecer y ampliar sus vínculos con las naciones latinoamericanas. Recién se iniciaban los gobiernos de Brezhnev y de Eduardo Frei Montalva cuando se restablecieron las relaciones diplomáticas entre Moscú y Santiago, que estaban rotas desde 1947.

Cuando fue nominado Secretario General del Partido, Brezhnev tenía 58 años y demostraba una gran vitalidad, energía y agilidad

mental. Envejeció en el cargo que ocupó hasta su muerte. Desde hacía ya algunos años se le veía caminar y hablar muy dificultosamente. Casi no se entendía lo que decía. Cada vez que saludaba a la gente desde la tribuna de la Plaza Roja o del Palacio de los Congresos, apenas levantaba su mano a la altura del pecho. Eran secuelas de la guerra en la que había recibido algunos balazos que le afectaron funciones motoras. Todo esto era comprensible. Lo que era difícil entender es el porqué se le mantenía en el puesto y le seguían tributando honores y homenajes, como si el XX Congreso del PCUS y la denuncia que él hiciera del culto a la personalidad hubiesen pasado en vano.

Nosotros también participábamos de esas ceremonias. Cuando estábamos en Moscú, cada 18 de diciembre, el día de su cumpleaños, el Departamento de Relaciones Internacionales del PCUS, nos requería el saludo correspondiente y accedíamos, ante todo por cortesía con los dueños de casa.

En la década del 70, en los años de Brezhnev, la Unión Soviética quedó atrás, sufrió un grave retardo en el dominio y aplicación de los avances tecnológicos, y ello tuvo una incidencia muy grande, determinante, en la crisis del sistema, en la desintegración de la Unión Soviética y en el derrumbe del poder soviético. De ahí la acerba crítica de Mijail Gorbachov a los años del estancamiento, y de ahí también la denostación generalizada que los rusos hacían de Brezhnev, sobre el cual menudeaban los chistes y las caricaturas. En el paseo de la calle Arbat, que con la *perestroika* se transformó en una feria de artesanía y de comercio marginal de monedas, vi en 1989 figuras suyas en cerámica sentado en una bacinica.

* * *

En tiempos de Brezhnev, las relaciones entre el Partido Comunista de Chile y el Partido Comunista de la Unión Soviética se hicieron más y más estrechas. Prueba del nivel que alcanzaron fue la visita que en dos oportunidades nos hiciera Andrei Pablovich Kirilenko, miembro del Secretariado y del Buró Político del Comité Central

del PCUS. La primera fue en ocasión de nuestro XIII Congreso en octubre de 1965 y la segunda con motivo del 50 aniversario de nuestro Partido, en enero de 1972. Nunca antes había venido a un país de América Latina, excepto Cuba, un dirigente de tan alta jerarquía. A nuestro XIV Congreso, celebrado a fines de 1969, llegó a Santiago otra delegación soviética de alto nivel, presidida por otro miembro del Buró Político, Solomentz, quien, a diferencia de Kirilenko, no demostró entonces ni después ningún interés por el movimiento popular democrático chileno, que ya entonces conataba la atención de mucha gente en todo el mundo.

En varias ocasiones me entrevisté con Brezhnev; en una de ellas, junto con los dirigentes socialistas Hernán del Canto y Mac Ginty.

Cuando llegué a Moscú en los últimos días de 1976, Brezhnev me recibió en el Kremlin en una ceremonia muy publicitada. Las imágenes de este encuentro se transmitieron por las pantallas de la televisión de la Unión Soviética y de muchos otros países. El líder soviético apareció feliz, llorando de alegría.

Yo venía saliendo del campo de concentración de Tres Álamos, luego que Moscú aceptó la proposición de Pinochet de dejarme libre a cambio de la libertad de uno de sus presos políticos, que resultó ser Vladimir Bukovski. El acuerdo se gestionó y concretó en Washington entre el embajador chileno, Manuel Truenco y el ministro consejero de la Embajada soviética, Yuli M. Vorontsov. En calidad de intermediarios participaron en la negociación Harry Schlaudeman, secretario adjunto del Departamento de Estado para los Asuntos Latinoamericanos, y William Hyland, alto representante del Consejo de Seguridad de Estados Unidos.

El intercambio se produjo en la misma losa del aeropuerto de Zurich el 17 de diciembre. Al pie de la escalinata del Lufthansa en el que habíamos hecho el vuelo, nos esperaban un grupo de soviéticos encabezado por Mijail Kudashkin, encargado de la Sección Latinoamericana del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS, el embajador de Estados Unidos en Suiza, Mr. Nathanael Davies, que había desempeñado antes igual cargo en Santiago de Chile, y Abelardo Silva Davison, representante de nuestro país en los organismos internacionales que tienen su sede

en Ginebra. Bukovski ya se hallaba allí, en otro sitio. De inmediato tomamos un bimotor especial con destino a Minsk. La noticia de mi salida de la prisión y de la llegada a territorio soviético no la dio Moscú ese día ni al día siguiente. Por supuesto que ya se había dado en Occidente y circulaba en la misma capital soviética entre los periodistas y los círculos diplomáticos. Estaba claro que yo había salido de Zurich con destino a la Unión Soviética. Pero, ¿dónde estaba? Se especulaba sobre mi paradero. Algunos sostenían que me encontraba en el sanatorio Barbija, cerca de Moscú, por recomendación médica. Una periodista de la RDA llegó a Moscú a entrevistar a mis hijas Viviana y María Victoria, que se hallaban allí desde comienzos de año. En el curso de la entrevista, la periodista se dio cuenta de que ellas aún no estaban enteradas del hecho y les dio la noticia. Se celebraba el 70 cumpleaños de Leonid Ilich Brezhnev. Este era el acontecimiento de primer plano. Sólo cuando terminaron los agasajos a Brezhnev se informó que había salido en libertad y arribado a la Unión Soviética. En la RDA la noticia se dio antes, apenas comenzó a circular al otro lado. En los medios informativos soviéticos no se dijo una palabra del canje con Bukovski.

La Unión Soviética tomó con gran fuerza y consecuencia la solidaridad con el pueblo chileno. La campaña mundial por la libertad de todos los presos políticos de la dictadura pinochetista y, en particular, por la mía, había alcanzado, por así decirlo, su punto culminante. Pero el dictador no cedía. Los soviéticos temieron por mi vida y de ahí que aceptaron la proposición de Pinochet, sacándome de la prisión mediante el referido intercambio.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin había rechazado terminantemente que se lograra la libertad de su hijo Vassily, coronel del Ejército Rojo, entonces prisionero de los alemanes, a cambio de la libertad de un general hitleriano. La vida de un general hitleriano -dijo- no vale ni siquiera la de un simple soldado ruso. Pero la dirigencia de Brezhnev consideró que no había ningún impedimento de principios para arrancarme de las prisiones de Pinochet mediante una negociación semejante. Sin embargo, la operación mereció algunas críticas de parte de varios partidos comunistas de Europa. El Partido Comunista de Francia declaró expresamente

que estaba en contra de la existencia de presos políticos tanto en Chile como en la Unión Soviética y que consideraba incorrecto dicho intercambio. Su secretario general, George Marcháis, lo calificó de «deplorable comercio humano», a raíz de lo cual nuestras relaciones se resintieron transitoriamente. *L'Osservatore Romano* sostuvo que la existencia de presos políticos era «una vergüenza y una deshonra tanto para Oriente como para Occidente». Arturo Fontaine, a la sazón sub-director de *El Mercurio*, que entrevistó a Pinochet el mismo día del canje, dice que el dictador, en tanto se abre la puerta de acceso a su despacho, «nos acoge sonriente y exclama: “*Ganamos, ganamos en toda la línea*».

Oportunamente fui consultado respecto de la opinión de los soviéticos de aceptar el intercambio que Pinochet les propuso formalmente el 16 de noviembre. Respondí la consulta diciendo que, hallándome preso, aislado del mundo y sin mayores antecedentes, no me consideraba en condiciones de dar una opinión responsable y dejé la decisión en manos de la Dirección del Partido, advirtiéndole a la vez que, si la idea del canje era rechazada, yo estaba dispuesto a permanecer en prisión el tiempo que fuese. La Dirección del Partido la aprobó, con alguna reserva de parte de Volodia Teitelboim. En todo caso, mi libertad -libertad relativa, puesto que no podía vivir en mi patria- fue saludada como una victoria de la solidaridad internacional con el pueblo chileno. Personalmente me encargué de realzar este significado.

* * *

Brezhnev estableció también buenas relaciones con el Partido Socialista y tuvo una gran simpatía por el presidente Allende. Este, por invitación suya, llegó a Moscú a fines de 1972. Tuvo una recepción excelente desde el punto de vista político. Pero en lo económico quedó muy por debajo de las expectativas que él y todos nos habíamos forjado. Los resultados fueron magros en este terreno. Gonzalo Martner, ministro de Planificación del Gobierno de la Unidad Popular, dice en su libro *El Gobierno del Presidente Allende*, que ello se debió a que «hubo varios problemas tanto por

la parte chilena como soviética. Desde luego, Chile pidió dólares frescos a un país que comercia en rublos, pidió compras de alimentos en el último mes del año, cuando estaba cerrada la matriz de importaciones y exportaciones al interior del CAME y todo ello lo hizo cuando apremiaba la ayuda a Vietnam en el año decisivo de su larga guerra. Los soviéticos, a su vez -anota Martner- fueron lentos y rígidos y demostraron falta de imaginación frente al caso chileno».

Lo cierto es que Allende estaba interesado en especial en obtener algún crédito en moneda dura para enfrentar la crisis que en este aspecto ya tenía su gobierno. Requería con urgencia 80 millones de dólares. A la URSS se pedía que prestara esa suma en dólares frescos para cumplir con el compromiso de pagar en algunos días más, concretamente el 5 de enero, créditos a corto plazo que se habían recibido de parte de varios países latinoamericanos. Los soviéticos mantenían sus propias dificultades en este terreno. Las conversaciones del Presidente y su comitiva con los soviéticos habían sido muy cordiales y amistosas. En el curso de ellas se les había hecho presente la situación que teníamos, pero los soviéticos no daban ninguna respuesta positiva al préstamo de 80 millones de dólares que se les había hecho.

Llegó la recepción final en el Kremlin. La sala San Jorge estaba llena. Allí se hallaban los más altos representantes del Estado soviético, el cuerpo diplomático y gente del arte y la cultura. Corrían las 6 ó 7 de la tarde. Dos horas después, Allende y su comitiva debían tomar el avión de regreso a Chile, haciendo escala en la capital de Ucrania donde se pernoctaría. Todos estábamos desesperados. Le pregunté a Igor Ribalkin por qué teníamos que regresar esa noche y no quedarnos un día más para proseguir las conversaciones. Me contó que las costumbres o el protocolo soviético tenían establecida la norma que las visitas de jefes de Estado no podían durar más de cinco días en Moscú. El Presidente seguía empeñado en obtener el crédito solicitado. A petición suya, me acerqué a Kirilenko y le hice presente la gravedad del problema. Le hablé no sólo de la crisis de divisas que enfrentaba el gobierno de Allende, sino, además, de las implicancias políticas que tendría el fracaso de su viaje desde el punto de vista de la obtención de re-

cursos financieros frescos. Kirilenko se puso en movimiento, consultó otras opiniones, después de lo cual los soviéticos terminaron por acceder a un crédito, por 45 millones de dólares. Alfonso Inostroza, el presidente del Banco Central, que formaba parte de la comitiva, se había dirigido ya a París, de regreso a Chile. Se logró ubicarlo para comunicársele que debía seguir a Londres para formalizar la operación con el banco soviético que había en la capital británica.

* * *

Al asumir la Secretaría General del Partido, Mijail Gorbachov daba la impresión de que no buscaba su endiosamiento ni se practicaba en torno suyo el culto a la personalidad. No era objeto de adulaciones ni nada que se parezca. No obstante, en la práctica se situaba y se le situaba muy por encima de los demás. Sobreestimó y se sobreestimó su capacidad. Se transformó en *vedette* internacional.

Gorbachov tuvo el mérito de descubrir los males y de plantear claramente la perentoria necesidad de reestructurar el sistema socialista. Se puede decir que, al principio, planteó bien las cosas, especialmente cuando sostuvo que había que volver a Lenin y hacer que el partido y el pueblo tomaran en sus manos la tarea de los cambios. Pero no fue consecuente con estos planteamientos. Él mismo se apartó cada vez más de Lenin y del pueblo, adelantándose y trazando planes y directivas en el aire. Apareció en el firmamento soviético como un astro brillante, como un político moderno y ágil. Desapareció de la primera fila, dejando tras de sí a su país en la ruina y en el caos, el sistema socialista derrumbado y la que fuera una superpotencia, convertida en un país que se encamina al Tercer Mundo. Objetivamente, fue el sepulturero del poder soviético, del socialismo soviético que, como él mismo decía, necesitaba profundas correcciones para hacerlo más socialista y democrático y no para ser hundido con el beneplácito de los capitalistas.

Gorbachov pasó a retiro. Terminó en Rusia atendiendo un instituto de estudios sociopolíticos que lleva su propio nombre y, en el plano exterior, contratado como articulista permanente de una cadena de periódicos occidentales, en cuyas columnas le rinde pleitesía al Papa y alaba las bondades de la democracia norteamericana. Mientras se dedicó a quemar incienso por esta democracia dejó de hablar del socialismo y de la misma *perestroika*.

Gorbachov fue nombrado Secretario General del PCUS el 11 de marzo de 1985 y poco después Presidente de la URSS. En los primeros tiempos alcanzó un gran prestigio dentro y fuera de la Unión Soviética. La revista *Le Point* lo designó «el hombre del año 1987». La bandera que tomó en sus manos, la bandera de la paz mundial y de la renovación de la sociedad soviética, de la democratización y modernización del país, correspondía por entero al interés y a los anhelos de los soviéticos. Ningún otro gobernante, después de Lenin, logró tanta popularidad. Ninguno de ellos terminó también sus días de gobernante tan huérfano de apoyo ciudadano.

El 25 de diciembre de 1991, en una alocución en vivo por la televisión, Mijail Gorbachov dijo: «Yo ceso en el ejercicio de mis actividades como Presidente de la República». En verdad, ya no desempeñaba tal función. No mandaba más. Días antes de su caída, el *Washington Post* sostuvo que había terminado por ser «el conductor de un reino en el aire». «Llegó al poder en 1985 -anotó el diario norteamericano- prometiendo hacer de la Unión Soviética un Estado más fuerte, impulsar una nueva vida en el sistema socialista y revivir con bríos nuevos la ya decadente economía. Ahora, en diciembre de 1991, cuando se prepara para abandonar el puesto, no existe más la URSS, el socialismo está completamente desacreditado y las condiciones de la economía nunca habían estado peor».

Le pasó a Gorbachov lo que al pintor de brocha gorda al que le quitan la escalera. Los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, reunidos en Minsk, la capital de esta última república, el 8 de diciembre de aquel año, acuerdan sustituir definitivamente lo que fue la Unión Soviética, el Estado socialista formado por 15 repúblicas

federadas, por una Comunidad de Estados Independientes que se vinculan entre sí por necesidades ineludibles, algunas de las cuales podrían ser simplemente temporales como es el mantenimiento de una moneda común. Días más tarde se reúnen en Alma Ata, la capital de Kazajstán, los presidentes de todas las repúblicas, excepto Armenia y las bálticas que ya se habían separado de la Unión, y todas ellas ratifican lo convenido en Minsk. Gorbachov expresa su desacuerdo reiteradamente. Pero su opinión no es tomada para nada en cuenta. Por algunas semanas sigue siendo formalmente Presidente de una URSS que ya no existe. Cuando empezó la *perestroika* en 1985, tenía la suma del poder. Después del golpe de agosto no era más que la Reina de Inglaterra. Cuando se efectúa el encuentro de Alma Ata no tenía país que gobernar ni Estado en que reinar. Terminó, lo recordamos una vez más, por presentar su renuncia al cargo de Presidente -cargo que a esa altura era absolutamente nominal- el 24 de diciembre. Al día siguiente debía juntarse con Yeltsin en el Kremlin para hacerle entrega del maletín que contiene las llaves para accionar el botón nuclear. Pero Yeltsin no apareció. Se dio el gusto de humillarlo una vez más.

Tras su renuncia a la jefatura de un gobierno ya fantasma, los mandamases del mundo capitalista le rindieron homenaje. Lo pusieron por los cuernos de la luna. No ahorraron epítetos laudatorios.

Dijo George Bush: «El Presidente Gorbachov es responsable por uno de los acontecimientos más importantes de este siglo: la transformación revolucionaria de una dictadura totalitaria y la liberación de su pueblo de un abrazo sofocador». Agregó: «Mientras Gorbachov deja el poder, me gustaría expresar públicamente y a nombre del pueblo estadounidense, mi gratitud a él por los años de sostenido compromiso con la paz mundial, así como mi respeto personal por su inteligencia, visión y coraje. Su compromiso personal por la democracia permitió a los pueblos de Rusia y otras repúblicas abandonar décadas de opresión y establecer la base de la libertad». Añadió que Gorbachov «actuó con decisión y determinación para acabar con las amargas divisiones de la guerra fría». El primer ministro italiano Giulio Andreotti, dijo: «Me quito el sombrero ante él». El canciller alemán Helmut Kohl dio gracias a

Gorbachov «por su decisiva contribución a la unidad alemana» y subrayó que logró sacar a la URSS «de la dictadura y la opresión e hizo posible que los países de Europa Oriental pudieran elegir libremente su propio camino hacia la democracia».

En su alocución por la TV, Gorbachov hizo un balance de su gestión destacando los avances logrados: «Vivimos un mundo nuevo, hemos acabado con la guerra fría, disipado la amenaza de guerra mundial, detenido la carrera armamentista del país, lo que desfiguró nuestra economía, la conciencia y la moral sociales».

No habló del precio que había pagado por ello.

La responsabilidad principal de Gorbachov consiste en no haber empezado la *perestroika* por el Partido, en no haberse preocupado o en no haber logrado que el Partido la asumiera a todos los niveles. ¿Creyó acaso que, como en situaciones más o menos normales, podía bastar la luz verde del Comité Central y que con ello entrarían a funcionar los mecanismos de siempre? ¿Subestimó al Partido? ¿Se sobrestimó el mismo? De todo esto hubo. La conclusión última es que la *perestroika* fracasó y en su fracaso arrastró al régimen soviético y a la Unión Soviética, porque, como se dice habitualmente entre nosotros los comunistas, el Partido no estuvo a la altura de los acontecimientos. Y Gorbachov tampoco.

Obviamente, la responsabilidad no es sólo de estos personajes. No es sólo de Stalin o de Brezhnev o de Gorbachov. No estaban solos ni actuaban solos.

9.

ESTANCAMIENTO FATAL

El poder de los *soviets* se formó en uno de los países más atrasados de Europa que dominaba a una decena de naciones todavía más atrasadas, principalmente en el Asia Menor y el Asia Central. Cuando nació dicho poder, la vieja Rusia tenía un atraso de casi un siglo en relación a los países capitalistas en la esfera del desarrollo económico social. El nuevo régimen acortó distancias de modo impresionante, a pesar del bloqueo de que fue objeto durante muchos años y de las devastaciones de la guerra, las más terribles que haya sufrido país alguno. Más aún, hubo momentos en que alcanzó y superó al capitalismo en ciertos aspectos. El primer Plan Quinquenal se cumplió en cuatro años, en un 98% en general y en la industria pesada en el 108%. Como consecuencia de ello, la producción nacional se triplicó y la producción de antes de la guerra se cuadruplicó entre 1929 y 1932, en los años de la gran crisis del sistema capitalista.

Después de la Segunda Guerra Mundial los avances también fueron extraordinarios y no sólo en el terreno económico. La Unión Soviética no tuvo par en materia de conquistas sociales. En la esfera de la ciencia, la educación y la cultura ocupó puestos de vanguardia. Dio educación y salud gratuitas y logró los más altos índices en la formación de profesionales y técnicos, en la edición de libros de la literatura propia y universal y en el acceso del pueblo a las más diversas manifestaciones del arte y la cultura.

Los soviéticos sorprendieron al mundo cuando en 1957 colocaron en órbita el primer satélite y luego el primer hombre, Yuri Gagarin, y después la primera mujer, Valentina Tereskova, que dieron vueltas por la atmósfera terrestre. Fueron pioneros en la ciencia química, en varias ramas de la medicina y en el desarrollo del láser. Construyeron el submarino más veloz que se desplaza a profundidades mayores. Idearon las técnicas más avanzadas en la fundición de aluminio, de acero y otros metales, en la soldadura de

rieles, en la generación de campos magnéticos destinados a unir materiales disímiles y en muchos otros terrenos.

En teoría, la revolución científico-técnica debía favorecer en particular al socialismo, pues la automatización de los procesos productivos conduciría en él a liberar al hombre de trabajos mecánicos y a lograr substantivos aumentos de la productividad, disminuyendo las horas de trabajo y, por lo tanto, creando condiciones más favorables para una vida más rica. Al capitalismo, en cambio, el aumento de la productividad debía complicar su desenvolvimiento, aunque sólo sea por el hecho que la automatización llevaría a un aumento substancial del número de desocupados. En la práctica las cosas se dieron de otra manera. La Unión Soviética no automatizó toda su industria y poco se preocupó de modernizar y desarrollar la producción de bienes de consumo corriente. Probablemente esto se explica por el afán de priorizar la industria pesada y debido a que se vio obligada a realizar grandes inversiones en el terreno militar para alcanzar y luego mantener el equilibrio armamentista con Occidente. Tal vez por esto mismo concentró sus esfuerzos y recursos en lograr la tecnología más avanzada en la cosmonáutica, en la cohetería y otras ramas vinculadas a la industria bélica, desatendiendo las otras, en especial los sectores que se dedican a la producción de bienes de consumo.

Así llegó el estancamiento.

En la década del 70, la tasa de crecimiento de la renta nacional descendió en más de un 50% y en los primeros años 80 casi llegó a cero. Además, en ese periodo se amplió en favor del capitalismo la brecha en el ritmo del desarrollo científico y tecnológico, en la producción de tecnología de punta y uso de técnicas avanzadas y, en último término, en la eficiencia de la producción y la calidad de los productos.

* * *

El atraso era visible. La leche se nos echaba a perder con frecuencia en el verano en nuestro departamento de Moscú. Se ponía agria. Cuando esto sucedía, yo solía recordar con los míos que por

la calle Bremen de Ñuñoa, donde vivimos largos años, pasaban todos los días dos camiones distribuidores de leche en botellas de litro, uno de la empresa Soprole y otro de la empresa Delicias. Cuando el servicio de Soprole se echaba a perder nos pasábamos al de Delicias y viceversa. Añoraba esa competencia. La leche de Moscú era pasteurizada como la que conocimos en Chile antes de salir al exilio. Pero si llegaba al almacén del barrio y no entraba al refrigerador -porque no había refrigerador o por despreocupación del dependiente- no aguantaba los calores del verano moscovita y se descomponía. Con el tiempo, pensaba, habrá una mejor infraestructura de frío y desaparecerá la despreocupación de los dependientes. Ahí terminaban mis reflexiones. Cuando ingresé a Chile, en 1983, me encontré aquí, en este país subdesarrollado, con una nueva tecnología que permitía entregar al consumo leche de «larga vida». La Unión Soviética se había quedado atrás también en este aspecto. Chile, nuestro pequeño país, estaba en esto más adelante que una de las dos superpotencias.

También el atraso era notorio en el comercio moscovita y no sólo por la poca variedad y calidad de los productos. Cada vez que íbamos a un almacén o tienda mirábamos extasiados la destreza con que los dependientes sacaban las cuentas en el ábaco. Las cajas registradoras, que se manipulaban con teclas como una máquina de escribir y una manivela y que ya eran piezas de museo en Occidente, casi no se veían. El ábaco milenario seguía reinando. A fines de los años 70 empezó a cederle el paso a las calculadoras electrónicas. Los supermercados brillaban por su ausencia.

En 1979 viajé a Uzbekistán, junto con mi hija Lily y su marido que se habían quedado en Chile. Estuvimos en Bujará y Samarkanda, ciudades milenarias. Los cuentos de las Mil y una noche empiezan precisamente en Samarkanda. En Tashkent, la capital uzbeka, visitamos una gran fábrica de máquinas cosechadoras de algodón. Aquella república, ubicada en el centro de Asia, es gran productora de esta fibra. Nos hablaron de las bondades de esa industria que abastecía el mercado soviético y exportaba buena parte de sus productos. Mi hija y mi yerno, que trabajan en una empresa de computación e informática, preguntaron si la fábrica disponía de computadores. Sí, les dijeron. Entonces expresaron su interés en

verlos. Los ejecutivos de la empresa que nos acompañaban se miraron entre sí e intercambiaron algunas palabras que el intérprete no nos tradujo. Creo que se desconcertaron un momento, como si les hubiesen pedido conocer un secreto de Estado. Pero en definitiva respondieron afirmativamente. Los curiosos visitantes fueron entonces invitados a pasar a una dependencia que aparecía muy bien cerrada y custodiada. Cuando salieron, mi hija me dijo al oírlo:

-Sí, hay un computador de los tiempos de Maricastaña.

El estancamiento se expresaba no sólo en la economía, sino en distintos órdenes de la vida y, por cierto, en la ideología. Seguían campeando las viejas fórmulas y recetas, el dogmatismo de los manuales, las recitaciones en torno al comunismo científico, la autosuficiencia. Al socialismo se le seguía exaltando a más no poder y atacando al capitalismo sin ton ni son. Este siempre estaba en crisis, en crisis general, aunque lo cierto era que avanzaba y obtenía resonantes triunfos económicos y políticos, en tanto el socialismo se quedaba atrás.

Fue acertado el diagnóstico de Gorbachov: «La de Brezhnev ha sido la época del estancamiento» y fue correcta la categórica afirmación que hiciera en el sentido de que la URSS tenía que salir de tal situación, reestructurando la sociedad en todos los terrenos. Fue lo que se pretendió hacer con la *perestroika*, pero sin ver la profundidad de los males.

* * *

Se veía en el Partido y en el gobierno una actitud de condena de los actos delictivos, de todo latrocinio que afectara la propiedad social. Hubo funcionarios que fueron procesados y condenados a muerte por tales delitos. Así ocurrió, cuando yo vivía en la URSS, con una mafia que se formó en torno a la exportación fraudulenta de caviar, descubierta casualmente por una moscovita que compró en un almacén una conserva de pescado y al abrir el tarro, que por error de expedición entró al mercado interior, encontró que conte-

nía caviar y dio cuenta del hallazgo.

Después, en plena *perestroika*, se pudo ver que la corruptela era mayor, un fenómeno generalizado que corroía a la sociedad soviética. Se conoció y denunció, por ejemplo, la mafia del algodón, en la que estaban metidos nada menos que el viceministro del Interior, yerno de Brezhnev, diputado Yuri Churbanov y el Presidente de Uzbekistán y miembro del Buró Político del PCUS, el escritor Sharaf Razhidov. Éste estuvo en Chile, acompañado por el periodista Yuri Zhukov, como representante de los comunistas soviéticos al Congreso que el Partido Socialista realizó en La Serena a comienzos de 1971. Lo tuve a almorzar en mi casa de calle Bremen. Años después fui huésped suyo en Tashkent. En 1989 pregunté por él. Me dijeron que se había suicidado luego de ser descubierto como gran acaparador de riqueza en joyas y otros valores.

El periodista Vitali Vitaliev se destacó en los primeros tiempos de la *perestroika* por denunciar la corrupción, especialmente en Dnepropetrovsk, en la época que algunos llaman del «dulce estancamiento». Dnepropetrovsk es la ciudad natal de Brezhnev, llamada «la madriguera del estancamiento», porque de allí salieron también varios de sus más importantes colaboradores.

¿Cuántos latrocinios de este tipo se han producido después del quiebre de la sociedad soviética y de los valores que sustentaba? Ésta es una historia que recién comienza. Por de pronto, se conocen al menos dos escándalos mayúsculos, denunciados en el Parlamento ruso: uno que tiene que ver con la exportación de armamentos y materias primas y el otro con un contrato de comercio exterior por una suma estimada hasta en 500 mil millones de rublos, que se preparaba con el patrocinio de Filchine, viceprimer ministro del gobierno de Yeltsin. Aunque ambas operaciones fueron paralizadas a raíz de las denuncias, ellas muestran que en el camino al capitalismo hay elementos inescrupulosos que no trepidan en nada para hacerse de capital.

* * *

Lo que parecía un punto fuerte del régimen -la alianza establecida entre los diversos pueblos que integraban la URSS- terminó por degenerarse y convertirse en uno de los principales factores que lo llevaron al colapso.

La Rusia de los zares fue llamada «cárcel de pueblos». La Revolución Socialista de Octubre le puso fin. El Estado soviético fue el primer Estado del mundo que le dio plena libertad a todas las naciones oprimidas. Nueve días después del triunfo de la revolución se publicó la «Declaración de derechos del pueblo de Rusia», que estableció la igualdad y la soberanía de los pueblos del imperio zarista, la abolición de todo género de privilegios y de restricciones nacionales y religiosas, el libre desarrollo de las minorías nacionales y de los grupos étnicos y el derecho a la autodeterminación, que comprendía la facultad de cada cual de separarse y formar Estado independiente. Finlandia hizo uso de ese derecho. Los demás países, uno tras otro, se pronunciaron por permanecer ligados a la Rusia soviética. Ucrania se proclamó República Soviética en diciembre de 1917; fue el primer país que después de Rusia se pronunció por el poder soviético. En los primeros seis meses que siguieron a la Revolución de Octubre se instauraron los *soviets* en Bielorrusia y Estonia, en la parte de Letonia no ocupada por los alemanes (con los cuales Rusia había firmado la paz de Brest-Litovsk), en Moldavia, en Crimea, en el Turkeistán, en la mayor parte de Kazajstán y en la capital de Azerbaiyán.

En diciembre de 1922 nació formalmente la Unión Soviética integrada por 15 repúblicas, dentro de varias de las cuales había y hay repúblicas y comarcas autónomas. Más de 100 nacionalidades existen en el extenso territorio que tuvo la Unión Soviética. Bajo el nuevo régimen, todas ellas salieron del atraso, entraron en la era industrial y vieron el florecimiento de su cultura vernácula. En Uzbekistán casi no había industrias antes de la revolución; hoy existen allí miles de fábricas. En Tadzjikistán habían unas cuantas empresas semi-artesanales; en la actualidad hay también más de mil fábricas. Hace un cuarto de siglo generaba un 50% más de fluido eléctrico que Grecia, 11 veces más que Irán y 23 veces más que Pakistán.

En las repúblicas periféricas el analfabetismo llegaba al 98% de la población. Bajo el socialismo esta rémora fue eliminada por completo. En todas ellas la educación llegó a satisfacer las necesidades en sus diferentes ramas. No hay una sola que no tenga universidad. En Kirguisia, que carecía antes de lengua escrita, había hasta hace algunos años, por cada mil habitantes, más estudiantes que en Francia. Todo esto fue obra del poder soviético. Casi 50 pueblos carecían de alfabeto y, por tanto, de literatura escrita. Muchos de ellos, como los kirguises, los calmucos y turkmenos vivían en clanes, diseminados, en pleno régimen patriarcal. Bajo el socialismo editaron sus propios periódicos y libros y desarrollaron su cinematografía.

En los puestos de poder, desde los soviets locales hasta el Soviet Supremo, en los ministerios, en todas partes, estaban presentes las figuras más relevantes de los distintos pueblos de la Unión. Lenin fue ruso, Stalin georgiano, Jruschov ucraniano, Mikoyán armenio. En la televisión soviética, lo mismo que en los teatros de las grandes ciudades, hacían sus representaciones los artistas de todas las nacionalidades. Por las calles de Moscú veíamos todos los días ciudadanos del Cáucaso, del Asia Central, del Lejano Oriente, vestidos con sus trajes típicos.

Este era el hermoso rostro del gran país multinacional del socialismo, lo que estaba a la vista de todos.

Constituían la Unión Soviética, además de las 15 repúblicas federadas, 20 repúblicas autónomas que formaban parte de las primeras. Cada república federada o autónoma tenía su propia Constitución en correspondencia con la Constitución de la URSS. Todas ellas estaban representadas en el Soviet de las Nacionalidades y en el Soviet Supremo de la URSS. Existían, además, 8 regiones autónomas que pertenecían a repúblicas federadas o autónomas y 10 comarcas nacionales formadas por uno o varios pueblos pequeños, pero afines por las peculiaridades de su historia, de su cultura y de su género de vida. Las comarcas tenían su propio poder de carácter estatal, con amplias funciones administrativas.

«Queremos una alianza voluntaria de las naciones -había escrito Lenin-, alianza que no admita violencia alguna de una nación so-

bre otra, alianza que se base en la plena confianza, en la clara conciencia de la unidad fraternal y en un acuerdo completamente voluntario». Y aquella vez que le presentaron, en 1918, cuando el pueblo ruso luchaba contra la intervención extranjera, el primer proyecto de escudo del Estado soviético, objetó de inmediato la espada que en él figuraba. ¿Por qué esa espada? -preguntó-. No necesitamos conflictos. La política de conquistas nos es completamente ajena. No agredimos, sino que nos defendemos de los enemigos interiores y exteriores. Nuestra guerra es defensiva, y la espada no es nuestro emblema». Para mí -lo digo sin ambages-, la Unión Soviética era el ejemplo, el desiderátum en la solución del problema nacional. Pensaba en los pueblos originarios de nuestro territorio, en especial en mis paisanos mapuches. ¡Si pudieran ver esto -decía entre mí- cómo han adquirido ciudadanía, bienestar y dignidad los buriatos, los permiakos, los koriakos, los ebenkos, que no eran nada antes de la revolución!

¿Cuánto tiempo lo que se veía a primera vista correspondió a la realidad?

En los momentos en que la disputa entre azherbaiyanos y armenios estaba al rojo vivo por la posesión de Nagorno-Karabaj, más concretamente el 6 de julio del 89, el diario Pravda recordó que las garantías de igualdad para todas las nacionalidades, grandes o pequeñas, era un principio esencial del leninismo. «En los primeros años de la revolución -escribió- a esto se le dio gran importancia. Se creó la administración autónoma territorial de cada nacionalidad y un soviet nacional de agricultura, el Sielsoviet. Se crearon también órganos especiales del Estado, como la Sección de Asuntos de las Nacionalidades y secciones de las Minorías en los *soviets* de regiones y pueblos, los Ispolkom. Pero desde los años 30 al 40 se relajó la atención hacia las nacionalidades y comenzó la liquidación de las instituciones que se preocupaban de sus necesidades económicas y culturales que eran tan indispensables para su desarrollo general. El resultado de esta deformación de la política leninista hacia las nacionalidades -concluye *Pravda*- dio paso al quiebre de sus derechos».

Por lo visto, el abandono práctico de la buena doctrina en relación

al problema nacional se produjo más o menos simultáneamente con las otras deformaciones del socialismo, principalmente con la sustitución del poder soviético por el poder del partido. Es incuestionable que se crearon progresivamente una serie de contradicciones entre las repúblicas y el poder central y también entre las nacionalidades no rusas y los rusos. El centralismo y la política de «orden y mando» desde Moscú se desarrolló de tal modo que en la capital soviética se definían y decidían muchos de los asuntos que debían ser resueltos en las repúblicas, y eso tenía que caer mal y generar un creciente descontento. Por otra parte, se proclamaba el respeto a las identidades nacionales, pero a la vez se hacía de la ciudadanía soviética algo así como una supranacionalidad. El hombre era soviético antes que armenio, soviético antes que ucraniano en la consideración civil. El idioma oficial, el ruso, fue desplazando las lenguas vernáculas. Cada vez se editaban menos libros en estas lenguas. Cada vez menos se recurría a ellas. Se reducía, de más en más, la posibilidad de hablar y escribir en el idioma materno. Esto constituyó otro motivo de descontento en los pueblos no rusos.

Las explosiones nacionalistas y las tendencias separatistas que se han hecho presente con tanta fuerza han sido sorprendentes. Al revés de lo que creíamos, la URSS no había resuelto bien el problema nacional. Los porfiados hechos nos han sacado del error.

10.

LOS PECADOS CAPITALES

Una de las deformaciones más graves y negativas que se produjeron en el proceso de construcción del socialismo tiene que ver con la propiedad. De acuerdo a la Constitución de la URSS, existían tres formas de propiedad socialista: la propiedad estatal, la propiedad cooperativa y la propiedad de los sindicatos y de otras organizaciones sociales, que eran dueños de establecimientos de salud y descanso, de casas de cultura, de editoriales, bibliotecas, etc. Pero la misma Constitución establecía, en su artículo 11, que la forma fundamental de la propiedad socialista es la propiedad del Estado. Ésta fue la que terminó siendo dominante. Hasta los pequeños quioscos donde se vendían periódicos y cordones de zapatos eran estatales.

La ideología oficial sostenía que en la sociedad socialista desarrollada cambia la fisonomía social del Estado. Éste -se decía- es de todo el pueblo, es el intérprete de la voluntad y de los intereses de la clase obrera, del campesinado y de la intelectualidad de todas las naciones y grupos étnicos del país; en estas condiciones, la propiedad del Estado -se afirmaba- es verdaderamente patrimonio de todo el pueblo, es la propiedad del Estado de todo el pueblo.

«En el régimen socialista, en el que pertenecen al pueblo tanto el poder político como todas las riquezas sociales, los propios trabajadores dirigen el desarrollo de la economía», rezaba uno de los manuales sobre la democracia socialista elaborado por un grupo de expertos en estas materias, bajo la dirección del doctor en Ciencias Jurídicas F. Kalinishev.

Creo que fue así en algún tiempo, por lo menos en una gran medida. Pero hasta cuándo fue así, en qué momento se modificó esta situación y en qué lugares se mantuvo y hasta qué época, son asuntos que no estoy en condiciones de precisar.

En 1965, en tiempos de Brezhnev, el Consejo de Ministros de la URSS aprobó un reglamento por medio del cual se establecía que

las empresas estatales debían conjugar la dirección centralizada con la propia autonomía e iniciativa. Este reglamento estipulaba que los sindicatos y los trabajadores de las empresas tenían derecho a participar en su dirección. Pero el ejecutivo de cada empresa, que era nombrado por el Estado, tenía que atenerse al principio del mando único y no veía con buenos ojos nada que pudiera disminuir su autoridad y eventualmente afectar su obligación de cumplir con las metas fijadas desde arriba.

En la letra todo estaba bien, pero no en la realidad. El pueblo no se sentía propietario de los medios de producción en manos del Estado, porque no percibía que el Estado fuera suyo y en las empresas no administraba los bienes que se declaraban de su pertenencia. Éstos los manejaba el aparato, del cual formaban parte los dirigentes del Partido y de los sindicatos que en ellas laboraban. « En vez de defensores de los intereses de los obreros, los sindicalistas son funcionarios distribuidores de bienes y no saben o no quieren saber nada de las necesidades de los trabajadores». Tal fue la opinión que entregó a *Tiempos Nuevos* el Héroe del Trabajo Socialista, Vladislav Serikov, cuando un periodista de ese semanario moscovita visitó a los mineros del carbón de Kuzbass, en Siberia, durante la gran huelga de 1989.

Si a la falta de participación real de los obreros en la dirección de las empresas se suman los métodos administrativos de «orden y mando», se podrá comprender que los trabajadores no podían sino terminar por ver como algo ajeno las fábricas donde laboraban. El corolario lógico de esta alienación era el desinterés en el trabajo y en los éxitos de la producción.

La estatización de los medios de producción no conduce de por sí al socialismo. Estatismo no es sinónimo de socialismo. Para que una sociedad sea verdaderamente socialista tienen que darse dos requisitos esenciales: por una parte, debe existir la propiedad social sobre los principales medios de producción -y esa propiedad puede adquirir diversas formas y no ser sólo estatal- y, por la otra, el Estado en todos sus niveles tiene que estar en manos del pueblo trabajador. No hay más que reconocer el hecho que este segundo requisito no se daba o se daba parcialmente. Al sistema le faltaba

un pie o cojeaba de uno de los dos que requería para pisar tierra firme y caminar bien.

Obviamente, existía también la propiedad individual sobre la vivienda, el automóvil, *la dacha* (casa de descanso en los alrededores de las grandes ciudades) y otros medios de uso personal o familiar, que podían ser heredados, adquiridos y vendidos. Pero los propietarios individuales de estos bienes tenían no pocos problemas para disfrutarlos.

Vuelvo a nuestra amiga Natasha Diómina, la que he recordado antes a propósito de la escasez de jabón. En 1977, recién llegados a la URSS, nos contó un día que no hallaba qué hacer para arreglar una *dacha* que sus padres le habían dejado de herencia en los alrededores de Moscú. Necesitaba, sobre todo, refaccionarle las ventanas. No tenía dónde encontrar un maestro que lo pudiera hacer. No existían o, mejor dicho, los que habían trabajaban en las empresas estatales y de conseguir uno era por amistad o por un ojo de la cara. Angustias semejantes solían afectar a los que tenían automóviles. No existían talleres para la reparación de sus coches. Todo era estatal.

* * *

Se cometieron otros errores garrafales en el manejo de la economía. En el capitalismo ésta tenía un desarrollo anárquico; en el socialismo se entró a planificarla, al comienzo con resultados excelentes que le dieron un gran prestigio. El Plan de Electrificación de toda Rusia, los primeros planes quinquenales y todos en alguna medida, permitieron el portentoso progreso material de la URSS. Pero la planificación no se hizo siempre bien. Se planificó de más en más desde arriba, sin tomar en cuenta la opinión de abajo, sin una elaboración realmente democrática, que era la única que podía tener fuerza y lograr éxitos reales y permanentes. El plan económico del Estado estipulaba qué clase de producción y en qué cantidad debía proporcionar cada rama de la economía nacional, qué nuevas empresas había que construir y dónde, cuánta mano de obra califi-

cada debía prepararse, etc. Esto no siempre se determinaba de acuerdo a las necesidades reales del pueblo. A menudo se resolvían las tareas que se planteaban ante la sociedad según consideraciones subjetivas.

En el comercio había artículos que superabundaban, que se producían en cantidades muy superiores a lo que exigía la demanda, y otros que escaseaban, no por falta de capacidad de producción o importación, sino simplemente por mala planificación. En cierta oportunidad necesité pintar un mueble de cocina. Compré un tarro de pintura. Pedí una brocha. No había. Recorrí uno y otro negocio similar y no encontré brochas en ninguna parte. O la producción de brochas obedecía a una planificación defectuosa, sin responder a cálculos reales, o la distribución andaba mal.

Había también mercancías que aparecían de repente, tenían gran demanda y desaparecían para siempre, vaya usted a saber porqué. En uno de mis tantos viajes a la URSS compré una máquina de afeitar que funcionaba a cuerda, fabricada tal vez para excursionistas, para guardafronteras, para el personal militar. Cuando fui detenido, a pocos días del golpe fascista de septiembre de 1973, la metí en mis bártulos. Apenas llegué a la Escuela Militar, que fue mi primer lugar de reclusión, me retiraron varias especies, entre ellas esa máquina de afeitar que, por supuesto, no me la devolvieron. Era una rareza excepcional. Quise, después, comprar otra en la URSS. Imposible. Había desaparecido por completo del mercado.

* * *

Oficialmente existían sólo dos mercados: el estatal y el *koljosiano*, el primero a precios estables y bajos, el segundo a precios fluctuantes y caros. El mercado *koljosiano* surgió históricamente con el propósito de dar salida a la pequeña producción campesina, a los productos de los huertos o parcelas individuales de los miembros de las cooperativas agrícolas. Con el tiempo, se incorporó a él la producción de todo tipo de artesanía. Después los *koljosianos* y artesanos en general fueron desplazados, en tanto vendedores di-

rectos, por simples comerciantes intermediarios. Creo haber conocido bien los mercados de Moscú, entre otros el llamado Mercado Central (Centralny Rinok), el Mercado de Vavílova, cuyo verdadero nombre en ruso es Cheriomushkinsky Rinok, el de Sokol y el que está ubicado frente a la estación ferroviaria desde la cual parten los trenes hacia Minsk y países occidentales. En ellos encontraba siempre productos que no se hallaban en ningún otro lugar, como fréjoles pallares, espinacas, ubres y otros subproductos de animales. Me encontraba, además, con los mismos dependientes de siempre. No eran precisamente campesinos y artesanos, sino comerciantes, muchos de ellos georgianos, que recibían de las naciones del Cáucaso y de Ucrania, Moldavia y Uzbekistán, mercaderías que tenían gran demanda en Moscú o que viajaban expresamente a adquirirlas a esas repúblicas.

En los hechos, había un tercer mercado que era como una prolongación o variante del estatal, constituido por aquellas mercaderías, por lo general escasas, que se vendían a través de las empresas o servicios a los que en ellas trabajaban. Existía también un cuarto mercado, el mercado negro, un quinto formado por los *Berioskas*, almacenes especiales donde sólo podían comprar con divisas los diplomáticos y extranjeros en general, y un sexto, las Cooperativas de Consumo, que compraban y vendían productos en las localidades rurales.

Por otra parte, Moscú y otras grandes ciudades, no obstante las carencias o deficiencias que se observaban, tenían un abastecimiento privilegiado.

Se podía haber utilizado el mercado en favor del desarrollo de la producción socialista, especialmente de su calidad. Pero primó el desprecio por las leyes económicas que rigen tanto en el capitalismo como en el socialismo. Stalin había llamado la atención sobre ello, en septiembre de 1952, en un escrito de gran difusión y resonancia que publicamos en Chile con el nombre de *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*. En ese opúsculo, Stalin salía al paso de quienes negaban el carácter objetivo de las leyes de la economía política en el socialismo y creían que el Estado soviético podía anularlas a su voluntad y crear en su reemplazo nuevas

leyes. Subrayaba y defendía la producción mercantil en las condiciones concretas que se daban en la construcción del socialismo en la URSS. Defendía también el poder regulador que, en ciertos límites, tenía la ley del valor y su incidencia en la producción.

Pero entre lo dicho y el hecho suele haber un gran trecho. Esto vale en relación a ésta y a muchas otras cosas de Stalin y de los dirigentes soviéticos que le sucedieron. Por lo general, cual más cual menos, enfocaron bien los asuntos; pero pocos pasaron del bla-bla.

* * *

El trabajo social era la fuente de los cuantiosos recursos financieros que se invertían en el desarrollo general de la producción, en obras de infraestructura, en viviendas, en educación, cultura, deporte, salud, en mejorar el nivel de vida de la población. El Estado podía subsidiar y subsidiaba una serie de artículos de consumo, entre ellos el pan, y servicios como el transporte urbano. Sus costos de producción, en el primer caso, y de funcionamiento u operación, en el segundo, eran superiores al valor real que por ellos pagaba el consumidor o el usuario. Especialmente baratos por estar subsidiados se compraba el vestuario y el calzado para los niños, y por cierto, los juguetes. Ésta era una política correcta, que tenía en cuenta ante todo el interés de la gente. Pero se exageró -y con ello se transformó en incorrecta- cuando se aplicó ya no a artículos y servicios esenciales, o para la infancia, sino a industrias no rentables por el mal manejo o la obsolescencia de sus equipos. La rentabilidad de las empresas dejó de ser una exigencia rigurosa. Muchas de éstas funcionaban porque el Estado se hacía cargo de sus pérdidas. De esta manera, no se estimulaba la modernización ni la racionalización del proceso productivo. De hecho se fomentaba el atraso y la desidia.

Tampoco hubo una correcta política salarial. Las remuneraciones no estaban vinculadas a la productividad y al buen desempeño. Había salarios diferentes, según el nivel y la categoría del empleo,

pero se pagaba igual al trabajador diligente que al remolón. No había cesantía. Pero en muchas partes la mano de obra estaba abultada, existían más trabajadores que los que se requería, y a los responsables no les importaba si las empresas que dirigían eran rentables o no. Los estímulos morales y materiales que se ponían en práctica en el cumplimiento de las metas resultaron insuficientes.

11.

CUANDO SE PIERDE EL SENTIDO DE LA VIDA

Raquel Pavez, que se quedó en Francia después de la muerte de su hermano Héctor, me trajo un hermoso regalo: un pequeño libro de 120 páginas con una cordial dedicatoria de sus autores, Patricia Latour y Francis Combes. Se llama *Conversaciones con Henri Lefebvre*. Éstas tuvieron lugar en su casa situada a los pies de los Pirineos, en enero de 1991, cinco meses antes de su deceso. Versaron en torno al hundimiento de los regímenes socialistas del Este, a la caída del Muro de Berlín y a otros temas apasionantes. Lefebvre casi no había tenido ocasión de expresarse públicamente sobre ello o, tal vez -dicen Patricia Latour y Francis Combes-, no había deseado hacerlo.

El filósofo francés sostiene que el socialismo ha fracasado hasta el presente en el problema de la cotidianidad. Había prometido cambiar la vida, pero no lo ha hecho más que superficialmente. De allí, dice, la profunda desafección. «La llaga de los regímenes comunistas -sostiene- es que todo deviene serio en ellos, horriblemente serio. Ellos no han sabido organizar una vida diaria mejor para la gente. En Alemania del Este, por ejemplo, la vida era monótona, monocorde, teñida de ideología repetitiva».

-¿Usted conoce bien los países socialistas? -le preguntan Patricia Latour y Francis Combes.

-Yo he estado en Checoslovaquia después de la guerra -responde Lefebvre-. Eso era duro, pero en ese momento tenía sentido. Cuando el sentido está allí, se pueden soportar las dificultades».

Pienso que Henri Lefebvre pinta bien la situación.

Lo mismo puede decirse de los primeros tiempos de la Revolución Rusa, de la guerra y de la reconstrucción en la URSS y de los 33 años que lleva Cuba batallando heroicamente por su independencia y por su derecho a construir el socialismo. En casos como éstos, los pueblos demuestran una inmensa capacidad de lucha y de sacrificio en aras de un porvenir venturoso, de un objetivo superior.

El pueblo ruso, los pueblos que conformaron la Unión Soviética han dado, en este aspecto, grandes ejemplos.

Pero a la gente no se le puede pedir ese mismo espíritu de entrega cuando ésta aparece sin sentido.

* * *

Muchas cosas le había dado el socialismo a los soviéticos, pero necesitaban y deseaban más.

El socialismo tenía y tiene que demostrar que es un sistema superior al capitalismo en los más diversos terrenos y, por tanto, satisfacer ampliamente las necesidades materiales y espirituales de todos los miembros de la sociedad.

¿Qué se podía hacer después de las horas de trabajo? En Moscú hay espectáculos únicos en el mundo, como el ballet del Bolshoi Teatre (Gran teatro) o el teatro de muñecos de Obraztsov o el circo. ¿Pero cuántos de los 270 millones de seres humanos que tenía la Unión Soviética podían verlos y disfrutarlos? El Bolshoi podía recibir no más de 360 mil personas al año y sólo Moscú, con su población flotante, tiene 10 millones. Para colmo, las entradas para acceder a él estaban permanentemente reservadas a la nomenclatura, a los huéspedes que se recibían de todas partes del mundo y al cuerpo diplomático.

Al alcance del conjunto de la población había, ciertamente, muchos otros espectáculos, en salas de teatro y de conciertos. Estaba el cine. Moscú es o era la capital con más cines por miles de habitantes en el mundo, sin contar con las salas que existen en las empresas de todo tipo que exhiben películas con cierta frecuencia. Estaba también la TV, de alto nivel cultural, libre de propaganda comercial. Existen, además, los museos que son de gran riqueza y que siempre estaban llenos de gente. A los parques y a la *Vedenjá* (Exposición permanente de los adelantos económicos) acudían diariamente, en especial los días festivos, miles y miles de moscovitas. Estaban, por otra parte, los deportes, entre otros el fútbol en el verano, el hockey y el esquí en el invierno, cuyos implementos

para practicarlos tenían precios al alcance de todos. El paseo, la caminata, era y es también una distracción en toda época. Un reducido número de personas salía de pesca a ríos y lagos aledaños, incluso en pleno invierno, y muchos se internaban en los bosques para recoger setas. Pero todo esto era y es muy insuficiente para el mejor uso masivo y creador del tiempo libre.

* * *

Se contaban con los dedos de la mano los café o los buenos restaurantes que, por otra parte, siempre estaban reservados a la élite del aparato y a los turistas que podían pagar o a los ciudadanos soviéticos que lograban adquirir un cupo a través de alguna organización, lo que era algo así como sacarse la lotería. Y estos restaurantes cerraban tipo once de la noche. Cuando se estaba en lo mejor había que retirarse. En una cantidad ciertamente mayor existían lo que podría llamarse los restaurantes corrientes, pero en éstos se comía y se atendía mal. Había dos famosos entre los chilenos de Moscú, situados ambos cerca de la oficina que teníamos en el Callejón de los Armenios. Los compañeros le habían puesto a uno «El Cochino» y al otro «El Paraguayo», al primero por razones obvias y al segundo porque se comía parado.

En algunos otros países socialistas la situación era mejor. En Hungría, por ejemplo, había cafés y restaurantes de excelente calidad, atendidos por sus propios dueños. Músicos gitanos amenizaban la estadía. La comida era magnífica, tanto que Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias escribieron juntos un libro que se llama *Comiendo en Hungría*, en el cual exaltan las *delicatessen* de la cocina magiar y de sus vinos Tokay y Sangre de Toro. Estuve en Budapest precisamente cuando ellos estaban escribiéndolo. Un día almorzamos juntos en un restaurante de la Isla Margarita, en medio del Danubio, y al día siguiente comimos en otro situado en una alta colina, en los extramuros de la ciudad. Nos acompañaron el doctor Koref, que vivió antes en Santiago, donde se desempeñó como eminente médico de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y Judith Weiner, que en los primeros años 40 tuvo a su car-

go la utilería en el Teatro Experimental y que luego trabajó en *El Siglo* como encargada de la sección femenina. Pablo conocía las mejores «picadas» en cuanta ciudad había estado, desde las cabañas del río Claro de Talca, que ofrecía cauques y ranas con tortilla de rescoldo y chanco en piedra, hasta el boliche del Mercado de las Pulgas de París donde servían apetitosos mondongos y exquisitas mollejas. En el restaurante de la colina de Budapest pidió un plato espectacular, que requería una fantasmagórica preparación. En el pequeño comedor donde nos encontrábamos aparecieron de repente dos garzones, con sendas y brillantes espadas, que tenían hermosas empuñadoras con un platillo que las separaba de la hoja. Y en el platillo, ron y más arriba, en las hojas de las espadas, trozos de carnes ensartados, impregnados del mismo licor. De improviso se apagaron las luces, se llevó un fósforo encendido a cada platillo con ron, y las espadas se transformaron en impresionantes llamaradas. La operación duró unos cuantos minutos, tras los cuales degustamos esa suerte de anticucho o *shaslik*.

Cosas como éstas no se veían en Moscú.

Parecía incompatible con el socialismo el derecho de la gente a pasarlo bien, a disfrutar de las bondades de la vida.

En el socialismo soviético terminaron imponiéndose aquellos que se apegaban ciento por ciento a la tradición y eran partidarios de las barreras o tupidos cedazos para cuanto provenía del capitalismo en el orden cultural. La música rock estaba, por ejemplo, virtualmente prohibida y sus cultores tenían que interpretarla poco menos que en los sótanos de las viejas casas.

En conclusión, bajo el socialismo real, a la vida cotidiana le faltaba más atractivo.

12.

EL PRINCIPAL RESPONSABLE

No hay mas que reconocer que el Partido Comunista de la Unión Soviética es el principal responsable del derrumbe del socialismo en su país y en Europa del Este. El Partido que fundara Lenin, el Partido que dirigió la revolución más trascendental de la historia humana y que encabezó victoriosamente a su pueblo durante tres cuartas partes del siglo XX, tenía que haber demostrado esa misma capacidad para impedir la proliferación de males en el seno de la sociedad soviética y en sus propias filas, para corregir a tiempo las deformaciones y, finalmente, para llevar a la *perestroika* a buen puerto. Y no sucedió así.

El PCUS fue fundado por Lenin en 1898 con el nombre de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Pasó a llamarse Partido Comunista por acuerdo del VII Congreso celebrado en Petrogrado en marzo de 1918. Surgió y se desarrolló como un partido de acción que puso en movimiento a millones y millones de hombres y mujeres en pos del socialismo. Consideraba que éste tenía que ser -y no podía ser de otra manera- obra del pueblo, al cual educaba y del cual aprendía y se aconsejaba. En tiempos de Lenin ésta fue la regla de oro del comportamiento del Partido. En ello radicaron su fortaleza y sus éxitos.

Después de Lenin, en uno y otro momento de la historia de la Unión Soviética, el Partido mantuvo este comportamiento o primó en él dicha conducta. Pero es incuestionable que, también después de Lenin, aparecieron en su seno -y a la postre se hicieron dominantes- los rasgos que lo llevaron a separarse del pueblo y a dejar de ser un partido comunista propiamente tal, para convertirse en un ente burocrático, en un aparato de poder, en una simple máquina de administración.

Formalmente, el Gobierno de la URSS estaba en manos del Soviet Supremo, constituido por un poder legislativo bicameral, por la Cámara de Representantes del Pueblo y la Cámara de Representan-

tes de las Nacionalidades. Era el Parlamento de la URSS, pero lo cierto es que carecía de facultades reales de poder. Se reunía por lo general una vez al año para aprobar el paquete de medidas que le proponía el Presidium del Soviet Supremo, sin que siquiera mediara una real discusión.

Con la *perestroika* se creó un Parlamento que merecía el nombre de tal, el Congreso de Diputados. Lo vi funcionar a mediados de 1988. Discutía sobre «un cuanto hay». Sus debates no eran estériles. Los diputados consideraban cosas de interés y cosas baladíes, hasta si debían usar corbata en el ejercicio de sus funciones. Estaban preocupados por los mecanismos electrónicos para contar los votos. Este mecanismo era como un juguete novedoso que atraía su atención. Comprensible. Hacían su experiencia.

* * *

En la práctica, durante 70 años, el Gobierno de la URSS estuvo, en la mayoría de esos años, en manos del Partido o, dicho más exactamente, en manos del aparato del Partido. Éste mandaba en todo. Nada se hacía sin su consentimiento, sin que mediara de su parte una resolución.

Cuando llegué a Moscú para instalarme allí con mi familia, dando comienzo a mi exilio, me entregaron un departamento en un viejo edificio de la calle Gorki, a tres cuadras de la Plaza Roja, edificio en el cual residía Luis Carlos Prestes, que era entonces secretario general del Partido Comunista de Brasil. Algunas semanas después surgió la necesidad de cambiarme a un departamento más amplio, porque dos de mis hijas, una de ellas casada, que se hallaban en Moscú desde comienzos de año, tenían que irse a vivir con nosotros. ¿Con quién hablamos? ¿A quién le solicitamos el cambio de vivienda? ¿Quién solucionó el problema? Hay una sola respuesta: el Partido, cuyo Comité Central tenía un departamento especial para resolver estos asuntos. Otro hecho decidor. Un día nos llamó por teléfono, desde España, nuestra amiga Julia Araya, que había viajado desde Santiago a Madrid, junto a su esposo, Jorge, un pres-

tigioso odontólogo. Querían pasar a vernos por unos tres días. A la Unión Soviética podía llegar cualquier persona procedente de cualquier lugar del mundo, a través de Inturist o de alguna otra agencia de turismo que tuviera convenio con ella. La agencia le ofrecía y le organizaba el *tour* y le conseguía la visa. Todo lo que tenía que hacerse era cancelar el valor del billete de avión, comprendido hospedaje y

alimentación. En el caso de Julia y Jorge, como no viajarían a través de Inturist y se alojarían en nuestra casa, se requería que nosotros le consiguiéramos la visa. ¿A quién nos dirigimos? Pues, al Partido. A través de él se arregló el viaje.

El Partido suplantaba los organismos administrativos, estaba por sobre ellos. En decenas de años se acostumbró a dirigir en todo la vida del Estado, con o sin ley, de acuerdo o al margen de la ley. Si la Constitución, se pensaba, le confiere el papel de Partido dirigente, todo debe dirigir. Sus funcionarios le tomaron el gusto al desempeño de tal facultad.

El Estado tenía formalmente tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. En la práctica había uno solo: el Partido. Cuando se reunía el Soviet Supremo para considerar una ley, ésta se aprobaba invariablemente, sin mayor discusión. Contaba con el acuerdo previo del Partido, y eso bastaba.

El exceso de poder le hizo mal. Lo puso por encima de la sociedad y, en definitiva, al margen de la sociedad. Terminó diluyéndose como la sal en el agua, hundiéndose como un viejo barco carcomido y lleno de agujeros, sin vitalidad alguna. Ha tenido un triste fin.

A propósito de la derrota de la revolución chilena, los dirigentes soviéticos citaron una y otra vez una frase de Lenin que había que tener en cuenta rigurosamente: «La revolución-dijeron-debe saber defenderse». ¡Quién iba a pensar que la más grande e importante de las revoluciones no iba a ser defendida por el Partido que la llevó a la victoria!

* * *

La *perestroika* fue aprobada por el Pleno del Comité Central del PCUS en abril de 1985, pero sin un convencimiento cabal, más bien formalmente. Los planteamientos de Gorbachov contaron con su anuencia, más no con su respaldo. Gorbachov apareció adelante del Partido y frenado por una parte de éste, por el *part-apatat* o la mayoría de sus componentes. El Partido perdió su cohesión, dejó de ser Partido dirigente y entró en profunda crisis.

En el Pleno de marzo de 1990, al discutirse la plataforma y los Estatutos del PCUS, el secretario de la organización comunista de la fábrica de relojes de Minsk, Víctor Chikin, dijo que esa discusión «parece un concilio de médicos reunidos en torno a la cama de un moribundo».

En 1990, el 10% de los que se retiraban de las filas del PCUS declaraban que lo hacían porque éste iba a la zaga de los procesos reestructuradores de la sociedad. Y según una investigación sociológica nacional, realizada ese mismo año, más de un tercio de los encuestados manifestó sus dudas en el sentido de que el PCUS fuese capaz de cambiar y cumplir con eficiencia su papel de vanguardia. Casi la mitad expresó que el prestigio del Partido era bajo.

Algunos alegaron en favor de una purga en sus filas, recordando que también las hubo en tiempos de Lenin y sosteniendo que no había por qué temerlas. Podría ser positiva, sostuvo el diario *Socialisticheskaja Industria*. Pero a esa altura del tiempo no había quién le pusiera los cascabeles al gato.

Once días antes del golpe se reunió el Buró Político del PCUS, expuso su preocupación por la pérdida de influencia del Partido en el movimiento obrero y anunció la adopción de medidas para restablecer sus posiciones. Pero ya era tarde. No alcanzó a tomar medida alguna ni podía hacerlo, y si las hubiese podido tomar no habrían tenido ningún efecto práctico. Habrían sido resoluciones adoptadas en el aire y para que quedaran en el aire.

Bajo la firma de A. Ilin, el diario *Pravda* del 30 de septiembre de 1991 consignó lo siguiente: «El destino del PCUS se va tornando trágico. Con el inicio de la *perestroika*, el Partido, al comienzo en forma lenta y luego acelerada, se fue quedando atrás de los acontecimientos. No pudo asimilar la política del multipartidismo, preva-

leciendo el carácter burocrático y conservador de sus estructuras. Esto lo separó de las fuerzas progresistas y provocó la salida de muchos militantes. A mediados de este año perdió 4 millones de sus integrantes.

«Muchos en el diario escribimos sobre la crisis del Partido con la esperanza de que se tomaran las medidas pertinentes. Estas esperanzas se fortalecieron cuando se elaboró el nuevo programa, en el cual la organización intentaba, analizando la historia, recrearla, levantando lo válido y lo vivo, negándose a tomar lo ya muerto y dando pasos hacia una nueva calidad. Pero este proceso fue drásticamente cortado, interrumpido por los acontecimientos de agosto.

«La declaración del Comité de Emergencia fue dirigida -esto debe acentuarse- en contra de la renovación democrática, en contra de la reestructuración del Partido. Después del fracaso del golpe, dado que entre los golpistas habían miembros del CC del PCUS, el Partido fue congelado. Sin investigaciones ni juicio fue declarado ilegal. Una tras otra se fueron entregando las estructuras del Partido. Éste, en algunas de las repúblicas, ya cambia de nombre y orientación».

Así las cosas, la *perestroika*, por la forma en que se inició y llevó a cabo, estaba condenada al fracaso. Para triunfar tenía que haber sido concebida, discutida y asumida por todo el Partido, empezando por su Comité Central, y luego llevada al conocimiento, la consulta, la discusión, la ratificación de todo el pueblo, de los trabajadores en primer término. Así lo habría hecho Lenin y el Partido de los tiempos de Lenin o del Stalin de 1941, cuando ante la agresión fascista, ante un desafío de la historia que requería la movilización de todo el pueblo, el Partido y Stalin se dirigieron a él y supieron ponerlo de pie en la defensa de la Patria Socialista.

La *perestroika* surgió en la cúpula, se aprobó en la cúpula y empezó a operar mediante instrucciones y decretos, con el vapuleado método del ordeno y mando. La mayoría de los soviéticos la acogió con beneplácito, pero no se organizó ni promovió la participación activa de las masas en el profundo proceso de renovación que ella implicaba. El Partido no jugó su papel de dirección en este aspecto. Dejó hacer a Gorbachov. Dejó que las aguas escurrieran,

las limpias y las decompuestas. Permitió que empezaran a surgir y a ganar más y más posiciones personas y grupos que entraron a la arena política, de buena o mala fe, erosionando el socialismo.

* * *

Con la *perestroika* y la *glasnot* se rompió el monopartidismo, aparecieron varios otros partidos políticos con diversos nombres: socialdemócrata, proletario, democristiano, verde, anarquista, empresarial, monárquico. Muchos miraron esto con recelo; otros con interés y simpatía. Entre las correcciones que debían introducirse al sistema estaba, precisamente, la de poner fin al monopolio político, al desconocimiento total de cualquiera otra manifestación política que no fuera la de los comunistas. Ni Marx, ni Engels, ni Lenin sostuvieron jamás que la construcción del socialismo exigía como condición *sine qua non* la existencia de un solo partido. Durante la revolución y en los primeros años del poder soviético, junto con el Partido de los comunistas, estaba el de los Socialistas Revolucionarios, los llamados «eseristas» de izquierda. Si prevaleció un solo partido fue en virtud del hecho que los «eseristas» se volvieron contra la revolución y fueron sorprendidos con las manos en la masa en el complot del 6 de julio de 1918 contra el poder soviético, fraguado por los adversarios del Tratado de Brest-Litovsk, de la Paz con Alemania promovida y defendida por Lenin.

Así se configuró, históricamente, la existencia de un solo partido político en la URSS. Pero este hecho no tenía por qué llevar envuelta la negación del pluralismo político a 70 años de la Revolución de Octubre. El pluralismo político es, ante todo, aunque no exclusivamente, consecuencia del pluralismo social que la Revolución Socialista no suprimió ni podía suprimir y que existió durante todos los años del poder soviético. El pluralismo social genera el pluralismo político, aunque no siempre a través de un sistema pluripartidista. Y si es dable que sea contenido en calificadas circunstancias, no puede serlo para siempre. Si no se permite que se manifieste públicamente, podrá mantenerse soterrado, pero al fin, en

determinadas condiciones, se hará presente sin permiso.

¿Qué eran los llamados disidentes? Algunos eran enemigos a muerte del régimen socialista, que a menudo contactaban con los servicios de inteligencia de las potencias capitalistas. Otros, sin malas intenciones, discrepaban, con razón o sin razón, de una u otra cosa o de muchas cosas. Expresaban sanamente opiniones distintas que, por erróneas que fueran, había que tenerlas en cuenta, aunque sólo sea porque, por lo menos, se alimentan de las flaquezas, debilidades o claroscuros de las llamadas posiciones correctas y podían servir, por lo tanto, para enmendar errores o simplemente para afinar la puntería. De esto hablaba un interesante artículo del dirigente comunista chino Liu Shao Shi, que circuló entre nosotros a mediados de los años 50. Se llamaba «La importancia de la ideas equivocadas». La debida consideración de las opiniones disidentes podía haber ayudado al partido soviético. Pero era más fácil y más cómodo pasarlas por alto, cuando no enclaustrar y hasta liquidar a quienes las sostenían. Con o sin Stalin, el stalinismo causó mucho daño. Ha sido uno de los factores del hundimiento del Partido.

* * *

Yeltsin se aprovechó de su desprestigio para proscribirlo. Él se formó como dirigente comunista en Sverdlov, ciudad situada en plena cordillera de los Urales, que ha vuelto a tomar el nombre de Ekaterinburgo, donde quedaron sepultados los restos del zar Nicolai, de Ekaterina, su esposa, y de sus hijos, ejecutados durante la Revolución de Octubre de 1917.

Apenas Gorbachov asume la Secretaría General del PCUS, Yeltsin se convierte en el Primer Secretario de Moscú, en diciembre de 1985. Al año siguiente es promovido a miembro suplente del Buró Político, cargo del cual fue destituido a proposición de Gorbachov en 1988. A mediados del año siguiente, como crítico de la nueva dirección soviética, viaja a los Estados Unidos donde es recibido con bombos y platillos. El diario italiano *Corriere della Sera* pu-

blica un cable sobre sus andanzas en Norteamérica. Lo pinta como un enamorado de la *doke vita*, que aprovecha este viaje para participar en escandalosas parrandas. *Pravda* tiene el mal gusto de reproducirlo. Cierto o no lo que dice la información de la cual se hace eco el diario del Partido, la reacción del público fue favorable a Yeltsin.

Yo estaba en Moscú cuando esto se produjo. Nadie compartía el uso de tales armas para combatirlo. El hombre se fue para arriba y más aún cuando retornó al país y bajó del avión con un gran cargamento de jeringas desechables que escaseaban en la Unión Soviética y que él había comprado -se encargó de decirlo- con los dólares que ganó en los Estados Unidos por dictar algunas conferencias. Poco después renunció al derecho que tenían los dirigentes de primera plana a abastecerse de mercaderías de consumo en almacenes especiales y, de igual modo, a disponer de un auto con chofer pagado por el Partido o el Estado. Anunció que él o su señora harían cola para comprar sus menesteres y que en lo sucesivo andaría en ómnibus como cualquier hijo de vecino. Con esto su popularidad subió más, se fue a las nubes. En marzo de 1989 fue elegido Diputado. En el Congreso del PCUS de 1989 renuncia espectacularmente al Partido y en el mes de mayo es elegido Presidente de la Federación Rusa. Pasó a ser un poder paralelo y alternativo al mismo tiempo. Poco a poco fue haciendo su parte en cuanto minar la autoridad de Gorbachov. El golpe de Yanayev del 19 de agosto facilitó la consumación de sus planes. Se aprovechó del pánico y prohibió la existencia de organizaciones comunistas en las empresas, en la KGB y en el Ejército. El viernes 23 de agosto, en el Parlamento ruso, ante las narices y las barbas de Gorbachov -escribió *Le Monde*- firmó el decreto que suspendía las actividades del PCUS de la Federación Rusa y lo invitó a suscribirlo.

-Pese a todo el respeto que siento por usted, Borís Nicolaevich, tengo que decirle -le manifestó Gorbachov- que no todos los miembros del Partido Comunista de Rusia apoyaron el golpe de Estado. Prohibir el Partido sería un error.

-No se trata de una prohibición; se trata de una suspensión de las actividades del Partido -respondió Yeltsin.

Al día siguiente se produjo la renuncia de Mijail Gorbachov a la Secretaría General del Partido,

La responsabilidad en el desastre producido corresponde a Gorbachov y a la capa dirigente del Partido, aunque no a todos los dirigentes, y de ninguna manera a la masa militante. La abrumadora mayoría de los comunistas soviéticos eran y son personas muy buenas, generosas de corazón, limpias de manos, patriotas a toda prueba, convencidos luchadores por el socialismo. En el propio aparato del Partido, en su Departamento Internacional, conocí mucha gente desde todo punto de vista excelente. El Partido Comunista de la Unión Soviética ya no existe. La estructura que tenía hasta el golpe del 19 de agosto se quebró y sus miembros se dispersaron. Muchos se automarginaron de la actividad política. Muchos otros se agrupan, hoy por hoy, en diversos partidos que tratan de reconstruir a su modo un destacamento revolucionario comunista. En un llamamiento suscrito por Butenko, doctor en Ciencias Filosóficas; por Voloviev, académico y doctor en Ciencias; por Danilov, doctor en Ciencias Históricas, y por Kelle, doctor en Ciencias Filosóficas, se dice: «Pueden sacar todos los monumentos de la época revolucionaria, cerrar los museos de Lenin y otros similares, cambiar los nombres de ciudades y calles, cambiar los símbolos de la patria, pero las raíces del socialismo en nuestra historia y en nuestras mentalidades no las pueden sacar. Con las privatizaciones y la economía de mercado no harán ricos a todos. Las ideas socialistas no pueden morir». Los cuatro científicos apoyan la idea de constituir un nuevo partido que, sin los vicios que terminaron por hundir al PCUS, sea capaz de retomar la causa de la justicia social. Son varias las iniciativas y varios los gérmenes que indican que tal partido está en gestación para abrirse camino en la vida ciudadana y retomar la buena senda.

13.

LA RDA SACRIFICADA

El solo anuncio de la *perestroika* tuvo de inmediato una profunda repercusión en la Europa del Este. Los países socialistas de esta zona, con excepción de Yugoslavia, se hallaban estrechamente vinculados por lazos económicos, políticos y militares. El régimen en ellos establecido no era exactamente el mismo que se instauró en la Unión Soviética. Había, desde luego, ciertas diferencias en la estructura del Estado y de la propiedad. Pero las sociedades socialistas edificadas en esos países no eran sino variantes del modelo. En todas ellas se había producido una gran centralización del poder y éste se encontraba, virtualmente, en manos del Partido.

Lo que había que hacer perentoriamente en la Unión Soviética -la reconstrucción del socialismo- no podía dejar de plantearse también en las sociedades que, en lo fundamental, habían sido cortadas por la misma tijera. Formalmente, saludaron la *perestroika* los partidos comunistas gobernantes en la Europa oriental. Todos ellos se plantearon qué hacer, qué cosas cambiar y qué dejar igual. En ninguno había absoluto acuerdo de pareceres. En no pocos dirigentes y gobernantes pesaban sus propias culpas y aprensiones. El Partido Socialista Unificado de Alemania tenía sus reservas. Más aún, no le gustaba la *perestroika* por el temor, que resultó fundado en la práctica, de que Gorbachov estuviera, como el aprendiz de brujo, desatando los demonios.

La mayoría de la población de la Europa oriental vio con buenos ojos la *perestroika* y consideró indispensable que en sus respectivos países se produjeran también modificaciones importantes que condujeran a mejorar la situación dentro del socialismo. La necesidad de cambios se hizo presente con fuerza irresistible. Pero las direcciones de los partidos fueron reacias a las rectificaciones. No tomaron la bandera de los cambios. Ésta pasó a manos de otra gente, de gentes de distintas concepciones, comunistas y no comunistas, partidarios y enemigos del socialismo, para terminar, estos últimos,

sin ser los más, transformándose en la fuerza más influyente. Éste fue el desarrollo y el rumbo que tomaron los acontecimientos en la Unión Soviética y en los otros países socialistas de Europa.

El socialismo real empezó a desmoronarse en la Unión Soviética y continuó en los otros países, retroalimentando el proceso de su derrumbe. La influencia fue recíproca. En el caso de la República Democrática Alemana esto es absolutamente claro y dramático. Moscú facilitó la entrega de la RDA. Fue un *boomerang*. Contribuyó a la propia desintegración de la Unión Soviética.

La desaparición de la República Democrática Alemana fue particularmente dolorosa para todos los que tuvimos la oportunidad de conocerla y apreciarla. Desde mucho antes del golpe militar de 1973 se establecieron «buenas migas» entre los chilenos y los alemanes del Este. Ya durante el gobierno del presidente Frei se abrieron relaciones comerciales entre Berlín y Santiago. Harry Spindler, que posteriormente fue embajador de la RDA en Chile y luego ante el Gobierno de La Habana, atendía la oficina comercial de su país en Santiago. Cuando Salvador Allende fue elegido presidente, la República Democrática Alemana era ya un Estado que descollaba en el mundo por su desarrollo económico y sus avances sociales. Pero todavía no existía para la comunidad de naciones. Su reconocimiento se produjo luego que el Gobierno de Chile, el gobierno de Salvador Allende, estableció relaciones diplomáticas con ella. Para que las Naciones Unidas la aceptaran en su seno se requería que 29 estados la hubieran reconocido previamente. A Chile le correspondió ser el Estado 28, desprejuiciado y abierto, que reivindicaba el derecho de Alemania Oriental a ocupar un asiento en la Organización de Naciones Unidas. La RDA tuvo siempre una actitud de agradecimiento a este gesto.

Tras el golpe de 1973, que ahogó en sangre la democracia chilena, la RDA abrió sus puertas a todos los chilenos que quisieran refugiarse en su tierra. Agentes suyos le salvaron la vida a Carlos Al-

tamirano, que era uno de los 11 hombres más odiados y buscados por los esbirros de Pinochet. Lo sacaron furtivamente del territorio patrio en la maleta de un automóvil con patente diplomática. La sede exterior del Partido Socialista permaneció en Berlín durante todo el período de la dictadura. También estuvieron allí, por largo tiempo, las oficinas del Comité Exterior de la Unidad Popular. Allá vivieron muchos años numerosas compañeras y compañeros, obreros, dirigentes políticos de base y de responsabilidad intermedia o alta, intelectuales y artistas. Entre los más conocidos recordamos a Clodomiro Almeyda, Rolando Calderón, Hernán del Canto, María Elena Carrera, Jorge Arrate, Carlos Altamirano, Ricardo Núñez, Camilo Escalona, socialistas; Jorge Insunza, Manuel Cantero, Víctor Contreras, Samuel Riquelme, Carlos Toro, Carlos Andrade, Sergio Insunza, Moisés Ríos, Inés Cornejo, Aída Figueroa, Norma Hidalgo, Silvia Costa, comunistas; Juan Carlos Concha y Enrique Correa, entonces ambos del MAPU y ahora, comunista y socialista, respectivamente; además de Angela Jeria, Patricio Bunster, Hilda Riveros, Fernando García, Aníbal Reyna, Hugo Díaz y otros compatriotas.

Pero más que un sentimiento de gratitud hacia los chilenos, lo que llevó a la RDA a declarar y practicar una solidaridad virtualmente ilimitada con nuestro pueblo durante los años de la dictadura, fue su profundo espíritu antifascista y su acendrada convicción internacionalista. «La solidaridad ayuda a vencer», era uno de los lemas del PSUA, el Partido Socialista Unificado de Alemania. Los líderes de la RDA, cual más cual menos, empezando por Erich Honecker, habían conocido y sufrido en carne propia el fascismo y consideraban como un deber de conciencia y corazón solidarizar con los antifascistas chilenos. Estimaron, además, por qué no decirlo, que la tragedia de Chile les ofrecía la oportunidad de educar a las nuevas generaciones de su país en las concepciones y la práctica antifascistas e internacionalistas. La libertad de los presos chilenos pasó a ser una preocupación cotidiana de millones y millones de alemanes del Este, incluidos los niños de las escuelas primarias. Cientos de miles de escolares enviaron tarjetas al campo de concentración de Tres Álamos demandando mi libertad. Por cierto que no me entregaron ni una sola.

* * *

Me encontraba en el sanatorio Lenin, en el Mar Negro, cuando se iniciaron los festejos del 40 aniversario de la República Democrática Alemana. Vi el desarrollo de la ceremonia por la pantalla chica. Primero habló Erich Honecker y en seguida Mijail Gorbachov. En ese momento estaba al rojo vivo el asunto relacionado con el éxodo a Occidente de cientos o miles de alemanes del Este, vía Hungría, Austria o Checoslovaquia. Los gobernantes de los grandes países capitalistas proclamaban y reclamaban el derecho de los alemanes orientales a viajar a cualquier parte. La presión sobre el Gobierno de Berlín era muy fuerte. En esa circunstancia, Gorbachov dijo en su discurso: «Los problemas de los alemanes los resuelven los alemanes». La cámara enfocó de inmediato el rostro sonriente de Honecker que expresaba, en ese instante, la felicidad y el acuerdo con tal pronunciamiento. Sin duda que Honecker pensó, en ese momento, que Gorbachov hacía una declaración expresa en el sentido de que la Unión Soviética no iba a pronunciar ni una sola palabra ni a tener ningún gesto que facilitara el juego de los occidentales contra el socialismo y menoscabara los poderes soberanos del Gobierno de la RDA. Yo también pensé lo mismo. Profundo error. Cuando las palabras no son muy claras, uno escucha a veces lo que quiere escuchar. En los hechos y con el correr de los días, se demostró que aquélla fue una declaración que en la práctica dejó a la RDA sin el apoyo soviético y a merced de las presiones de Alemania Occidental y del mundo capitalista.

Pasado algún tiempo, el Gobierno de Moscú, más exactamente, Gorbachov, apareció asumiendo una posición abiertamente favorable a la reunificación de Alemania. Las cosas quedaron absolutamente claras en el verano de 1990, cuando el canciller Helmut Kohl viajó al Cáucaso, donde Gorbachov se hallaba de vacaciones y obtiene de éste un pronunciamiento público en tal sentido.

-¿Por qué se entregó a la RDA? -le pregunté al Secretario del Partido de Vashkiria, república autónoma del Asia, cuando vino a Chile como delegado del Partido Comunista de la Unión Soviética ante el Congreso de Unificación Socialista que se efectuó en Valparaíso.

Antes de regresar a Moscú tuvo la gentileza de alcanzar a mi casa, acompañado de Mijail Kudachkin, quien fuera el segundo de a bordo en la Embajada de la URSS en Santiago durante el gobierno de Allende y, luego, largos años encargado de la sección de América Latina en el Departamento de Relaciones Internacionales del PCUS. La pregunta me salió como un petardo y dejó helados a mis amigos soviéticos que ensayaron una respuesta sin elocuencia.

En las filas comunistas no han faltado quienes han empleado los términos más duros para calificar el hecho. Gorbachov -se ha dicho- entregó a la RDA por un plato de lentejas, a cambio de los millones que Moscú recibió de Bonn para financiar la vuelta a casa de los soldados soviéticos que estaban apostados en la Alemania del Este. Otros piensan que ese fue el precio que pagó por la distensión y que dio aquel paso con el propósito de poner fin a la guerra fría y aliviarle a su país la pesada carga armamentista.

La división de Alemania fue de responsabilidad de las potencias occidentales, no de la Unión Soviética ni de los comunistas alemanes. Cuando ya se perfilaba la derrota de Hitler, en febrero de 1945, se reunieron en Yalta los jefes de las potencias aliadas, Roosevelt, Churchill y Stalin, el primero ya muy enfermo. Los Tres Grandes convinieron en imponerle a Hitler la rendición incondicional y ocupar Alemania por un plazo indeterminado, durante el cual se procedería a su desmilitarización. El territorio germano fue dividido en cuatro zonas: norteamericana, británica, francesa y soviética. Pasado algún tiempo las tres primeras se unificaron entre sí. Desde el 17 de julio al 2 de agosto de aquel mismo año de 1945, dos meses y días después del fin de la guerra, se reunieron de nuevo los jefes de gobierno de la coalición antihitleriana, esta vez en Postdam, en las afueras de Berlín. Allí se ratificaron los acuerdos de Yalta, comprendido el proceso contra los criminales nazis que luego tendría lugar en Nuremberg y el compromiso de trabajar juntos por una sola Alemania, democrática y unida. Pero este compromiso fue violado cuatro años más tarde, en septiembre de

1949, cuando los ocupantes occidentales procedieron a crear la República Federal Alemana, de acuerdo con la reacción germana, cuya figura más destacada, Konrad Adenauer, presidente del Partido Demócrata Cristiano, sostenía que era mejor una Alemania dividida que compartida. En tal situación, no quedó más opción que la de dar forma a otro Estado en la zona alemana ocupada por el Ejército soviético. La República Democrática Alemana nació, pues, como consecuencia de la decisión unilateral adoptada por las potencias occidentales de crear por su cuenta un Estado capitalista, aliado suyo, con Parlamento, policía propia y Banco emisor. Y, como no podía ser de otra manera, la RDA, al constituirse, tomó el rumbo hacia la construcción del socialismo.

La RDA surgió en la parte económicamente más atrasada del territorio germano, en una extensión de 108 mil kilómetros cuadrados, inferior al tamaño de la Segunda Región de Chile, nuestra antigua provincia de Antofagasta. Con sus 16 millones 600 mil habitantes se convirtió en uno de los 10 países industriales más importantes del mundo. Su agricultura y su ganadería satisfacían, en los rubros esenciales, las necesidades alimenticias de su población, cuyo ingreso per cápita se había duplicado en los últimos 18 años que precedieron a su derrumbe. Era el país socialista que había alcanzado el más alto nivel de vida. ¿Cómo se explica, entonces, que haya terminado por retomar el camino del capitalismo o, dicho en otras palabras, que gran parte de su población se haya vuelto contra el sistema? Ensayemos una respuesta.

* * *

No se puede olvidar que la RDA se hallaba en la frontera de los dos mundos y contigua al más desarrollado de los países capitalistas de Europa. Su población estaba sometida a una presión ideológica, política y psicológica permanente, programada y financiada por los estados mayores del capitalismo. Seis de los ocho canales de televisión que se sintonizaban en la RDA eran del otro lado. Pero no sólo se trataba de la TV. Tanto la pantalla chica como la grande, los videos, los discos, la radio, la prensa, todos los medios

de comunicación y de influencia de Alemania Occidental, se hallaban al servicio de esa avalancha propagandística que trataba de vender la cara alegre y feliz de una parte de la gente que vive en la sociedad capitalista. Y ni qué decir que todo eso hacía mella, especialmente entre los jóvenes que se tragaban fácilmente el anzuelo, deslumbrándose ante las candilejas que mostraba Occidente. Los *blue-jeans*, por ejemplo, esa prenda de vestir tan práctica, durable y apropiada para la gente joven, eran súper codiciados, artículos de mercado negro y contrabando por los cuales suspiraban muchas lolas y lolos que, con toda razón, no comprendían por qué se producían en el capitalismo y no en el socialismo. En el campo de los que se encandilaban con las lentejuelas del otro lado estaban también aquellos profesionales que pugnaban por salir a Occidente para tener ingresos más elevados y disfrutar de la posibilidad de viajar a sus anchas. Había, además, profesionales plenamente identificados con la idea del socialismo, que se encontraban, sin embargo, descontentos con las dificultades que tenían que vencer -y que a veces no podían vencer- para asistir a congresos y encuentros de sus especialidades celebradas en Occidente.

Cuando empezó la crisis se hicieron sentir también los descendientes de familias de antiguos terratenientes, industriales y comerciantes que se propusieron pescar a río revuelto, cosa que a la postre lograron.

Obviamente, había otras fallas y carencias en el Estado socialista alemán. Parte de su industria estaba obsoleta, pues no había incorporado a plenitud los adelantos tecnológicos de las últimas décadas. Además, el poder lo monopolizaba el Partido. Las otras colectividades políticas que formaban parte del Frente Nacional y estaban presentes en el Parlamento y en el propio ejecutivo, o no eran tomadas suficientemente en cuenta o se acoplaban al carro del partido más poderoso, perdiendo su propia identidad, o sucedían ambas cosas al mismo tiempo. El mal del burocratismo y la pérdida del vínculo con las masas vinieron por añadidura.

La bandera de la reunificación alemana la tuvo la RDA en los primeros tiempos, con particular fuerza en los años 50. Su lema era: Unidad y paz justa. Entonces propuso la formación de una Confe-

deración Alemana sobre bases democráticas y pacíficas y sin que uno ni otro Estado tratara de imponer su régimen social. Pero no perseveró en este empeño. Más aún, se podría decir que terminó por considerar que la división del país era un hecho consumado e inmodificable, al menos a corto o mediano plazo, en vida de las actuales generaciones. De este modo, fue diluyéndose la responsabilidad de los occidentales por la división de Alemania y creándose la impresión de que la culpa era del régimen que encabezaban los comunistas. Es obvio que esto también ha influido en el desenlace de los acontecimientos alemanes.

Por otra parte, como de alguna manera ya está dicho, se produce un cambio en la posición oficial de Moscú. En la Historia del *Partido Comunista de la Unión Soviética*, edición modificada después del XX Congreso del PCUS, se lee lo siguiente: «Existiendo en el territorio de Alemania dos estados alemanes independientes, con regímenes sociales completamente distintos, la reunificación no puede llevarse a cabo mediante la incorporación mecánica de una parte de Alemania a la otra. Puede lograrse tan sólo por el propio pueblo alemán a través de negociaciones entre la República Democrática Alemana y la República Federal de Alemania». Con Gorbachov al frente del Partido y del Estado, el Kremlin terminó por aprobar la unificación alemana «mediante la incorporación mecánica de una parte de Alemania a la otra», sin negociaciones reales entre uno y otro Estado y sin decir una palabra cuando el pez más grande termina por tragarse al más chico.

Como dijo Erich Honecker en la declaración que entregó a sus amigos poco antes de abandonar la Embajada de Chile en Moscú: «Esa unificación pudo realizarse solamente con el acuerdo de Rusia y por ningún motivo contra su voluntad».

Kohl tenía un plan de tres etapas para la reunificación alemana. Dicho plan contemplaba la creación de una confederación entre ambos estados germanos. «Según fue delineado á los periodistas - escribió Hal Piper en el *Baltimore Sun*, el 1 de diciembre de 1989- el proceso de reunificación podría tomar varios años y no requeriría que ambos estados alemanes abandonaran su alianza militar, ni la OTAN Alemania Occidental ni el Pacto de Varsovia Alemania

Oriental». Todavía Gorbachov no le había dado el sí a Kohl. Después, cuando le dio el amén, el Canciller del Gobierno de Bonn dejó de lado el plan de tres etapas y se preocupó de engullirse a la RDA de un solo tarascón. Así de simple. No hubo una verdadera y democrática reunificación. «La unidad no habría podido hacerse de manera más fea e injusta», escribió un año más tarde Günter Grass, el célebre autor de *El tambor de hojalata*, quien se quejó por no haberse seguido el camino del diálogo y porque el Estado más grande haya terminado por engullirse al más pequeño. «Nada crece junto», señaló, «se ahonda lo que nos separa». «Endeudados por compras a plazos y a crédito, colocados en fila ante las oficinas de empleo, sometidos al nuevo y castigador sistema legal, atribulados y rebajados hasta la inferioridad, muchos nuevos ciudadanos del recreado Estado se consideran estafados e irritados», escribió Günter Grass. «Este vandálico juego germano-occidental», terminó diciendo, «acaba con nuestra pretensión de ser una nación de cultura».

El odio a los extranjeros -la xenofobia- y las organizaciones nazistas proliferan en este ambiente.

Los alemanes están descontentos. Los del Este son víctimas de un trato desigual en materia de salarios. Desde 1990 ha mermado en dos millones la población del territorio que perteneció a la RDA. Este flujo migratorio agrava el problema de viviendas en el otro sector de Alemania.

A mediados de 1992 se efectuaron elecciones administrativas en Berlín. El partido de Kohl obtuvo apenas un 14% de los votos, mientras que los partidos originarios de la Alemania del Este superaron el 42%. El liderazgo del Partido Demócrata Cristiano hizo saber que no excluye que se produzcan revueltas populares durante el próximo invierno. En un cable de ANSA, que publicó *La Época* en su edición del 5 de julio del mismo año, confesó sus temores de la manera siguiente: «Hemos subvaluado -dijo- el potencial conflictivo que se está creando en el Este. La división de Alemania es más profunda hoy que antes de la reunificación».

Más que reunificación se produjo una anexión.

14.

EL MURO DE BERLÍN

La historia de Berlín es semejante. Situado dentro del territorio de la RDA, estuvo también ocupado por los ejércitos de las potencias vencedoras en la Segunda Guerra. Las zonas controladas por norteamericanos, británicos y franceses conformaron una administración común, dando origen a Berlín Occidental. Éste no pertenecía a la RFA, al menos en derecho. No obstante, siguió el mismo camino que había tomado Alemania Occidental, creando sus propias autoridades y adoptando como moneda el marco de la República Federal.

Berlín se había transformado en una base de operaciones de los agentes occidentales. Franz Josef Strauss, que era entonces ministro de Defensa del Gobierno de Bonn, dice en sus memorias que el peligro de guerra era una posibilidad real y que en ese momento la RFA consideró también la fabricación de la bomba atómica. Los países del Pacto de Varsovia no podían cruzarse de brazos y dejar que las fronteras siguieran abiertas. La gravedad de la situación era tal que nada dijeron las potencias occidentales cuando fueron cerradas de un día para otro, de un sábado para un domingo, y las tropas del Pacto de Varsovia comenzaron a construir el muro a las 14 horas del domingo 13 de agosto de 1961. La decisión de construirlo la había adoptado por unanimidad el Consejo Político del Pacto de Varsovia en la reunión que en el mes anterior había celebrado en la capital soviética. En la etapa preparatoria a la toma de esta decisión tuvieron parte activa el embajador soviético en Berlín, Pervujin, y el jefe de las tropas soviéticas apostadas en la RDA, mariscal Yabukovsky.

Pervujin era un brillante político. Fue miembro del Presidium del Comité Central del PCUS. Lo conocí en 1956, durante el XX Congreso. Al año siguiente se denunció una conjura contra la dirección de Jrushev, la formación de un grupo «antipartido» dentro del Presidium, constituido por Malenkov, Kaganovich y Mólotov.

Otros dos miembros del Presidium, Bulganin y Pervujin, fueron acusados de colaborar con los conjurados. Jruschov, que había denunciado los crímenes de Stalin, incluidas las horribles *razzias* de dirigentes del partido, se deshizo de sus competidores y adversarios mediante otros métodos. Bulganin pasó a retiro como mariscal de la Unión Soviética. Mólotov fue a parar a Ulam Bator, como embajador ante el Gobierno de la lejana y amistosa Mongolia, y Pervujin, con más suerte, fue designado embajador ante el gobierno de Alemania Oriental.

Hubo otro factor decisivo que llevó a la construcción del muro. En la RDA había una situación social inestable. Numerosos profesionales, estudiantes y otros ciudadanos de la RDA, provistos de un buen nivel de instrucción, pasaban al sector occidental de Berlín donde les ofrecían mejores salarios. Se dejó sentir entonces una gran escasez de mano de obra en Alemania Oriental. En tales circunstancias, Walter Ulbricht, a la sazón secretario general del Partido Socialista Unificado de Alemania, se dirigió a los soviéticos pidiéndoles que le suministraran trabajadores. Moscú no estuvo de acuerdo. La URSS era una de las potencias vencedoras, la que descargó los más contundentes golpes que condujeron a la derrota de la Alemania hitlerista. Pensó que no era admisible -cuenta Nikita Jruschov en sus memorias- que trabajadores suyos pudieran terminar limpiando los *toilettes* de los alemanes, aunque éstos fueran del Este. ¿Qué hacer en tal caso? Se estimó necesario implantar un severo control en la frontera. Así se optó por levantar el muro.

El ya desaparecido político radical Alberto Baltra Cortés, que fue ministro de Economía del gobierno de Jorge Alessandri, senador por Biobío, Malleco y Cautín, decano de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile y precandidato a la Presidencia de la República para las elecciones de 1970, estuvo a ambos lados del Muro de Berlín, en octubre de 1961, dos meses después que empezara a construirse. En su libro *Tres países del mundo socialista*, Alberto Baltra aborda el problema con mucha seriedad y conocimiento. Empieza por tener en cuenta que la población alemana en edad de trabajar se mantenía estacionaria y que, por tanto, el problema de la mano de obra era decisivo. Igualmente decisivo - sostiene- era sustraerle mano de obra a la RDA, si se quería debili-

tarla. Para ésta era de vital importancia defender su masa trabajadora. «No hacerlo», dice, «sería ciego e insensato; equivaldría a aceptar, impasible, que se le desangrara hasta dejarla exhausta». Luego el político radical habla de los problemas que le creaba a la RDA el mantenimiento de su capital -Berlín Oriental- como un mercado abierto a una moneda más fuerte que la suya. «Para el habitante de Berlín Occidental», escribió Baltra, «era en extremo conveniente hacer sus compras en Berlín socialista». En cualquier Casa de Cambio de Berlín Occidental pagaba un marco occidental por 5 marcos orientales. De este modo, mucha gente de Berlín Occidental se abastecía más barato en Berlín Oriental, reduciendo las posibilidades alimenticias de Alemania Democrática. En su libro, Alberto Baltra cuenta que en Berlín Occidental un buen disco *long play* costaba 36 marcos y en Berlín socialista sólo 11. «Entonces - escribe- el residente de Berlín Occidental, por poco más de dos marcos occidentales, obtenía en una casa de cambio los 11 marcos y compraba el disco que, en último término, no le costaba sino dos marcos y algunos centavos, todo ello por obra y gracia de un tipo de cambio absolutamente ficticio, manipulado por ostensibles propósitos políticos». Baltra concluye afirmando que la RDA sufría pérdidas del orden de los 3 mil 500 millones de marcos al año por la situación descrita y que con tal suma se podría construir anualmente 120 mil viviendas confortables.

El muro se construyó para resguardar una frontera de un Estado soberano. La violación de tal frontera era, obviamente, un delito como lo es la violación de toda frontera estatal en cualquier parte del mundo. La forma de responder a este delito es un asunto propio de cada Estado y, cualquiera que ella sea, no hay más que hacerla respetar y respetarla. No podía hacer otra cosa el Gobierno de la República Democrática Alemana, para lo cual no se necesitaba que nadie diera, expresamente, orden de disparar. Tal forma de responder al cruce ilegal de la frontera existe en cualquier parte del mundo, desde luego por parte de Estados Unidos en la frontera con México. En Chile, durante la dictadura de Pinochet se disparaba contra la gente por orden del dictador, sin que mediara la violación de ninguna frontera, sin sujeción a norma alguna, apelándose a la llamada «ley de fuga», que no existe en la legislación chilena. Pi-

nochet la aplicó en cientos de casos con resultado de muerte, con la particularidad de que las «fugas» eran inventos, pretextos para matar opositores a mansalva. De esto nada dicen aquellos que se suman al coro de Bonn en contra de Erich Honecker. El mundo recuerda que éste fue recibido con el ceremonial correspondiente a Jefe de Estado por el Gobierno de la República Federal, encabezado por el propio Kohl, quien visitó, a su vez, la República Democrática, donde fue recibido con los mismos honores por su colega y congénere Erich Honecker. ¿Con qué derecho, entonces, el Gobierno de Bonn dispone enjuiciar a un ex-jefe de Estado con el cual mantuvo relaciones oficiales? Tal juicio no lo permiten las normas ni las prácticas internacionales, ni la circunstancia de que haya desaparecido el Estado socialista alemán.

Los medios de comunicación en manos del capitalismo, que dominan sin contrapeso a nivel mundial, le han retorcido de tal manera el pescuezo a la verdad en relación al Muro de Berlín que éste aparecía, ante los ojos de la inmensa mayoría de los seres humanos, como símbolo de la opresión y de la negación de la libertad. Pedazos o ladrillos del Muro han sido guardados o conservados como reliquia por alguna gente. A nuestro país se ha traído un trozo que fue llevado al Museo de Bellas Artes, el cual, por otra parte, convocó a un concurso de pintura para inmortalizar, no sé si la «barbaridad» de haberlo construido o la «hazaña» de haberlo echado abajo. El concurso fracasó. Postularon al mismo sólo dos personas y fue declarado desierto.

* * *

Cuando estaban por finalizar los festejos del 40 aniversario de la RDA, volé intempestivamente de Sochi a Berlín. Volodia Teitelboim, que había ido desde Chile expresamente a participar en ellos, me había llamado por teléfono para que lo acompañara. Y accedí, por cierto, a su pedido. Llegué a los postres, que no eran precisamente de dulces. Volodia y yo nos trasladamos desde el hotel al lugar en que se efectuaba la ceremonia de clausura, que era el Palacio de Gobierno, en el momento que centenares o miles de

adversarios al poder constituido estaban en las calles y a la ofensiva, gritando contra el gobierno. Nuestros amigos alemanes nos abrieron paso dificultosamente. Dos meses antes yo había estado en la RDA para cruzar el Muro y sacar pasaporte al día en el Consulado chileno, a fin de retornar legalmente a la patria. Ya se había iniciado el éxodo furtivo de alemanes del Este y se levantaban voces reclamando la liberalización de las normas de viajes fuera de la frontera del Estado socialista. Pero la inestabilidad de la RDA no peligraba, al menos a nuestra vista.

Más tarde, los acontecimientos en Alemania se precipitaron y desarrollaron con mayor rapidez de la que esperaba el propio Kohl, el jefe del Gobierno de Bonn.

El 11 de noviembre se reúne el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania. Es el primer Pleno después de la dimisión de Honecker. Éste no participa en él. Lo hace, en cambio, Margot, su esposa, miembro del Comité Central y ministra de Educación de la RDA. Se discuten nuevas disposiciones para viajar a otros países. Los periodistas están a la espera de una información de prensa. Han sido citados a una hora determinada y la reunión se prolonga más allá de lo previsto. Sale, entonces, a atenderlos Günter Schaboroski, encargado de las comunicaciones, miembro del Buró Político y secretario del Partido de Berlín. Cuando está conversando con los periodistas recibe un papel con un recado que procede del Pleno. Debe informar a la prensa que el Comité Central ha resuelto poner fin al muro y abrir la frontera.

-¿Desde cuándo regirá esa medida?- le pregunta un periodista.

Schaboroski mira de nuevo el papelito y contesta:

-Desde este mismo momento.

La conferencia de prensa está cubierta por la televisión, la radio y la prensa escrita, de modo que toda Alemania, la del Este y la del Oeste, conoce la noticia de inmediato. Los guarda-fronteras no saben nada. Pero qué van a hacer. La gente se agolpa en los puestos fronterizos para pasar de uno a otro lado de Berlín y lo hace sin problema.

Nunca se supo quién le había mandado el papelito a Schaboroski.

Se trató de restablecer la verdad, de dejar en claro que nadie había resuelto poner fin al Muro... Pero todo fue en vano. Ya no podía sostenerse.

* * *

Tras esta unificación comenzó la venganza. El capitalismo germano no le perdona a Erick Honecker que haya sido jefe de un Estado socialista alemán y no se allana al hecho histórico de que existió tal Estado. Kohl, que lo recibió como homólogo suyo, lo ha tratado como a un delincuente. Gorbachov, que lo saludó varias veces como amigo y camarada, con besos y abrazos, ha dicho que debe responder ante la justicia alemana; y Yeltsin ha ideado o aprobado la falsificación de un informe de los médicos rusos que sostuvieron que el ex- Jefe del Estado socialista alemán no estaba enfermo de cáncer, no le permitió que saliera libremente de la Embajada chilena a Corea u otro país que no fuera Alemania y echó a correr la versión de que, desde su encierro en la Embajada chilena, estaba conspirando para desestabilizar a su gobierno. No se podía esperar más infamia.

Erich Honecker, que se hallaba en la Embajada chilena en Moscú desde el 11 de diciembre de 1991, fue entregado por el Gobierno de Chile al Gobierno alemán para ser sometido a juicio por supuesta responsabilidad personal en la muerte de 49 personas que cruzaron subrepticamente el Muro de Berlín. Fue llevado a la cárcel de Moabit en Berlín. De los 10 años que estuvo preso durante la dictadura de Hitler, un año y medio había estado allí. Su entrega se produjo el 29 de julio de 1992, por decisión del presidente Patricio Aylwin. Cuando Honecker entró a la Embajada chilena se le dio la calidad de huésped. Siete meses y días después le fue retirada la condición que se le había otorgado. El vocero ruso Sergei Yastazhenky declaró a la agencia rusa Interfax que «Rusia y Chile habían decidido que era un invitado no bienvenido en la Embajada». El canciller Enrique Silva Cimma declaró el mismo día de acontecido el hecho que Alemania, Rusia y Chile habían llegado a un acuerdo sobre el caso Honecker y que éste había salido volunta-

riamente de la Embajada. No resultó ser así. Fue expulsado. El encargado especial de resolver este caso, James Holger, que fuera embajador alerno de Chile en las Naciones Unidas, hijo del almirante Emanuel Holger, ministro del Interior del presidente Gabriel González Videla, lo conminó el día 29 de julio a abandonar la Embajada y le dio 10 minutos para que lo hiciera. En sesión secreta de la Cámara de Diputados de Chile, Silva Cimma informó que el Gobierno ruso no veía con buenos ojos la presencia de Honecker en la Embajada de Chile en Moscú, porque de allí estaría conspirando para desestabilizarlo. Nadie se tragó esta paparrucha.

Pravda acusó a Gorbachov y a Yeltsin de traicionar a Honecker y escribió el mismo día de su expulsión: «Perdónanos Erich Honecker». A nombre del Partido Comunista de Chile, Gladys Marín dijo a toda voz: «La entrega de Honecker es una vergüenza nacional, una derrota política y diplomática de Chile. El gobierno de Aylwin ha cedido a la presión de un país más grande, a la presión de Alemania». Expresaron también su desacuerdo, aunque en tono menor, el Partido Socialista y la Izquierda Cristiana. Días después llegó la noticia de que médicos alemanes habían comprobado que Honecker estaba enfermo de cáncer.

Chile debió darle asilo. Fue lo que trató de hacer el embajador Clodomiro Almeyda, quien se vio obligado a renunciar al cargo cuando su huésped fue entregado a sus perseguidores. Sólo en 1948 se había roto con la tradición de hacer del país lo que el Himno Nacional proclama: «un asilo contra la opresión». Ocurrió durante el gobierno de Gabriel González Videla, quien le ordenó a Julio Barrenechea, su embajador en la capital colombiana, entregar a sus perseguidores al dirigente liberal Saúl Fajardo que se había asilado en nuestra representación diplomática poco después del «bogotazo» y del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. A los pocos días de salir de nuestra Embajada, Saúl Fajardo fue asesinado.

Ésta es la segunda vez que se rompe con aquella tradición.

Al salir de la casa de Chile en Moscú y ser conducido al aeropuerto y de ahí a la cárcel berlinesa de Moabit, Honecker saludó con el puño en alto al estilo de los viejos comunistas, de los obreros de los primeros años 30, que en las calles de Berlín y París expresa-

ban con el puño apretado su decisión de golpear fuerte a los fascistas.

Mantuvo esta misma entereza en el proceso que se siguió en contra suya y de sus compañeros, el ex-primer ministro Willi Stoph, el ex-ministro de Defensa Heinz Kessler, el ex-ministro de Seguridad Erick Mielke y el exrepresentante del Ejército de la RDA ante el Pacto de Varsovia, Fritz Streletz. «No voy a darle a esta acusación y a este proceso visos de legalidad, porque no me defenderé del cargo de homicidio a todas luces sin base», les dijo Honecker a los miembros del Tribunal. Y añadió: «Si hablo aquí lo hago sólo para dar fe de las ideas del socialismo». Con ejemplar dignidad y muy consciente de la gravedad del mal que lo aqueja -un cáncer al hígado-, les dirigió estas palabras: «La condena que ustedes evidentemente piensan para mí no me alcanzará. Eso lo saben ustedes. Un proceso contra mí es ya, sobre esta base, una farsa, un montaje político».

El 12 de enero del 93 quedó en libertad. El juicio no tenía pies ni cabeza. Carecía de fundamento jurídico y chocaba a la conciencia humana. Se impusieron estos valores. Y el ilustre preso, que fuera Presidente del primer Estado socialista alemán, pudo viajar de inmediato a nuestro país para reunirse con su esposa Margot, su hija Sonia y sus nietos Roberto y Viviana.

* * *

Cabe preguntarse si la dirección del PSUA y de la RDA actuaron con la sagacidad necesaria, esto es, con una firmeza que, si no es al mismo tiempo flexible, suele prestarse más bien para debilitar la causa que se defiende.

La interrogante es pertinente. Habían pasado casi cuatro décadas desde que se estableció el Muro de Berlín. La situación no era la misma. A pesar de todo, la distensión había avanzado. Había retrocedido la guerra fría, que estaba en su apogeo cuando se levantó el Muro, y entre ambas Alemanias se habían establecido también relaciones estatales. Es cierto que a la luz del derecho internacional

toda la razón estaba de parte de la RDA. La Conferencia de Helsinki, celebrada en 1975, con la participación de todos los países europeos, había declarado inmutables las fronteras de todos los estados del continente, comprendidas, obviamente, las fronteras de la RDA. Pero el hecho es que, como resultado de los cambios que se habían producido en el mundo, del avance mismo de la distensión, del estancamiento de las sociedades socialistas, de la soviética en primer término, como consecuencia de las ventajas alcanzadas por el capitalismo en el dominio y aprovechamiento de la revolución científico-técnica y de su mayor capacidad en el campo de los medios de comunicación, se había creado una situación que amenazaba la estabilidad de la RDA. Ésta no podía manejarse tan simplemente, sólo con las armas del derecho que le asistía para mantener los controles que quisiera en sus fronteras. Se requería dar otros pasos que condujeran a salir de la crisis y salvar el socialismo. En la salida había que buscar algún acuerdo, aceptar, por ejemplo, la emigración controlada y por etapas, no de golpe, de aquellos alemanes que quisieran emprender ese camino. Como algún día lo dijo Fidel Castro, la construcción del socialismo es una empresa voluntaria.

¿Acaso con una conducta tal o semejante habría sido posible salvar el socialismo en Alemania Oriental? Seguramente ello no habría sido posible si se toma aisladamente el asunto, si en la Unión Soviética y demás países socialistas de Europa continuaba aplicándose una política oportunista y pro-capitalista. Pero si en todo el campo socialista europeo se hubiese seguido una política verdaderamente comunista, el derrumbe del socialismo no tendría por qué haberse producido.

15.

CUANDO EN MOSCÚ LLOVÍA

Cual más cual menos, los partidos comunistas de todo el mundo se caracterizaron por sus estrechos vínculos con el PCUS y el apoyo abierto que le entregaron a la URSS. Algunos llevaron su respaldo al socialismo soviético al punto de perder su propia identidad y de aparecer, a los ojos de mucha gente, como apéndices o prolongaciones del Partido Comunista de Lenin. Sus concepciones sobre la revolución, la época contemporánea y la generalidad de los problemas permanentes o coyunturales eran virtualmente las que se elaboraban en Moscú. El lenguaje también. En ciertos casos, el calco llegó a los extremos más grotescos.

En tiempos de Stalin, los oradores soviéticos adquirieron la costumbre de aplaudirse ellos mismos. Después de la Segunda Guerra Mundial, representantes suyos empezaron a llegar a numerosos países. Cuando hablaban en algún acto público y la gente los aplaudía en el momento que se anunciaba su presencia o en un pasaje o al final de su discurso, ellos aplaudían también. Era una cosa simpática. Alguna vez pregunté por el significado de este gesto o de dicha costumbre. Encontraba raro que el orador se auto-aplaudiera.

-No -me dijeron-, el orador no se aplaude a sí mismo; aplaude lo que dice, la idea que expresa y que es la de todo el Partido.

Otros sostenían que trataba de retribuir de ese modo los aplausos de la gente.

Ni una ni otra explicación me satisfizo. Yo nunca pude aplaudir lo que decía, por muy convencido que estuviera de que arrancaba aplauso la opinión del Partido y no sólo la mía.

La generalidad de los partidos comunistas siguió la costumbre de sus camaradas soviéticos.

Fue a partir de hechos como éste que se empezó a decir que cuando llovía en Moscú los comunistas abrían el paraguas en cualquier

lugar del mundo en que se hallaren.

En verdad, no en todos los partidos comunistas se extremó el prosovietismo. Los partidos de China, Vietnam, Cuba, Francia, Italia, Yugoslavia, Indonesia, Japón y Chile se han caracterizado por preocuparse de elaborar en todo sus propias concepciones y de preservar su identidad.

* * *

Como no podía dejar de acontecer, terminó por hacer crisis el prosovietismo, el respaldo sin reserva al socialismo soviético, a los enfoques y al quehacer del Partido Comunista de la URSS. Esta crisis empezó a manifestarse después de las posiciones discrepantes planteadas primero por los comunistas yugoslavos y luego por los chinos. Una expresión de la misma fue también el eurocomunismo, creación de los partidos comunistas de Francia, Italia y España, que se caracterizaron en la década del 70 por su crítica abierta al socialismo real y por la reformulación de algunas tesis leninistas.

Los comunistas chilenos nos dedicamos a nuestros propios asuntos y a la vez realzamos la sociedad socialista que allá se construyó en el terreno de sus grandes logros y conquistas. No percibimos oportunamente la crisis de aquel socialismo, el «socialismo real», y mantuvimos ante él una actitud pasiva, abstencionista, una conducta acrítica. Más todavía, siempre hicimos nuestro el enfoque soviético en política internacional. En este aspecto no demostramos un real espíritu creador. Nuestro respaldo a la URSS fue invariable y por momentos irreflexivo y mecánico. Esto nos llevó a compartir más de algún error, favoreció las imágenes distorsionadas con que el enemigo nos pintaba y a ratos debilitó los lazos de unidad con los socialistas.

Sin embargo, el apoyo del Partido Comunista de Chile a la política internacional de la Unión Soviética y a las posiciones del PCUS en el movimiento comunista, no desalojó uno que otro desacuerdo o diferencia de matiz en la apreciación de uno que otro problema.

Por ejemplo, en ocasión de un Congreso de la Liga Comunista de Yugoslavia desestimamos una sugerencia del Partido Comunista de la Unión Soviética de no hacernos presente en ese encuentro. En él nos representó José Cademártori.

Esta desinteligencia -pequeña por cierto- se mantuvo en reserva hasta ahora. En cambio, expresamos públicamente una opinión discrepante cuando Jruschov, que era un verborrero contumaz, habló en términos descomedidos y peyorativos de un cuadro en una exposición pictórica que visitara. Otro tanto hicimos a raíz de las medidas represivas de que fueron objeto los escritores Yuri Daniel y Andrés Sinianski. Tocante al arte y a la cultura, el Partido Comunista de Chile no se embarcó como tal ni en la prédica ni en la práctica del llamado «realismo socialista», que se convirtió en la orientación oficial en la Unión Soviética. No adhirió nunca a ninguna escuela estética y siempre respetó la creación artística de sus intelectuales. «Mi partido -dice orgullosamente Neruda en *Confieso que he vivido*- no se opone a ninguna expresión de la belleza». Por cierto que tiene que ver con esta posición el hecho que en el Partido hayan militado y militen, hayan sido o sean simpatizantes o militantes suyos, tantos intelectuales de las más variadas disciplinas del arte y la cultura.

Tampoco acompañamos al partido soviético en la posición que asumiera en los últimos tiempos en orden a subordinar -en los hechos a amenguarla lucha antiimperialista de los pueblos en aras de la causa de la paz. Nuestra posición, junto a la de muchos otros partidos, fue la de que era absurdo establecer una contradicción entre una y otra cosa y de que la lucha contra el imperialismo robustecía las fuerzas que se oponían a una tercera guerra.

* * *

Tuvimos otras opiniones diferentes, no discrepantes, de las que tenían los comunistas soviéticos. Una de ellas la expresamos en la Conferencia internacional de 75 partidos comunistas y obreros que se realizó en Moscú desde el 5 al 17 de junio de 1969. Concurrí a

ese encuentro junto con Volodia Teitelboim, Gaspar Díaz y José Miguel Varas. Ya entonces Chile despertaba el interés político mundial. Las fuerzas de izquierda habían dado origen a la Unidad Popular y se proponían conquistar el gobierno en las elecciones del año siguiente, para realizar las transformaciones revolucionarias que habían madurado en el seno de la sociedad y abrir camino al socialismo por una vía no armada. Creo que como un estímulo a este esfuerzo creador me designaron presidente de una de las sesiones de la Conferencia.

En mi intervención opiné sobre los asuntos que preocupaban al movimiento comunista internacional y hablé del proceso democrático en que estábamos empeñados en el país. Los comunistas chilenos habíamos llegado a la conclusión de que no era correcta la expresión «vía pacífica» con la que se había nominado la posibilidad de alcanzar el poder, en determinados países y circunstancias, sin recurrir al uso generalizado de las armas. A nombre de la delegación del Partido propuse cambiarla por la de «vía no armada». La expresión «vía pacífica» no reflejaba el verdadero carácter de la lucha que revestía a menudo formas violentas y comprendía fuertes enfrentamientos populares con el aparato policial del poder burgués, como en los casos de «tomas» de terrenos por familias sin casas o de tierras, por parte de campesinos y mapuches. «Para expresarnos con precisión -dije- no es lo más adecuado llamar vía pacífica a una lucha como la que se realiza en Chile, y creemos también que en otros países donde los trabajadores y las masas populares recurren a menudo a huelgas de tipo nacional, ocupan fábricas y terrenos para levantar viviendas y llevan a cabo constantes manifestaciones callejeras que generalmente chocan con la policía. De este modo -agregué- muchas de las conquistas del pueblo se logran o se defienden al precio de la vida y de la sangre». Nuestra propuesta no prosperó, pero nosotros seguimos considerándola justa y usándola por largo tiempo. La acogieron otros partidos, entre ellos el uruguayo.

Los comunistas chilenos veníamos sosteniendo, con plena convicción, que en nuestro país existía la posibilidad de abrir una vía «pacífica» de la revolución. Ésta es una tesis que en 1872 Marx la consideró factible para algunos países, la formuló Engels en su

Crítica al programa de Erfurt y la sostuvo Lenin en 1917 (está en sus famosas *Tesis de abril*) hasta que en julio de ese año la contrarrevolución impuso el recurso de las armas. Dejada de lado por casi 40 años, la recreó el Partido Comunista de la Unión Soviética en su XX Congreso a comienzos de 1956. La consideró posible sobre la base de que la clase obrera, en alianza con otros sectores sociales, pudiera conquistar la mayoría en el Parlamento. El Partido chileno la hizo suya en su X Congreso, celebrado dos meses después. Considerando la situación concreta que se daba en el país, llegó primero a la conclusión que, en los hechos, se venía marchando por esa vía y que ella aquí podría abrirse camino, no precisamente en la forma en que fue planteada por los comunistas soviéticos, esto es, a través de la conquista en las urnas de una mayoría parlamentaria, sino mediante el acceso del pueblo a la Presidencia de la República, como un primer paso para la conquista del poder político. Y ello lo visualizó sin la menor subestimación de lo que podría hacerse a través del Parlamento, sobre el cual dijo César Godoy Urrutía en el XIII Congreso del Partido: «Éste no es sólo una tribuna; es también un andamio desde el cual se pueden y deben construir algo más que frases retóricas».

Basado en tales hechos, Alonso Daire sostiene, en *El Partido Comunista de Chile*, editado por FLACSO, que la llamada vía pacífica «estaba incorporada como estrategia política del PC de Chile hacía más de 20 años» y que «en la adopción de esta línea demostró una gran autonomía y creatividad, además de tener presente un estilo de hacer política en Chile muy peculiar».

Nuestra posición acrítica no nos llevó, pues, a hacer del socialismo soviético nuestro paradigma ni desde el punto de vista de la organización estatal, ni de la estructura económica de la sociedad, ni de la vida política y cultural. El hecho que un puñado de comunistas soñaran alguna vez con el poder soviético en Chile y que en junio de 1932, en los días del derribamiento del gobierno de Juan Esteban Montero y de la llamada República Socialista que le sucedió por 12 días, hayan constituido un *soviet* en Santiago y otro en Lota -en verdad, remedos de *soviets*- constituyen sólo anécdotas, actos de infantilismo revolucionario que no tuvieron ni tienen resonancia ni significación. Lo que sobresale en la política y el quehacer de

este Partido Comunista, desde su fundación, es, junto al esfuerzo permanente en favor de los derechos de los trabajadores y del pueblo, el afán de abrirles caminos propios de acceso a los municipios, al parlamento y al gobierno central, con vista a transformarse en la fuerza hegemónica y dirigente de la sociedad.

Es posible, en consecuencia, sacar como conclusión que las relaciones del Partido Comunista de Chile con el Partido Comunista de la Unión Soviética fueron amistosas y de entendimiento en las líneas fundamentales, sin estar siempre absolutamente de acuerdo en todo y sin que el partido chileno dejara de esforzarse -y se esforzara con éxito- por construir su propio camino al socialismo. Tocante a esto último, Salvador Allende tenía el mismo pensamiento. Decidido partidario de un socialismo enraizado en lo mejor de las tradiciones nacionales, hablaba de la vía chilena al socialismo con olor a empanada y vino tinto.

No obstante, es evidente que, como también anota Alonso Daire en el análisis citado, se puede observar, a lo largo de toda la vida del Partido, «una fuerte dependencia en cuanto a acudir a los llamados de la URSS, del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Movimiento Comunista Internacional».

El Partido Comunista fue el primero en destacar la trascendencia de la Revolución de Octubre y en educar a los obreros chilenos en la idea de que es común a los proletarios de toda la Tierra la causa de la emancipación social y que, en definitiva, todos los hombres están llamados a ser hermanos. Nació y se desarrolló con un profundo sentido internacionalista, promoviendo la amistad entre los obreros chilenos y bolivianos que laboraban en las salitreras, alzando su voz contra la ola chovinista antiperuana, desatada por la reacción oligárquica en los días en que se preparaba el plebiscito de Tacna y Arica, en tiempos de la llamada guerra de don Ladislao. Eran los días en que del corazón de Recabarren brotaban estas hermosas palabras: «Yo no quiero que nadie odie a mi patria; por eso amo las patrias de todos».

Al mismo tiempo, el Partido surgió a la vida -como se decía en la época de su nacimiento- enarbolando el pendón rojo de las reivindicaciones proletarias, a la vez que el tricolor patrio. El hecho que

surgiera en la región del salitre, fue determinante. Allí se habían formado las más grandes concentraciones obreras, allí estaban los trabajadores más explotados del país por capitalistas extranjeros. Desde su nacimiento concentró su atención en procura de los derechos de los obreros y, al mismo tiempo, en defensa de la soberanía nacional, pisoteada por los capitalistas que no respetaban ley chilena alguna, acuñaban su propia moneda (fichas), tenían su propia policía y habían transformado las oficinas salitreras en recintos cerrados, sin que se pudiera entrar a ellos libremente.

Este Partido Comunista fue, ante todo, producto de un proceso que arranca de la formación de las primeras nociones de clase que surgen en el seno de los conglomerados obreros en las minas y ciudades y no precisamente resultado de la clásica fusión del marxismo con el movimiento obrero, de la ideología revolucionaria que hombres cultos y soñadores de otras clases sociales llevan al seno del proletariado. Y su lucha entronca con la de todos los hombres que, desde O'Higgins adelante, bregaron por la justicia social y la independencia de Chile. No se debe a un azar que el gran muralista mexicano Luis Alfaro Siqueiros, pintara en la Escuela México de Chillán a Recabarren, el fundador del Partido Comunista, junto a Lautaro, O'Higgins, Bilbao y Balmaceda. El artista vio continuidad histórica en la vida y la acción de estos héroes.

El Partido no era, pues, una planta exótica, como durante largos años sostuvieron los más coléricos anticomunistas. Fue y ha sido, desde su nacimiento, un Partido auténtico y autóctono. Su ideario no fue ni podía haber sido creación nativa. Ningún partido chileno, de hoy o de ayer, ni el Demócrata Cristiano, ni el Radical, ni el Liberal, este último ya desaparecido, tienen o tuvieron una ideología *chilensis*. No podían haberla tenido, pues las ideas más avanzadas de cada época surgen a su hora en las sociedades más desarrolladas.

Lo que determina el carácter nacional de un partido y la eficacia de su acción está en la capacidad que tenga y demuestre de compenetrarse de la realidad, y de poder y saber conjugar los intereses sociales que representa con el interés general del país.

* * *

Cuando tuvo lugar la Revolución de Octubre, el Partido Obrero Socialista ya había cumplido cinco años y era una colectividad política marxista. Tenía diarios y locales y una apreciable influencia en los obreros del salitre y del carbón, en los ferroviarios, en los gráficos y en los trabajadores de Magallanes. Se había pronunciado contra la guerra imperialista de 1914, en una definición que lo distingue de los partidos obreros que existían en esa época en América y Europa. Además, antes que el Partido Obrero Socialista resolviera cambiar de nombre, lo que hizo sin escisiones, sin mayores dificultades internas, sus dirigentes y militantes se declaraban comunistas.

Los grandes éxitos que ha tenido el Partido Comunista de Chile en su dilatada vida, se explican en gran medida por estos antecedentes históricos, por su raigambre de masas. Ello también explica, en buena parte, la capacidad que ha demostrado para enfrentar la crisis del comunismo que ha corrido más o menos pareja al derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y Europa. En 1990, no faltaban los pájaros de mal agüero que pronosticaban su fin inevitable. Los resultados de las elecciones a concejales del 28 de junio de 1992 los sacaron de su error.

* * *

La creatividad y autonomía del Partido Comunista en la elaboración de su línea está en más de una página de la historia social y política de Chile. En 1925 dio forma a la Asamblea Nacional de Asalariados, a la que se incorporaron la Federación Obrera de Chile, la Asociación General de Profesores, la Federación Obrera Ferroviaria, La Liga de Comerciantes e Industriales, La Liga de Arrendatarios y otras organizaciones. La Asamblea de Asalariados fue un verdadero frente común de obreros y sectores de capas medias. Se constituyó en torno a un programa democrático que planteaba por primera vez la nacionalización de las riquezas del país y

que presentó como candidato a la Presidencia de la República a don José Santos Salas, que años más tarde fue ministro de Salubridad y alcalde de Santiago. Como candidato a presidente, el doctor Salas obtuvo 80 mil 888 votos contra 180 mil de su contendor, Emiliano Figueroa Larraín, que contó con el apoyo de todos los partidos políticos, a excepción del Comunista. Tal resultado fue una hazaña. Tanto o más importante -en verdad más importante por su trascendencia en la vida chilena y su repercusión internacional- fueron la gestación y la victoria de la Unidad Popular que dieron origen al gobierno democrático y revolucionario del presidente Allende. «La Unidad Popular -dice el mismo Daire- es un punto de llegada y una comprobación histórica de un acertado análisis del Partido Comunista. Es acierto de una apuesta».

El Partido se esforzó con éxito por buscar las soluciones políticas acordes con la realidad nacional y las tradiciones democráticas del país y se empleó a fondo en favor de la más amplia unidad de izquierda. Llevó a las masas la consigna de: «Unidad Popular para conquistar el poder». Libró una tenaz lucha contra las posiciones sectarias de aquellos socialistas que rechazaban o obstaculizaban el entendimiento con los radicales, con el argumento de que éstos representaban una colectividad burguesa que podía poner en peligro el carácter y el porvenir del movimiento.

La Unidad Popular y su gobierno, encabezado por Salvador Allende, despertaron una gran simpatía y apoyo en todo el mundo, esencialmente por su originalidad y por constituir un nuevo proyecto de avance hacia el socialismo. En América Latina y en Europa fue recibido y acogido con gran interés.

Este proyecto fue de creación colectiva, resultado de un largo proceso de lucha del pueblo chileno, de acción conjunta de los partidos de izquierda, de encuentro de los denominadores comunes. El aporte de nuestro Partido a dicha creación y la contribución que a ella dio Salvador Allende, fueron particularmente relevantes. Nosotros sostuvimos la tesis, en abierta polémica con la mayoría de los socialistas, acerca de la posibilidad de que el pueblo accediera al poder sin lucha armada, mediante la unión de las fuerzas democráticas y la acción de las masas, utilizando incluso los propios

mecanismo legales y constitucionales entonces existentes. Y actuamos en consecuencia.

En los años previos a la victoria de la Unidad Popular nos pronunciamos también, en términos tajantes, en favor de un gobierno de coalición pluripartidista y del reconocimiento de los derechos políticos de los partidos de oposición que actuaran en los marcos de la ley. Esta formulación correspondía estrictamente a la tradición y a los hábitos chilenos.

Por circunstancias históricas particulares, de paso consideradas antes en estas páginas, en la Unión Soviética se terminó formando y consolidando un sistema político de Partido Único. Otro tanto ocurrió en China, Cuba, Vietnam y Corea del Norte. La existencia de varios partidos no es, de por sí, signo de democracia ni, *a contrario sensu*, aquel régimen político donde hay un solo partido es de por sí antidemocrático. En el caso cubano el sistema de partido único se justifica plenamente desde nuestro punto de vista. La patria de Martí está virtualmente en guerra desde hace más de 30 años. Sufre, por parte de los Estados Unidos, el bloqueo económico más largo que país alguno haya resistido. El Presidente norteamericano no ha ocultado sus propósitos siniestros. Después del colapso de la Unión Soviética y de los países de Europa oriental, ha declarado a todos los vientos que se propone derribar a Fidel Castro y terminar allí con el socialismo. Logró aprobar en el Congreso norteamericano una ley 4a ley Torricelli- por medio de la cual se pretende consagrar el papel de gendarme mundial que se arroga Estados Unidos, aplicando medidas que afectan a los países que comercian con Cuba y a las empresas navieras que hacen el transporte de mercancías hacia y desde la isla. Un país así acosado, al cual el imperio más poderoso de la Tierra le ha declarado la guerra, aunque no truenen los cañones por ahora, tiene perfecto derecho a defenderse por todos los medios y a presentar un solo frente. En la situación cubana, el pluralismo de partidos se prestaría para abrir grietas a través de las cuales se haría presente el enemigo.

* * *

Otra expresión de la política realista y amplia del Partido Comunista de Chile está en la forma en que enfocó el asunto relativo a la vanguardia. El PC no consideraba de su exclusividad el desempeño del papel de vanguardia. Reiteradamente se pronunció en favor de una vanguardia compartida, actuando en acuerdo con el Partido Socialista. El establecimiento y consolidación de la unidad entre ambos partidos fue una de las constantes principales en su acción. Se trataba de un entendimiento que no excluía alianzas con otros sectores. Por el contrario, apuntaba a darle a la alianza más amplia una base más consistente. Las desinteligencias entre socialistas y comunistas habían facilitado, en el pasado, la dispersión de las fuerzas democráticas. Su unidad favorecía y favoreció en la práctica el entendimiento de todas ellas.

Durante el gobierno del presidente Allende nos pronunciamos, además, por diversas formas de propiedad sobre los medios de producción, esto es, por la propiedad estatal, la mixta y la privada. No pensamos, ni entonces ni ahora, que el socialismo -a diferencia del comunismo- esté obligatoriamente vinculado a una sola forma de propiedad. Y tenemos presente que ningún modo de producción, ningún régimen social sucede a otro eliminándolo por completo, de una vez por todas. Siempre hay remanentes del sistema anterior que se mantienen en pie por largo tiempo. Es conocido, por ejemplo, el hecho que los países de América Latina entraron hace tiempo al capitalismo, no obstante lo cual casi todos ellos conservan a la vez residuos del feudalismo y estadios aún inferiores entre sus pueblos originarios. Asimismo, no ocultamos que, en definitiva, el desarrollo social lleva a la desaparición de toda forma de propiedad privada sobre los medios de producción, pero esto lo concebíamos -y así lo dijimos- sin que mediara confrontación ni expropiación, sino un proceso de colaboración y de entendimiento con los capitalistas pequeños o medianos, de inserción de los mismos en un gran proceso social y, si el término es permitido, de aprovechamiento de sus capacidades empresariales en bien de toda la sociedad.

Bien dijo un político brasileño: «La propiedad es tan buena que la queremos para todos», y esto puede hacerse realidad de diferentes maneras.

Definitivamente, la propiedad privada sobre los bienes de usufructo personal o familiar debe considerarse inviolable, y en la esfera de los servicios, cafeterías, restaurantes, boutique, talleres artesanales y de reparación, peluquerías, etc., debe respetarse, más aún, promoverse la actividad privada por tiempo indefinido. Sin duda que los quioscos de venta de diarios o de cordones de zapato, todos en poder del Estado que habían en la Unión Soviética, no aportaban nada a la construcción del socialismo y habrían funcionado perfectamente o acaso mejor en manos privadas, así como muchos otros servicios si hubiesen pertenecido a particulares o estado en poder de cooperativas. Estas ideas estaban explícitas o implícitas en la diversidad de formas de propiedad dentro del socialismo que concebíamos.

El socialismo soviético no era, pues, nuestro modelo.

Pero, insistamos, no tuvimos ante él una posición crítica. No la asumimos por la formación que teníamos, que nos llevaba a dispensarle a la Unión Soviética una adhesión sin reservas.

Tampoco podía hacerse uso de la crítica en cualquier momento, desde luego por nada del mundo en los años en que era objeto de la agresión armada o blanco de las campañas más virulentas de los enemigos del socialismo. Y esos años constituyen la mayor parte del tiempo. Es cierto que distinta fue la situación en la década del 70. En el terreno militar se había logrado un equilibrio de fuerzas entre el socialismo y el capitalismo, la paz no pendía precisamente de un hilo y la sociedad soviética había caído en el estancamiento. Una posición crítica en ese momento debió ser una ayuda efectiva a los comunistas soviéticos. La asumieron los partidos comunistas que tenían más conocimiento de las virtudes y defectos del socialismo real. Fueron los partidos del eurocomunismo. Lamentablemente, algunos exageraron la nota y acompañaron sus observaciones de planteamientos ideológicos inaceptables. Con ello estropearon la crítica.

LAS RELACIONES INTERPARTIDOS

El Partido Comunista de Chile adhirió a la Internacional Comunista, el Komintern, en 1922. Pero su admisión como miembro efectivo de la Internacional fue aprobada en 1928. Hasta entonces tenía la calidad de simpatizante, sólo con derecho a voz en sus reuniones. En tal condición, Recabarren participó en el IV Congreso de la IC que se efectuó en Moscú en 1923. Ya sea por la lejanía de Chile o porque las preocupaciones prioritarias del Komintern no estaban centradas en esta parte del continente o por las dificultades internas que empezó a sufrir el Partido, aun antes que Recabarren pusiera fin a su vida, o por las persecuciones de que luego fue objeto durante la dictadura de Ibáñez -por todas o por varias de estas causas al mismo tiempo-, las relaciones con el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista prácticamente no existieron durante la década del 20 y en los primeros años 30. Sólo se mantuvieron con el Buró Sudamericano que tenía su sede en Buenos Aires.

Hallándome en Concepción, en 1937 fui llamado a Santiago para trabajar como secretario técnico -así se decía entonces, no sé por qué motivo- de Carlos Contreras Labarca, que era el Secretario General del Partido. Mi sueldo era de 200 pesos mensuales. Desde entonces he estado vinculado al Comité Central, aunque fui elegido miembro de éste sólo en 1952. A Contreras Labarca lo sucedió Ricardo Fonseca y a éste Galo González. Con los dos colaboré estrechamente, en especial en la elaboración de documentos. A Ricardo me unió una cordial amistad, a Galo una gran confianza. Así entonces, desde 1937 creo haber estado al tanto de los secretos, por así llamarlos, de la Dirección del Partido y conocer bien los vínculos reales que hubo con la Internacional Comunista.

En 1935, el Partido envió al VII Congreso de la Internacional Comunista a su secretario general, Carlos Contreras Labarca, y a Luis Hernández Parker, miembro del Buró Político del Partido y secretario general de la Federación Juvenil Comunista, que era el nom-

bre que entonces tenía la organización que hoy se conoce como Juventudes Comunistas. A comienzos de 1938, viajó a Moscú la delegación compuesta por Elias Laferte, Galo González y Raúl Barra Silva. Mientras estos últimos estaban fuera del país, yo les enviaba, semanalmente, por encargo de Contreras Labarca, una suerte de boletín noticioso, de varias páginas, que las escribía a máquina en papel cebolla o japonés, que ignoro si todavía existe y que se caracterizaba por ser muy delgado, liviano y consistente. Aunque cada carta que enviaba contenía unas seis o más carillas, por su volumen no llamaba la atención del correo y por su peso pagaba muy poco franqueo.

La delegación que encabezaba Laferte acudió a la sede de la Internacional Comunista en Moscú. En Chile se había formado el Frente Popular y éste se aprestaba para dar la batalla de 1938 con un solo candidato a la Presidencia de la República. El tema de esta elección abarcó una buena parte de la entrevista que los dirigentes comunistas chilenos tuvieron con Manuilski y otros miembros del Komintern. Como aspirantes a candidatos del Frente Popular sonaban los nombres de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduque Grove. A Elias se le ocurrió preguntar, ya al finalizar la entrevista y luego de haber hecho una semblanza de los cuatro aspirantes, cuál de ellos les parecía que pudiera ser el mejor candidato de la izquierda.

-No bien había terminado de hacer la pregunta cuando Manuilski me dejó sin habla -contaba Elias con esa gracia que lo distinguía.

-El mejor candidato -respondió Manuilski- se llama Elias Laferte, es usted. Pero como usted no va a ser candidato... el otro... lo eligen ustedes.

Esta anécdota viene a cuento, porque hay gente que ha creído que las decisiones políticas del Partido Comunista se tomaban fuera del país o tenían que contar con la aprobación de afuera. Es, por ejemplo, el caso de Raúl Rettig que apareció diciendo en el vespertino *La Segunda*, en las memorias que este diario le publicara, que en 1969, cuando en el seno de la Unidad Popular se discutía quién debería ser el candidato a la Presidencia de la República, el Partido Radical esperaba el apoyo del Partido Comunista a su precandidato

Alberto Baltra. «Si tal apoyo no se produjo -dijo Rettig a ese vespertino- se debió seguramente a que no llegó en forma oportuna la decisión desde afuera».

Si una personalidad democrática de la experiencia y la talla de Raúl Rettig ha creído en esta dependencia de los comunistas, ¿qué se puede esperar de la gente que tiene otra formación, particularmente en el centro y en la derecha? Esto debe hacernos ver que arrastramos un pesado fardo, el fardo del anticomunismo, y que un gran problema nuestro es cómo enfrentarlo con métodos más eficaces de los que hemos usado hasta hoy y sacando del camino aquellos elementos intrascendentes y generalmente ficticios de los que aquel suele alimentarse. Entre éstos está el secreto, el misterio, la imagen de secta, la gravedad en todo momento y circunstancia, lo cual hace que no poca gente nos vea como seres extraterrestres y con ello facilitemos toda clase de leyendas respecto a lo que somos y queremos.

* * *

Se ha especulado mucho con la influencia que el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista habría tenido en el Partido Comunista de Chile, a propósito de un documento que le enviara en noviembre de 1926, con el nombre de «Directiva para la Bolchevización del Partido Comunista de Chile». Fue ese un documento de dulce y de grasa que, por una parte, contenía planteamientos correctos en relación, por ejemplo, a la necesidad de estructurar el partido a base de células en lugar de las secciones que hasta entonces existían y que, por la otra parte, expresaba juicios peyorativos respecto a la herencia de Recabarren. Pero la verdad es que no tuvo mayor trascendencia. El general Ibáñez se había hecho fuerte en el Ministerio de Guerra. El movimiento obrero se hallaba en retroceso y el Partido estaba cruzado por problemas internos creados por la actitud acomodaticia respecto de la dictadura de Ibáñez que habían asumido sus dos senadores y cuatro de sus siete diputados. En esas circunstancias, el documento del Buró Sudamericano ni siquiera fue discutido en el Comité Central y menos en la base.

La Internacional Comunista jugó un papel positivo en defensa de la Unión Soviética, respaldó resuelta y eficazmente la lucha de los republicanos españoles, ayudó a las víctimas del terror fascista, promovió la unidad de acción de los trabajadores y pueblos contra el fascismo y la guerra y en favor de la coalición antihitleriana. Contribuyó a la formación de partidos comunistas. Tuvo también gran significación la política de Frente Único y del Frente Popular que patrocinara y aplicara con todo ímpetu en los años 30. Tal política, puesta en práctica en Francia y otros países y luego oficializada en el VII Congreso de la Internacional Comunista como orientación de los partidos comunistas de todo el mundo, llevó a éstos a buscar la acción común y el entendimiento con las diversas fuerzas contrarias al fascismo, con los socialdemócratas en primer término. Fueron los años del «gran viraje», de la *grande svolta* de los comunistas. Éstos ponían ahora, en primer término, la preservación de la democracia. La Internacional Comunista nació y se desarrolló con una falla capital. Su mal congénito consistió en el hecho de haber sido concebida y, en gran medida, desarrollada como una organización supranacional, como un Partido Comunista Internacional o universal. En tal situación, no pocos partidos se desarrollaron prácticamente como simples secciones suyas, atendiendo principalmente las cuestiones que ella planteaba y despreocupándose de las realidades de su entorno, esto es, de sus deberes con sus propios pueblos. Esto significa que tanto la Internacional Comunista como varios de sus partidos pasaron por alto el principio marxista de que la lucha es internacional por su contenido y nacional por sus formas. En ciertos casos, ello condujo a la Internacional a injerencias indebidas en asuntos que no eran ni podían ser de su competencia. Más aún, en este marco incurrió en abusos de autoridad, como en el caso del partido polaco al que llegó a disolver.

* * *

Poco tiempo después de la disolución de la Internacional Comunista, se creó el Cominform (Comité de Informaciones) de los parti-

dos comunistas gobernantes de Europa, cuyos países luego constituyeron el Pacto de Varsovia y más tarde el CAME. La sede del Cominform estaba en Bucarest. El periódico que editaba tenía un título kilométrico y consignista. Se llamaba *Por una paz duradera, por una democracia popular*,

En 1955 estuve en las oficinas del Cominform. En esos días, el Partido Comunista de Uruguay había marginado a su secretario general, Eugenio Gómez Chiribao, y designado en su reemplazo a Rodney Arismendy. Parece que el cambio sorprendió al Cominform. Yo había pasado por Montevideo y me había entrevistado con uno y otro. Me preguntaron por los dos y por la situación del partido uruguayo. El Cominform actuaba poco menos que como lo había hecho antes el Komintern. Después de algunos años dejó de existir. Pero siguió primando la idea de mantener un centro dirigente de lo que se entró a llamar movimiento comunista internacional. El Partido Comunista de la Unión Soviética pasó a ser -lo dijimos antes- el «partido vanguardia», el partido que hacía cabeza de los demás. Pero ya las cosas y los criterios empezaban a cambiar. En el marco del XXI Congreso del PCUS, los delegados extranjeros fuimos consultados por los soviéticos acerca de si se debía o no mantener tal formulación. Yo era el único delegado de Chile. Dije que sobre un asunto tal debería pronunciarse la dirección de mi partido. La cuestión volvió a plantearse en la Conferencia de los Partidos Comunistas celebrada en Moscú en 1957 y a la cual concurrieron, de nuestra parte, José González y Jorge Montes. Allí no hubo acuerdo. Karlson, el presidente del partido danés, fue el primero en oponerse. Tomó la palabra Mao Tsetung y dijo:

-Hasta los salvajes tenían un jefe, y nosotros, que no somos salvajes, ¿cómo no vamos a tenerlo?

Mao era un hombre que conquistaba la admiración de cuantos lo conocían y que en su país fue objeto de un gran culto. Tenía un lenguaje sencillo y lleno de metáforas, comprensible a todo el mundo. Era un tanto enigmático. Cuando un grupo de dirigentes comunistas latinoamericanos visitamos China en 1960, su sala de recibo fue un tren, estacionado en un centro textil a varios cientos de kilómetros de Pekín. Durante varias horas expuso sus puntos de

vista sobre la situación internacional. El venezolano Pompeyo Márquez encabezó una pequeña comisión que recogió en detallados apuntes las conversaciones que tuvimos con él, con Liu Shao Shi, Chu Enlai y otros dirigentes chinos. La copia que me traje se perdió en alguno de los tantos escondrijos donde se guardaron mis documentos más valiosos en los años de la dictadura.

En aquel entonces las discrepancias entre soviéticos y chinos apenas se insinuaban. Salieron a luz y se plantearon en forma tajante, de uno y otro lado, un poco más tarde. Ellas giraron en torno a diversos asuntos relacionados con la política de coexistencia pacífica. Los chinos rechazaron la tesis soviética en cuanto a considerar que era posible evitar una tercera guerra mundial y, de paso, por si esto fuera poco, como para provocar el cisma, siguieron levantando la figura de Stalin después de la revelación de sus crímenes y del denuncio del culto a la personalidad en el XX Congreso del PCUS.

El movimiento comunista había sido antes sacudido por las discrepancias con la Liga Comunista de Yugoslavia que surgieron, principalmente, en torno al tipo de socialismo que decidieron construir Josip Broz Tito y los suyos. Se trataba de un socialismo diferente al modelo soviético, que se basaba en la autogestión de las empresas de propiedad de los trabajadores.

Esto fue considerado una herejía que despertó las iras del Kremlin. Dio origen a las más graves acusaciones. A la Liga de los Comunistas yugoslavos se le motejó de revisionista. Nosotros participamos de estos juicios. Hicimos un Pleno especial para tratar este asunto y hasta publicamos un libro, *El problema yugoslavo*, para denunciar las «desviaciones» del partido de Tito. Pero este asunto había quedado atrás. Jruschov había logrado, al menos, establecer un nuevo clima de amistad con Belgrado y el Partido de Tito.

Las dificultades con Pekín condujeron a un verdadero cisma que estremeció las filas del movimiento comunista. Con ocasión del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, se reunieron en La Habana los delegados latinoamericanos que a él concurrieron y acordaron mandar una delegación a China a fin de interceder en pos de un acuerdo o de un mesurado manejo de las diferencias. La

delegación fue encabezada por Carlos Rafael Rodríguez, quien expuso ante Mao las preocupaciones y propósitos de los comunistas latinoamericanos. El líder chino lo escuchó con atención y respeto. Estaba enterado, por cierto, de quién era cada uno de sus contertulios. Después que habló Rodney Arismendy, rompió su silencio para preguntarle:

-Usted, verdad, es el Secretario General del Partido Comunista de Uruguay.

-Sí, compañero -contestó Rodney.

-Y dígame una cosa -prosiguió Mao-, ¿cuántos habitantes tiene su país?

En la manera de ser y en el pensamiento de Mao había un buen poco de chovinismo de gran potencia.

* * *

A mitad de los años 60, los comunistas chilenos dejamos de hablar del PCUS como del partido dirigente del comunismo mundial. Y al mismo tiempo que desarrollamos nuestras relaciones políticas con el partido soviético y con la mayoría de los partidos comunistas de Europa y América, acentuamos particularmente nuestra solidaridad con Cuba y Vietnam y concentramos nuestra atención en la cuestión de cómo desbrozar y construir el camino de nuestra propia revolución. Pero los hábitos y las viejas ideas no desaparecen fácilmente. Así se explica que al término de mi primera visita a la República Democrática Alemana, después de haber salido del campo de concentración de Tres Álamos, hayamos firmado un comunicado conjunto con el Partido Socialista Unificado Alemán, el PSUA, en el cual volvimos a hablar del papel de vanguardia del PCUS y de la Unión Soviética. «¿Cómo suscribiste eso?», me preguntó Gian Carlo Pajetta algunos días más tarde. Nuestro representante en Berlín había participado en la redacción de ese comunicado y yo no había tenido ocasión de conocerlo en medio del nutrido programa que me tenían preparado los compañeros alemanes. Se lo dije a Gian Carlo, añadiéndole que, si así fue, ello constituyó un

error de nuestro representante. La elaboración de los comunicados estaba siempre a cargo de los dueños de casa, sea en Moscú, Berlín, Sofía u otra capital socialista. Y los huéspedes no hacían o no se hacían problema discutiendo su contenido y decían amén. Se exceptuaban de esto muy pocos partidos, en especial el italiano y el francés. El Partido de Cuba constituía también una excepción - una excepción más singular-por el hecho que no seguía la costumbre de los comunicados conjuntos y en sus informaciones de prensa sobre los encuentros interpartidos no usaba las manidas referencias a las entrevistas transcurridas invariablemente «en un ambiente de cordial amistad».

* * *

Después de la disolución de la Internacional y de la desaparición del Cominform, continuaron los esfuerzos por la cohesión de los partidos comunistas, en medio de no pocas dificultades. La creciente complejidad y diversidad de situaciones en el ámbito de cada país y en la esfera mundial y la reafirmación del concepto de autonomía a partir del XX Congreso, determinaron la adopción de posiciones no siempre iguales y coincidentes entre los partidos.

El aplastamiento de la llamada contrarrevolución de Nagy, en Hungría, en octubre de 1956; la entrada a Checoslovaquia, en agosto de 1968, de tropas del Pacto de Varsovia; y la intervención soviética en Afganistán, pusieron a prueba la cohesión del movimiento comunista internacional. Algunos partidos se pronunciaron en contra de la conducta asumida en tales ocasiones por la URSS y sus aliados europeos.

Hoy es absolutamente claro que fue un profundo error la intervención soviética en Afganistán que, según supe después, no fue resuelta por el Gobierno soviético, ni por el Comité Central del Partido, sino por 4 ó 5 miembros de su Buró Político. Nosotros la apoyamos. Escribí en *Pravda* un artículo justificándola. Me basé en los antecedentes que recibíamos en orden a que los imperialistas se confabulaban para echar abajo el Gobierno de Kabul y cortar

el desarrollo democrático del país, por un lado, y, por el otro, tuve en cuenta la existencia de un pacto de apoyo mutuo que habían firmado Afganistán y la URSS y que le permitía a cualquiera de las partes pedir apoyo de la otra, incluso en el terreno militar. Esto fue en 1979. Poco después estaba claro el error. Pasaba el tiempo, se prolongaba la guerra y no amainaba la resistencia de *los muyahidin*. Se hizo evidente que con las armas no se les podía imponer un cambio en sus costumbres y en su régimen social.

En relación a Hungría y Checoslovaquia, si bien los comunistas chilenos apoyamos a la URSS, no tuvimos una actitud cerrada, ciega. Primero, miramos con simpatía las tendencias democratizadoras que representaban tanto Nagy como Dubcek. Imre Nagy había sido expulsado del partido durante la época del stalinismo, pero había vuelto a él después del XX Congreso del PCUS, como jefe de una tendencia dirigida a llevar adelante la construcción del socialismo por un camino propio e independiente. Nosotros apoyamos esa posición. Yo era miembro del Secretariado del Comité Central y escribí un artículo en *El Siglo* expresando esta simpatía. Pero junto a esa tendencia democratizadora se hacía fuerte otra dirigida a restablecer el capitalismo, aprovechando con tal fin los errores cometidos por la dirigencia de Rakosi y la ampliación de las libertades públicas. En razón de este peligro se fundamentó la intervención soviética. Lo que vino después demostró que Hungría, ahora bajo la dirección de Janos Kadar, no volvía atrás, no regresaba al régimen de tipo stalinista de Matías Rakosi, sino lo graba avanzar y llevar adelante la construcción del socialismo con el apoyo de la mayoría del pueblo, con mayor libertad y por un camino que, en varios aspectos, se apartaba del modelo de Moscú.

En Checoslovaquia se produjo una situación similar. A fines de 1967 surgió un movimiento renovador encabezado por el Partido Comunista, cuyo secretario general era Alexander Dubcek. En mayo del año siguiente, un Pleno de su Comité Central declaró que en el desarrollo del proceso democratizador había surgido un peligro de derecha que amenazaba, igual que en Hungría doce años atrás, con restablecer el capitalismo. Los derechistas se habían apoderado del Club 23 7 y lo habían convertido en un estado mayor. Habían alcanzado notoria influencia en los medios de comu-

nicación. Se había creado el Partido Socialista Justo. Se levantaban consignas como «Fuera los comunistas de los sindicatos» y «Socialismo sin comunistas». Se exigía la disolución de las Milicias Obreras. Todo esto tenía lugar en plena guerra fría y cuando la guerra de Vietnam estaba al rojo vivo. La caída del socialismo en Checoslovaquia habría significado en ese momento un golpe enorme contra la lucha del pueblo vietnamita y, probablemente, habría modificado el mapa político de Europa más o menos en la forma en que 19 años después terminó por producirse. Tal era la situación. Nuestro Partido declaró entonces que, a 15 mil kilómetros de distancia del centro de los acontecimientos, no estaba en condiciones de apreciar o afirmar que el socialismo se hallaba en peligro en Checoslovaquia ni sostener que el pueblo checoslovaco carecía de fuenas suficientes para defenderlo sin apoyo exterior. Dijo, sin embargo, que, enfrentado a los hechos, entregaba su apoyo a los países del Pacto de Varsovia que mandaron tropas a Checoslovaquia. Lo hacía en la confianza de que los que tomaron esta decisión habían hecho una apreciación correcta de la realidad.

Hace poco se ha sabido, por revelaciones de Aristov, ex-embajador soviético en Budapest, que aparecieron en Pravda del 18 de febrero de 1991, que Janos Kadar no estaba convencido de que hubiese habido peligro de un golpe contrarrevolucionario en Checoslovaquia. Pensaba, además, que Alexander Dubcek era un hombre leal y maduro y que la aparición en Checoslovaquia de elementos anárquicos era cosa pasajera. Tales opiniones se las dio a Gomulka en el mes de mayo, cuando éste estuvo en la capital húngara para la firma de un Tratado de Amistad. En agosto, agrega Aristov, se produjo un cambio en las posiciones de Kadar, estimando también que aquel peligro era real. No obstante, pocos días antes de la entrada de las tropas del Pacto a territorio checoslovaco, Kadar le escribió a Dubcek proponiéndole un encuentro en la frontera húngara o en la de Eslovaquia. Ceausescu y Tito también invitaron a Dubcek a conversar. Le propusieron sendas visitas a Bucarest y Belgrado. Dubcek se excusó por la situación crítica que se vivía en su país. Entonces, uno y otro le sugirieron visitar Praga, pero no tuvieron respuesta.

Algunas semanas después de los acontecimientos checos me en-

contré con Enrique Líster, general del Ejército Republicano español y del Ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Líster vivía en Praga. Me dijo que no estaba seguro de si había sido necesario que las tropas entraran al territorio checoslovaco, pero que no objetaba el hecho de por sí.

El 5 de diciembre de 1989, en medio de la crisis del socialismo real, se publicaron en la prensa de Moscú dos comunicados respecto a Checoslovaquia, uno del Gobierno soviético y otro de los dirigentes máximos de la Unión Soviética, RDA, Polonia, Bulgaria y Hungría. En ambos documentos se denunciaba como intervención en los asuntos internos de un país soberano la entrada de tropas a territorio checoslovaco. Se agregaba que tal acción interrumpió el proceso democrático de Checoslovaquia, más conocido como la primavera de Praga. Esta declaración se hizo en circunstancias que no permitían un análisis sereno y responsable de acontecimientos que venían a recusarse 21 años después. Los dirigentes de los partidos de esos países se hallaban acosados y presionados por las fuerzas que habían desatado la *perestroika* y en peligro de perder las posiciones de poder que detentaban.

EL PACTO DE 1939 Y SUS SECRETOS

Medio siglo después de la firma del pacto germano-soviético de 1939, se reabrió la discusión sobre él. El Parlamento soviético nombró, a mediados de 1989, una comisión encargada de elaborar un informe sobre dicho tratado, acerca del cual habían surgido discrepancias en la URSS en torno a su procedencia. La presidió Alexander Yákovlev. Este, entrevistado por *Pravda* el 18 de agosto, afirmó que «cincuenta años atrás, más exactamente en los días 19 y 20 de agosto de 1939, cuando Stalin acepta que el canciller alemán Ribbentrop llegue a Moscú para conversar con él, la Unión Soviética no tenía otra elección. Ella sola, precisó, no podía impedir el conflicto bélico. No había conseguido hacer de Inglaterra y de Francia sus aliados. No quedaba más que pensar en no caer en el torbellino de la guerra para la cual la URSS estaba menos preparada en 1939 que en 1941».

¿Es preciso concluir de lo que usted dice -pregunta entonces *Pravda*- que Stalin fue obligado por las circunstancias a firmar ese pacto de no agresión?

Alexander Yákovlev se refiere a la necesidad de ubicar el acontecimiento en el contexto histórico, para luego decir, categóricamente, que los hechos, «al menos aquellos que son conocidos, muestran que al 20 de agosto, las negociaciones entre la URSS, Inglaterra y Francia, están en *impasse* y prácticamente han fracasado». Las dos potencias occidentales habían pedido una interrupción de las negociaciones, en circunstancias que ellas sabían, igual que la URSS, que Hitler había fijado la invasión a Polonia para el 1° de septiembre a más tardar. Simultáneamente -indica Yákovlev- Londres y Berlín se han puesto de acuerdo en secreto a mediados de agosto, para un encuentro incógnito en las Islas británicas entre Chamberlain y el segundo personaje del Tercer Reich, Goering.

En esas condiciones se firmó el Pacto entre los cancilleres Mólotov y Ribbentrop, el 23 de agosto de 1939. Francis Clemieux es-

cribió en *Le Monde*, justamente cincuenta años más tarde, el 23 de agosto de 1989, que el pacto le permitía a la Unión Soviética «obtener un respiro para reforzar sus defensas» y que Hitler, «con o sin pacto, tenía decidido invadir a Polonia a comienzos de septiembre». El plan de la invasión fue elaborado en abril. Ya en junio, ocho divisiones alemanas se hallaban en la frontera con Polonia. De su lado el embajador británico en la URSS, Mr. Seeds, decía en 1940: «Yo debo reconocer que el realismo de los bolcheviques y sus intereses nacionales dictaron la única decisión posible».

* * *

Hace ya cincuenta y tantos años, en octubre de 1939, el autor de estas líneas, publicó en Iquique, donde entonces trabajaba, un artículo de unas treinta páginas, relatando los hechos y explicando las razones que habían llevado a la URSS a firmar con la Alemania de Hitler el cuestionado pacto de no agresión. De lo que dije entonces, todo se mantiene en pie, salvo la afirmación rotunda que hiciera en el artículo, en el sentido de que el pacto «no contiene ninguna cláusula secreta de ninguna especie».

Ocho días después de la firma de dicho tratado por los cancilleres de Alemania y la Unión Soviética, Ribbentrop y Mólotov, se reunió el Soviet Supremo para ponerle el óleo y el sacramento. Fue, por supuesto, ratificado. Mólotov sostuvo, en esa oportunidad, que «el pacto marca un viraje en la historia de Europa y no solamente de Europa». Y luego agregó:

«La Unión Soviética ha firmado un pacto de no agresión con Alemania, entre otras razones porque las negociaciones con Francia e Inglaterra habían tropezado con divergencias insuperables y habían desembocado en un fracaso por culpa de los medios dirigentes franco-ingleses».

La firma de un pacto, entre los dos países ideológica y políticamente más antagónicos, estremeció al mundo entero y especialmente a los partidos comunistas. El Partido Comunista de Chile

fue, naturalmente, sacudido por el acontecimiento. Sin embargo, lo aprobó y lo defendió.

Al examinar de nuevo los hechos de aquel tiempo, se reafirma en mí la convicción de que fue absolutamente necesario que la Unión Soviética diera aquel paso.

La Segunda Guerra Mundial estalló el 1º de septiembre. Para muchos fue consecuencia del pacto germano-soviético. El semanario *Novedades de Moscú*, en su número 34 de 1989, hizo suya esta afirmación. No compartimos este juicio. El pacto no provocó la guerra ni podía impedirlo. Lo único que podía haberla evitado, si es que esta posibilidad existía, era la firma de un tratado de seguridad colectiva, reiteradamente propuesto por la URSS ante Inglaterra y Francia. Pero este acuerdo no se firmó, principalmente por responsabilidad de Chamberlain. Este, como hombre del imperio inglés, no quería que Alemania levantara cabeza, no le gustaban los afanes expansionistas de Hitler, pero consideraba, a la vez, que el fascismo era un buen antídoto contra el comunismo. Quería que la Unión Soviética pudiera concurrir con sus tropas a rechazar cualquiera agresión alemana, pero sin comprometer al mismo tiempo la concurrencia de las tropas británicas y francesas para el caso de que esa agresión se dirigiera hacia el este, es decir, contra la URSS.

La política de seguridad colectiva que propiciaba la Unión Soviética contenía los siguientes principios expuestos por Mólotov:

- «1. La conclusión de un pacto efectivo de ayuda mutua contra la agresión entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética, pacto que tenga un carácter exclusivamente defensivo;
2. Garantía de acción conjunta por parte de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética a los estados de la Europa Central y Oriental, absolutamente a todos los países europeos y fronterizos de la Unión Soviética en caso de ser agredidos, cualquiera de ellos, y
3. Conclusión de un acuerdo concreto entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética acerca de las armas y del alcance de la

ayuda inmediata y eficaz que habrán de prestarse entre sí y a los Estados garantizados en caso de ataque por parte del agresor».

* * *

De otro lado, es pertinente preguntarse si efectivamente la guerra empezó en 1939 o antes. Valentín Fallin, historiador, embajador de la URSS en Washington y sucesor de Boris Ponomarev en el Departamento Internacional del Comité Central del PCUS, hacía notar en el curso de una mesa redonda organizada por la revista *Voprosy Histori* (Problemas de la Historia) , que ella había comenzado el 7 de abril de 1939, con la agresión de Italia fascista a Albania. Y agregaba que para Checoslovaquia la guerra había comenzado en septiembre de 1938, para España en 1936, para Etiopía en 1935 y para China en 1931. En cuanto a la URSS, precisaba Fallin, ya en agosto de 1939, «ella libraba duros combates con Japón», lo que no deja de tener incidencia, señala, en las conversaciones de Moscú, que llevan en aquel fatídico mes al pacto Ribbentrop- Mólotov. Japón, desde sus bases de Manchuria, de la cual se había apoderado, atacó a Mongolia en cuya defensa acudieron las tropas soviéticas, en razón del Tratado de Asistencia Recíproca que regía entre ambos países.

Desde que el fascismo se encarama al poder en Alemania, proclama la supremacía de la raza aria, habla del espacio vital y se propone rehacer el mapa de Europa, liquidando el ominoso Tratado de Versalles. Desde entonces se hacen presente dos posiciones, dos criterios, dos conductas frente al peligro de una segunda guerra. La Unión Soviética le propone a Inglaterra y Francia un pacto de seguridad colectiva, en virtud del cual las fuerzas armadas de los tres países repelerían el ataque alemán, cualquiera fuese la dirección en que él se lanzara o el país que fuese agredido. Por su parte, Inglaterra y Francia, más la primera que la segunda, rechazan esta proposición o, mejor dicho, la aceptan a medias, esto es, concertarse con la Unión Soviética, si el agresor dirige sus pasos contra ellos o sus aliados, pero no contra la URSS. En el fondo, quieren que ésta les

saque las castañas del fuego y dejarle a Hitler abiertas las puertas para que la agreda en cualquier momento.

El anticomunismo encegueció a las potencias occidentales. «Nuestros medios gobernantes -dice el general De Gaulle en sus memorias- pensaban menos en luchar contra el hitlerismo que en golpear a la URSS». (Edición francesa de 1954, Pág. 26).

Inglaterra y Francia asumieron una actitud vacilante y contemporizadora frente al agresor. Neville Chamberlain fue el campeón del apaciguamiento. Como los apetitos de las fieras se satisfacen dándoles de comer, cree satisfacer así también los de la «bestia parda», como se llamaba al fascismo alemán en aquellos años. Con su complacencia, el 11 de marzo de 1938 se produce el *anschluss*, la anexión de Austria por Alemania. Checoslovaquia estaba también en la mira de Hitler. Tenía firmado un Pacto de Asistencia Mutua con Francia y la Unión Soviética. Los checoslovacos estaban dispuestos a tomar las armas para defender su patria, si franceses y soviéticos cumplían sus compromisos. Los soviéticos declararon que estaban dispuestos a cumplirlos si Francia hacía otro tanto. Pero ésta se echó para atrás. Su primer ministro, Daladier, se reunió el 20 de septiembre de aquel año de 1938 con Chamberlain, Mussolini y Hitler en Munich donde firman el Pacto que lleva el nombre de esa ciudad y que significó nada menos que el descuartizamiento de Checoslovaquia. Hitler creó allí el Protectorado de Bohemia y Moravia y declaró que ésta era su última reivindicación expansionista. Chamberlain y Daladier le dijeron que el de Munich era un pacto de paz. Seis meses bastaron para que el mundo entero se diera cuenta de que se le había engañado, que eso no era así. En marzo de 1939, Hitler completó la ocupación de Checoslovaquia y planteó una nueva reivindicación: exigió el puerto de Dantzig y el corredor polaco. Chamberlain tuvo que confesar en la Cámara de los Comunes, que Munich no dio la paz. «Hitler, dijo, se ha portado mal. Pero ahora verá. Ahora vamos a seguir otro camino. Ahora vamos a marchar unidos con todos los países que quieran la paz».

Pero, como ya se ha visto, lo que vino no correspondió a esta declaración.

Después de insistentes requerimientos de la Unión Soviética, el 10

de agosto de 1939 llega a Moscú una delegación franco-británica con el objetivo de convenir algún acuerdo militar que pudiera contener al agresor. 26 oficiales franceses y británicos componen la delegación. Tienen una acogida calurosa en Leningrado y luego en Moscú. El 11 de agosto los recibe Mólotov. Cena con ellos. Hay abundantes brindis por la amistad entre los pueblos. Se desarrollan las conversaciones, pero al día siguiente ya se ve que no se concretan para nada. Los integrantes de la delegación occidental no están premunidos de poderes reales ni demuestran ninguna prisa en llegar a acuerdos. En esas condiciones, el día 14 de agosto el mariscal Voroschilov, jefe de la delegación militar soviética, alza la voz porque sus interlocutores no responden de manera precisa a las cuestiones planteadas. El día 17 suspende las conversaciones hasta el día 21. El periodista Jean-Pierre Azéma, escribe en *Le Monde* del 19 de julio de 1989, que «los soviéticos estaban irritados por la falta de representatividad de la delegación británica». El general Doumenc de Francia estaba bien premunido -explica- de autoridad para tratar cualquier asunto militar; pero el almirante Drax-Plunkett no había recibido ninguna instrucción precisa. Voroschilov se percató que los británicos tenían el encargo de conducir las negociaciones con lentitud y hablar sobre cuestiones generales, en vez de discutir planes concretos con las medidas a poner en práctica en respuesta a la inminente agresión. Hay que decir que este juego de los británicos estaba también determinado en parte por el hecho que Polonia no aceptaba que las tropas soviéticas pasaran por su territorio, a pesar de que no había otra manera de que pudieran enfrenar las tropas de Hitler, ya que la URSS no tenía fronteras comunes con Alemania. El Jefe del Estado Mayor del Ejército polaco declaraba: «Yo no puedo creer que los rusos deseen realmente batirse contra los alemanes... si los autorizamos a entrar en nuestro territorio se quedarán en él». El coronel Beck, el hombre fuerte de Polonia desde los años 30, decía: «Con los alemanes nosotros arriesgamos perder nuestra libertad, con los rusos nosotros perderemos nuestra alma». En *L'Humanité* del 30 de agosto de 1989, Bernard Frederick sostiene que, proporcionalmente, «Polonia fue la nación que pagó el más pesado tributo a la barbarie nazi con la desaparición de cerca de un cuarto de su población». Cuan-

do terminó la guerra el 8 de mayo de 1945, Polonia había perdido 6 millones 28 mil habitantes, de los cuales 3 millones eran judíos.

Esta tremenda pérdida, como todas las pérdidas de la Segunda Guerra Mundial, pudieron evitarse si los prejuicios anticomunistas no hubiesen prevalecido en Londres, en París, en Varsovia y otras capitales de Occidente, porque la guerra podía haberse evitado formando contra el fascismo un frente común de gobiernos, ejércitos, partidos y sindicatos. La Unión Soviética hizo reiteradas proposiciones en este sentido y en repetidas ocasiones la Internacional Comunista se dirigió a la Segunda Internacional y la Internacional Sindical Roja, a los sindicatos que ésta controlaba, haciendo dramáticos llamados a la unidad de acción para detener al fascismo, defender la democracia y salvar la paz.

* * *

Por donde se le mire el Pacto germano soviético de 1939, pacto de no agresión, se justifica ante la historia. En cambio no tienen justificación los protocolos secretos que lo acompañaron. Como ya se dijo, el Soviet Supremo de la URSS ratificó el Pacto, pero no los Protocolos. Estos fueron siempre negados por el Kremlin. Desaparecieron de la Cancillería soviética. En 1989, un alto funcionario del PCUS me dijo que cuando los alemanes se acercaban a Moscú se ordenó quemar muchos documentos, entre ellos los originales rusos de esos protocolos. Otro me sostuvo que toda la documentación del Ministerio de Relaciones se trasladó a Kuibisshev, al otro lado del Volga, cuando el gobierno soviético se mudó a esa ciudad, dejando en la capital al Comité de Defensa del Estado, a cuya cabeza estuvo Stalin. El hecho es que en la entrevista ya citada que Yákovlev concedió a *Pravda*, el dirigente soviético declaró al cumplirse los cincuenta años del pacto que si bien la URSS no posee más que copias de los Protocolos no se puede negar su existencia. «Toda la acción ulterior de las fuerzas germanas y soviéticas, dijo, se funda en la línea de demarcación definida en esos Protocolos». Se trata de la línea Kurson establecida en el Tratado de Versalles.

Cerca de la hora del cierre de estos escritos, el 30 de octubre de 1992 llegó la noticia de que habían sido encontrados los originales de dichos Protocolos en los archivos del Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética. El anuncio lo hizo en Moscú, ante los periodistas rusos y los corresponsales extranjeros, el historiador militar y asesor de Yeltsin, Dimitri Volkogonov. Según el primer protocolo secreto, firmado el 23 de agosto de 1939, el mismo día que fue suscrito públicamente el pacto de no agresión, Estonia y Letonia pasaban a la esfera soviética y Lituania a la alemana. 35 días más tarde, el 28 de agosto, en virtud de otro acuerdo secreto, Lituania pasa también a la esfera soviética a cambio del pago de 31,5 millones de marcos, 27 de los cuales debían cancelarse en oro y el resto en metales no ferrosos. Volkogonov dijo en la rueda de prensa que este trato monetario era desconocido por la historiografía rusa y que lo más probable es que la Unión Soviética hubiera cumplido con él, aunque falta comprobarlo con documentos.

No obstante que los originales de los Protocolos no habían aparecido antes en Alemania, ni en la URSS, ni en parte alguna de la Tierra, se sabía que existían. Además del argumento de Yákovlev, otros hechos lo demostraban.

En la mesa redonda organizada en 1989 por la revista *Voprosi Historii* de Moscú, el analista político Lev Bezimenski, sostuvo que en el Ministerio de Relaciones de la RFA no aparecieron dichos Protocolos por la simple razón de que fueron destruidos durante los bombardeos de Berlín. Pero -agregó entonces- circulan copias de los mismos, que tienen como origen los negativos de microfilmes que fueron fotografiados por orden de Ribbentrop en 1943. Dichos microfilmes fueron llevados a Turingia, al sur de Alemania, donde el funcionario del Minrex, Karl von Losch, los entregó al grupo de investigación anglo-norteamericano. Las películas llegaron a Londres donde fueron procesadas para el conocimiento de Churchill. Los positivos de los microfilmes de la «colección de Losch» se guardan en el Archivo Nacional de EE.UU. (grupo T-120), mientras que los negativos fueron devueltos al Minrex de la RFA. Es notorio que en estos filmes (19 en total) los documentos aparecen filmados en forma mezclada, el propio texto del tratado está en el

filme II, y el protocolo secreto, es el filme 19 (secuencias 179-185). En estos cuadros figuran los textos en alemán y ruso, suscritos por Ribbentrop y Mólotov, así como el texto alemán pasado a máquina especialmente «para Hitler».

Mediante los Protocolos secretos Alemania y la Unión Soviética convenían en lo que se ha dado en llamar «el reparto de Polonia», más precisamente convinieron en reincorporar a la URSS territorios que, históricamente, habían pertenecido primero al imperio zarista y formado parte de la Rusia soviética, hasta que fueron separados de ésta, luego de la intervención de 14 países contra el naciente Estado socialista. No obstante, era y es indiscutible que, en este caso, la Unión Soviética optó por la diplomacia secreta y cometió el grave delito de resolver por la fuerza asuntos que interesaban o afectaban a otros pueblos, cuyos pareceres no se tuvieron para nada en cuenta.

18.

POR QUÉ NO HABLÉ ANTES

Abrigo la esperanza que los antecedentes y reflexiones que contienen estas páginas ayuden a comprender los impactantes acontecimientos que se han desarrollado en la Unión Soviética y Europa oriental y que han conducido al hundimiento temporal de un sistema socialista que costó tanto construir y que, a pesar de sus defectos, constituía un baluarte de la paz y la avanzada de la humanidad en el camino a una sociedad mejor.

Entiendo, a la vez, que muchas de las cosas que digo puedan resultar sorprendentes y que, en consecuencia, a menudo surja la pregunta: ¿Por qué no las dijo antes?

Empiezo por declarar que gran parte de lo que he relatado ha salido a la luz pública sólo en los últimos tiempos y lo he recogido en conversaciones o extraído de libros y periódicos que he tenido ocasión de consultar.

Hay también vivencias y observaciones de larga data, a las cuales no les asignaba importancia o ésta era conscientemente disminuida y subordinada al propósito superior de no decir ni hacer nada que pudiera afectar el prestigio de la Unión Soviética y la cohesión del frente revolucionario mundial.

¿Cuál fue la razón de esta conducta?

Las revoluciones que antecedieron a la rusa habían sustituido una clase dominante por otra, instalando en el poder a unos explotadores en lugar de otros. La que dirigieron los bolcheviques se propuso, en cambio, terminar con toda forma de opresión social y crear una nueva sociedad, una sociedad sin clases antagónicas y a la postre sin clases. Representó el cambio social más grande de la historia humana, el comienzo de una nueva era, la era del socialismo y del comunismo. Los cañones del acorazado *Aurora* que cubrieron el asalto al Palacio de Invierno se escucharon hasta en los más apartados rincones del globo terráqueo. Los trabajadores e intelectuales saludaron alborozados el nuevo día. El movimiento

obrero tomó nuevo auge. Los pueblos coloniales se sintieron alentados en su lucha por la independencia. En muchos países de América Latina los estudiantes entraron a jugar un rol protagónico al lado del proletariado. Las fuerzas progresistas lograron importantes conquistas. Temblaron los reaccionarios de los cinco continentes. No pocos gobiernos burgueses se vieron obligados a reconocer derechos que les negaban a los trabajadores. A la vez, los más recalcitrantes defensores del capitalismo se propusieron negarle la sal y el agua al Estado proletario que surgía en aquel vasto territorio donde por siglos imperaron los zares. Evitar el contagio, aplastar por cualquier medio la nueva sociedad que allí despuntaba fue el objetivo y el sueño predilecto de los estados mayores del capitalismo.

* * *

Los trabajadores chilenos, que ya tenían su propio partido, el Partido Obrero Socialista, estuvieron desde el primer momento con la Rusia soviética. Recabarren vio en el naciente Estado socialista «el más poderoso baluarte de la verdadera democracia del pueblo honrado y trabajador». (*Adelante*, Talcahuano, 7 de febrero de 1918). El luchador obrero y militante demócrata Juan Pradenas Muñoz, que más tarde fue senador, ministro del Trabajo y embajador, sostuvo en el mismo periódico que «el triunfo de Lenin sobre Kerevsky es el triunfo del pueblo sobre la burguesía, es la victoria del proletariado y la derrota de los detentadores de la propiedad y la producción». Vicente Huidobro escribió un hermoso poema, «El despertar de octubre» (*Un mundo se derrumba y otro se yergue/ Una procesión camina hacia la muerte/ Y otra marcha cantando hacia la vida/ Una es el pasado que se esconde/ La otra es el mañana que despierta y vibra/ Como el ala del día*). Escribió también su «Elegía a la muerte de Lenin», en uno de cuyos versos dice del jefe de la Revolución de Octubre que «partió en dos la historia humana».

Desde aquellos ya lejanos días de octubre de 1917, por espacio de casi tres cuartos de siglo, el Partido Comunista de Chile apoyó

resueltamente a la Unión Soviética en las grandes encrucijadas de la historia. La defendió de todos los ataques de que fuera blanco. Marchó siempre, codo a codo, con su Partido Comunista. Hoy se puede discutir y reconocer que en una u otra situación ello fue o pudo ser equivocado. Pero como línea general esa conducta fue correcta. Fue la expresión de una posición clasista.

Hay quienes hoy hacen ostentación del hecho de no haber sido amigos de la Unión Soviética. Algunos van más lejos: hasta reivindican como un mérito haber asumido actitudes antisoviéticas. No dicen, sin embargo, que de ese modo coincidieron en su momento con los enemigos del socialismo y cedieron a sus presiones.

Luis Emilio Recabarren, en el periódico *El Socialista* de Antofagasta del 21 de marzo de 1921, afirmaba: «No hay términos medios, no puede haberlos. Sólo hay dos caminos a seguir: o estamos con nuestros hermanos rusos y por consiguiente con la revolución social, o no estamos con ella... Y quienes están contra el proletariado ruso, están por consecuencia lógica con la sociedad capitalista, con los opresores...».

* * *

Había que estar en una y otra barricada.

En los días de la revolución, durante la guerra de intervención, cuando el fascismo surge y amenaza con una nueva esclavitud, en medio de la Segunda Guerra y después, en el largo período de la guerra fría, lo principal era cerrar filas contra el enemigo común. Así lo comprendieron también los más altos exponentes de la ciencia, el arte y la cultura universales que estuvieron al lado de la Unión Soviética o simpatizaron con ella. El gran Charles Chaplin, al comienzo de la guerra, se dirigió al mundo entero en el Madison Square Garden de Nueva York. Allí dijo: «La suerte de la democracia la deciden los comunistas en los campos de Rusia».

Al lado de la Unión Soviética estuvieron los más destacados intelectuales, incluso en los años de las peores *razzias* stalinianas. Te-

nían repugnancia por éstas, pero prefirieron guardar silencio por superiores razones políticas.

Nadie mejor que Romain Rolland expresó los sentimientos y la actitud que correspondía asumir en tales circunstancias. Refiriéndose a la Unión Soviética de los años 37 y 38, el autor de Juan Cristóbal escribió en su diario lo siguiente: «Allí se instaló un régimen de arbitrariedad absoluta, sin un ápice de las más elementales garantías de libertad. Reprimo en mí la necesidad de hablar y escribir sobre esto. Yo no podría expresar la más mínima denuncia de este régimen sin que los furibundos enemigos, tanto en Francia como en el mundo entero, aprovechen mis palabras como dardo envenenado».

Estas mismas consideraciones llevaron a Einstein a no suscribir una protesta, para la cual había sido requerido, en contra de las represiones desatadas por Stalin después del asesinato de Kirov en Leningrado.

Jean-Paul Sartre, en aquellos años, sostenía, por su parte, que no había que hacerse eco de los rumores sobre trabajo forzado en la URSS, porque eso podría conducir a la pérdida de la fe del proletariado francés.

«Nosotros conocemos los defectos de nuestro socialismo; pero toda crítica a él sería aprovechada para perjudicarnos. Estamos cogidos por esta contradicción», decía Lukas según versión de Henry Lefebvre.

* * *

Los acontecimientos del presente arrojan mucha luz sobre el pasado. Ayer no dispusimos de la información que tenemos hoy, sobre todo porque la sociedad soviética fue una sociedad cerrada y el mundo oficial lo era en mayor grado.

Brevemente, echémosle una mirada.

Cuando llegué a Moscú, en los últimos días de 1976, el Presidente de la URSS era Nicolai Podgorny, un hombre fornido, simpático y

dicharachero. Era uno de los colaboradores más cercanos de Brezhnev. De repente desapareció de la escena política. No recuerdo exactamente el motivo que se dio. Posiblemente se invocaron razones de salud, como era la costumbre, o no se dijo nada. Lo que recuerdo bien es que todos pensamos en esos momentos que los verdaderos motivos eran de orden político. Con Andrei Kirilenko sucedió lo mismo. De un día para otro salió del Buró Político, del Secretariado y del Comité Central del Partido. A Podgorny no se le vio más como si la tierra se lo hubiese tragado. A Kirilenko se le continuó viendo. Estuve con él en una parada militar en la Plaza Roja, pero ya no se encontraba en la tribuna instalada en el Mausoleo de Lenin, sino en las laterales, reservadas a los diplomáticos y a los huéspedes del PCUS y de las organizaciones sociales. En otra ocasión lo divisé sentado en una butaca de la platea del Palacio de los Congresos. Tenía un gran cariño por Chile y por los comunistas chilenos. Había conocido al presidente Frei, al presidente Allende y otras figuras democráticas. «Llegó de Chile cantando como un ruiseñor», me dijo de él una vez Podgorny. En cierta ocasión me permití preguntar qué le había pasado. Pregunté en vano. Como dijo un diplomático estadounidense que había vivido algún tiempo en la Unión Soviética, en Moscú la gente que sabía no hablaba y los que hablaban no sabían.

Si mal no recuerdo, el comunicado sobre la muerte de Brezhnev se dio doce horas después de su fallecimiento. Mientras no se publicó la noticia, no había muerto. Si esto no fue así, pudo serlo. Pinta en todo caso las costumbres que se habían impuesto.

No se publicaba nada sin el visto bueno de los de arriba o de los del medio o de los de abajo que actuaban a nombre de los de arriba. Así funcionaba el aparato. Podríamos agregar que no pocas noticias rompían la cortina del silencio y circulaban de casa en casa, pero allí se mezclaban verdades con chismes y ése era un mundo al que no accedíamos los chilenos residentes.

En los seis años que viví en la Unión Soviética nunca apareció en la prensa una crónica roja. No había muertos, heridos, ni accidentes de aviación, ni crímenes pasionales, ni nada por el estilo. Con la *perestroika* y la *glasnot* se vinieron a saber cosas que se ignora-

ban. Así por ejemplo, en el número 35 de *Tiempos Nuevos* de 1989 leí más tarde datos espeluznantes. He aquí algunas cifras: en 1984 se suicidaron en la URSS 81 mil 417 personas y en 1987, 54 mil 105. En 1988 hubo 16 mil 710 asesinatos premeditados. Desgraciadamente, en este campo la URSS no iba a la zaga de los países capitalistas.

Hasta hubo un terremoto del cual no se dio ninguna información pública. Ocurrió en Armenia en abril o mayo de 1931, en la zona de las minas de cobre de Zangesur. Varios miles de personas resultaron muertas o heridas, perecieron miles de reses, decenas de aldeas fueron arrasadas, la población quedó sin hogar, sin comida y sin techo. La prensa soviética recibió orden de callar y no dijo nada del sismo. Una escritora armenia, Marietta Shaguinin, logró romper parcial e inteligentemente la censura, dirigiéndole una carta al diario *Isvestia* que éste publicó en su edición del 9 de mayo. «Demorando la ayuda a Zangesur -dice en su carta- demoras el cumplimiento del plan de extracción de cobre. Cada tienda de campaña para una familia campesina que quedó sin casa, ayudará a extraer un *puds* más de cobre, y cada noche pasada en la intemperie permitirá que ese *puds* siga en la mina inevitablemente».

Quedó también en silencio la horrible explosión que se produjo en la rada de Magadan el 23 de agosto de 1939, el mismo día que se firmó el pacto germano-soviético de no agresión. Allí perecieron entre tres a cuatro mil personas. «Prácticamente nadie sabe nada hasta ahora», escribió el historiógrafo Nathan Eidelman, también en *Tiempos Nuevos* N° 30 de 1989. ¡Y qué decir de los millones de alemanes del Volgao de los tártaros de Crimea, que fueron sacados de sus tierras y desparramados por diversos lugares del territorio soviético durante los años de pre-guerra! Nada o muy poco se sabe de ello. Y lo peor de todo: durante medio siglo se ocultó la verdad acerca de la matanza de Katin, donde fueron ejecutados entre 15 a 20 mil soldados y

oficiales polacos. Siempre el Kremlin le echó a los nazis la culpa de esa masacre- Sólo a fines de 1992 se han descubierto y revelado los documentos que comprueban que fue obra de las tropas soviéticas al comenzar la Segunda Guerra Mundial.

* * *

Esta falta de transparencia nos empañó la vista. Pero no sólo ocurrió esto. Tampoco veíamos o no queríamos ver la realidad tal cual era. Esta actitud se ve muy clara en el caso de Stalin.

La olla podrida de la criminalidad staliniana se destapó sólo en 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista Soviético. Y siguió destapándose con la *perestroika* y la *glasnot*. Circulaban, es cierto, antes del XX Congreso, informaciones que emanaban de fuentes troskistas y de los Servicios de Inteligencia del capitalismo que denunciaban las fechorías cometidas. Recuerdo, incluso, que en los años 30 ó 40 se publicó en Chile un libro cuya tapa con letras rojas estaba toda cubierta con su título: *Los crímenes de Stalin*. Bastaba que tales denuncias emanaran de los grupos troskistas o de las agencias de inteligencia occidentales para que no las creyera en absoluto y que no leyera nada que viniera de dicho campo. Este era también el comportamiento de mis demás camaradas. Nos poníamos anteojeras. Tal era nuestra mentalidad, la mentalidad comunista de los años 30 ó 40, que no terminó con el XX Congreso y sigue manteniéndose en muchos de nosotros, aunque cada vez con menos fuerza.

La actitud ante la Unión Soviética era la piedra de toque de los revolucionarios. Esto sonaba como una sentencia, como un precepto indiscutible. Válido durante largo tiempo, cuando lo principal era estar al lado del primer país socialista del mundo, se asumió por parte de la mayoría de los partidos comunistas a ojos cerrados. A esto contribuyó en grado sumo el hecho que dichos partidos se concibieron hasta 1943 como secciones de una sola colectividad mundial, la Internacional Comunista y se guiaron, en los primeros años, por la idea de que la revolución socialista tendría un carácter mundial y abarcaría en un primer tramo a toda Europa. El mismo Lenin tenía esta opinión. La sacralización de Lenin, el culto a la personalidad de Stalin y la definición del Partido Comunista de la Unión Soviética como el partido guía, dirigente o cabeza del movimiento comunista, completaron el cuadro de la insuficiente auto-

nomía y del pobre esfuerzo creador de la generalidad de los partidos.

Ya escritos estos párrafos tuve un agradable encuentro con opiniones vertidas por Aragón, el gran novelista y poeta francés, entrañable amigo de Pablo Neruda. Las encontré en una vieja revista *Ercilla*, en casa de la pintora Regina Pérez, donde se reproduce una entrevista que concedió a *L'Express*, en 1971. Aragón habla del amor, de las inquietudes del hombre contemporáneo, de su militancia comunista, de Stalin y otros temas.

El periodista le recuerda un verso suyo: *Se quisiera que anduviera así el mundo; no se le ve ya como él es.*

Y le pregunta: «¿Hay que ver en estos versos una alusión a las revelaciones del informe Jruschov acerca del período stalinista?

«-Nunca he sido totalmente ciego -contesta Aragón-. Había cosas que no me gustaban. La cita que acaba de hacer es anterior al XX Congreso del partido. No quiero decir con esto que yo sabía cosas que personas con informaciones reales -como en el caso de Jruschov- han podido revelarnos después. Eso no podíamos saberlo nosotros. Acaso yo haya sentido menos asombro que otros al saber tales cosas; pero durante largo tiempo creí también que el único recurso contra lo que me disgustaba era Stalin, precisamente, debido a su posición y hasta en razón del uso arbitrario que hacía de esa posición.

«Yo juzgaba a Stalin por ciertas intervenciones: por ejemplo, porque con una sola palabra pujo fin a la odiosa campaña contra Mayakovski, cinco años después del suicidio de este gran poeta. O por algunos textos que él había escrito; por ejemplo, la definición del antisemitismo como una forma moderna del canibalismo. Yo ignoraba que los actos antisemitas de la época staliniana en la URSS eran obra del mismo que había dado esa definición del antisemitismo. Mi persuasión era que Stalin podía arreglar los problemas que a mí me sublevaban. Era mi esperanza. Yo ignoraba naturalmente que todo partía de él. Pero mi ceguera no era tan completa como la de otros de nuestros camaradas.

«-¿Se reconoce a sí mismo cierta dosis de ingenuidad en el pasado?

«¡Naturalmente! Acabo de decirlo. ¿Pero cree usted que las personas que pueden decirme ahora: 'Usted dio prueba de ingenuidad', no sufren de ingenuidad tanto o más grande en otros terrenos?

«El stalinismo creó las condiciones para la credulidad de personas como yo; esto es verdad. Sin embargo, no puede afirmarse que yo fuese staliniano en el sentido que esta palabra ha tomado para mí en la actualidad. Muchos hombres como yo han sido más víctimas que creadores de un sistema que tuvieron que defender, en la ignorancia total de los vicios y crímenes de ese sistema. Dicho esto, tengo que hacer presente que he escrito mucho y que, por tanto, pertenezco a esa categoría de personas a las cuales se les puede poner a cada momento ante los ojos lo que dijeron tal día, lo cual no prueba nada en realidad. Las personas que no escriben aprovechan las circunstancias de que no se puede probar lo que pensaron: se olvidan todas las tonterías que dijeron y que el viento se ha llevado».

19.

EN EL SUR DEL MUNDO

Las fuerzas que hoy están a la ofensiva se empeñan en conducir a la ex Unión Soviética por el camino capitalista. Mas, los pueblos de Rusia y demás países que ahora forman la Comunidad de Estados Independientes se encuentran en dicha senda sin haberla elegido. Sucesivas encuestas de opinión realizadas en el curso del año 1991 -entre otras, la que se llevó a cabo por encargo del Times Mirror Center for de People and the Press, administrado por los editores del periódico *Los Angeles Times*- indicaron que la mayoría del pueblo no estaba por el cambio del sistema.

Lo que el pueblo quería -y lo que se planteó al inicio de la *perestroika*- fue la reestructuración del socialismo, no la vuelta al capitalismo. Gorbachov no le ofreció el capitalismo al pueblo.

Con la *perestroika* se expuso la necesidad de combinar planificación con mercado, de revalorar el papel de las relaciones monetario-mercantiles y de la ley del valor, y de aprovechar al máximo las ventajas del sistema económico socialista, ante todo la planificación, eliminando en ésta el subjetivismo y otras deformaciones. Se resolvió ampliar la autonomía económica de las empresas y diversificar las formas de propiedad, manteniendo ésta su carácter socialista. Con tal objetivo, se promovió la creación de cooperativas que debían funcionar a base del aporte de sus propios socios, al margen de la explotación del trabajo ajeno, a fin de entregar al mercado nuevos o mayores bienes y servicios y, por la vía de la competencia, estimular al sector estatal a producir más y mejor. Al mismo tiempo, se autorizó a las empresas a operar por su cuenta en el comercio exterior con vista a estimular las exportaciones, acrecentar el ingreso de divisas y obligarlas a modernizar sus procesos productivos y a mejorar la calidad de sus productos para competir con éxito en el mercado internacional. Con estas reformas, la economía socialista saldría del estancamiento y nuevamente tomaría altura.

En la práctica se marchó en otra dirección y los resultados han sido diferentes a los anunciados.

En un análisis del académico Grigori Kotovski, secretario general de la Federación Mundial de Trabajadores Científicos, publicado en extracto por el semanario *El Siglo*, se constata que no se lograron los propósitos proclamados por la *perestroika*. La mayor parte de los asociados en cooperativas y de los dirigentes de las empresas se han dedicado principalmente a especular en el comercio interior y exterior. Se ha creado así una capa de capitalistas de tipo especulativo, constituida por un sector de la nomenclatura, al que pertenecen y se vinculan funcionarios corruptos del Estado. El capital que se genera por esta vía prácticamente no se invierte en la producción, sino en nuevas actividades especulativas; ni siquiera se destina a la importación de mercancías de consumo que necesita la población, sino a la adquisición de autos de lujo y otros bienes no indispensables y de alto precio para solaz de los que pueden acceder a ellos, que no son otros que los mismos componentes de esta burguesía en formación. Más todavía, una parte de sus ganancias mal habidas las depositan en bancos del exterior, donde tienen cuentas que se estiman entre 16 mil a 20 mil millones de dólares. De este modo, sostiene Grigori Kotovski, «ha florecido la corrupción, se han reforzado los elementos especulativos y mafiosos. En otros términos, la descomposición del viejo sistema se ha intensificado sin que un sistema nuevo, cualquiera que éste fuere, se haya creado en su reemplazo».

El capitalismo surgió, históricamente, como un paso adelante, como un sistema superior, en reemplazo del régimen feudal que le antecediera. Y esa superioridad la probó en los hechos. Surgió de las entrañas de la sociedad precedente, en cuyo seno se venían incubando los elementos que pugnaban por abrirse camino en la vida. De ahí su fuerza. De ahí que en su momento fuese necesario y factible. No es lo que sucede ahora en la ex-Unión Soviética. El capitalismo que allí se trata de implantar no responde a las perentorias e ineludibles exigencias que impone el desarrollo de la sociedad. Por ello, es atípico y antinatural. Aparece, más bien, como una imposición voluntarista que lleva adelante un grupo social atraído por ese sistema, a cuya cabeza está Boris Yeltsin.

El capitalismo necesita capital y capitalistas. En la ex-Unión Soviética surgen capitalistas, hay alguna acumulación primitiva de capital, los grandes países de Occidente le ofrecen créditos de hasta dos dígitos en miles de millones de dólares y numerosos industriales, comerciantes y banqueros destinan recursos para constituir empresas mixtas, montar bancos y desarrollar toda clase de negocios, a la vez que prestan asesoría en la implantación y manejo de empresas capitalistas y en el empleo de modernas tecnologías en algunos sectores de la economía. La British Petroleum y la State Oil se interesan por la extracción de petróleo, la multinacional sudafricana De Beers por los diamantes de Yakuta, la Alaska Mining Corporation por el oro de Siberia.

«La privatización en Siberia -anota el enviado especial de Le Monde Jean-Jacques Narie- tiene en vista reducir la región prácticamente al estatus de colonia suministradora de materias primas, cuyas transformaciones se harán allí donde las multinacionales lo decidan. La liquidación de las industrias nacionales de transformación y un paro masivo de trabajadores calificados serán consecuencias ineluctables». De acuerdo a estos hechos, la ex-Unión Soviéticas «tercermundiza», se desliza hacia un capitalismo subdesarrollado, sometido al imperialismo. Los otros países de Europa del Este, que abandonaron el campo socialista, ruedan también por esta pendiente. «El Este busca ir hacia el Oeste, pero se encuentra en el Sur. El Este buscaba la libertad y la prosperidad del Oeste y ha encontrado la pobreza, el subdesarrollo y la fragilidad característica de la democracia del Sur del mundo», dijo Bronislaw Jermex, calificado de «fino estratega del post-comunismo polaco», en un foro realizado en París por iniciativa del diario *Liberación*.

Pero no está claro hasta dónde y hasta cuándo los ex-países socialistas podrán marchar por este camino.

En la ex-Unión Soviética, las fábricas, las minas, las tierras, los transportes, los bancos, el comercio, siguen siendo de propiedad estatal, formalmente de toda la sociedad, en un noventa por ciento o más. Lo que se ha logrado en cuanto a la formación de capital privado y de empresarios con mentalidad capitalista moderna es en extremo insuficiente para adquirir y modernizar los medios de

producción o invertir en nuevas industrias. La banca internacional tampoco dispone de recursos, en la magnitud que se necesitaría, para financiar la privatización y modernización de la economía. Además, invierte donde ve seguridades y éste no es el caso para todos.

El proceso de formación de capitalistas y de capitales, por muy rápido que ande, requeriría de no pocos años, y la situación económica, social y política que existe en la ex-Unión Soviética exige prontas soluciones.

El retomo al capitalismo encuentra seria resistencia. En los últimos días de octubre de 1992, ocurrieron hechos reveladores. En la República asiática de Tadyikistán, el sábado 24 de dicho mes, los destacamentos armados procomunistas, encabezados por Safaradi Kendyáev, ex-líder del Congreso, se tomaron el Palacio Presidencial y la sede del Parlamento. Dos días después abandonaron estas posiciones y se retiraron de Dushambé, la capital tadyika, bajo la protección de los efectivos de la 201 división del Ejército ruso que permanecen en el lugar. La evacuación de los destacamentos armados procomunistas se produjo tras un arreglo que -según la agencia EFE- «en opinión de algunos observadores lo convierten sólo en una tregua para ganar tiempo y acumular fuerzas». En el Báltico hay también mar de fondo. En las elecciones parlamentarias de Lituania, celebradas el domingo 25 de octubre, el Partido Democrático del Trabajo, que agrupa -dice el cable- a los antiguos comunistas, obtuvo 45 de los 86 asientos cubiertos en la primera vuelta y se estima muy probable que en la segunda vuelta, que tendrá lugar el 8 de noviembre, obtenga también la mayoría de los 55 escaños que restan por llenar. En un cable despachado desde Ginebra dos días después y que publica *La Época* del miércoles 28, la misma agencia EFE informa que el cotidiano suizo *Journal de Geneve*, opina que en esas elecciones se reflejó «el cansancio de una población que expresó su decepción porque la libertad por la que lucharon, por la que corrieron riesgos e incluso derramaron sangre, no les ofrece más que sudor, lágrimas, desempleo y descenso del nivel de vida. Prefieren -añade el diario- regresar al pasado».

En carta a *Pravda* del 11 de diciembre del 1991, un ciudadano ruso daba esta misma opinión. «Nunca pertenecí al Partido, ni fui a mitin alguno -escribía-, pero la mejor época la viví en la 'esclavitud' comunista. Los medios de comunicación masiva -añadía- aseguran que antes todos teníamos una venda en los ojos y que por fin ahora se instauró en el país la democracia y la libertad. Pero yo no tengo la posibilidad de comprar lo que necesito para mí y para mis hijos. Les devuelvo esta libertad, que para nada la necesito».

Volviendo a la información de Ginebra, la agencia EFE sostiene también que en opinión del *Journal de Geneve*, «el éxito de los comunistas en las elecciones de Lituania y la amenaza que pesa sobre el presidente ruso, Boris Yeltsin, hasta la reunión del Congreso de los Diputados en diciembre, marcan el principio del regreso de los comunistas al poder en el Este de Europa».

Pienso que ésta es una opinión exagerada. Falta que pase no poco tiempo para que ello ocurra.

La gente está haciendo su experiencia, aprendiendo las lecciones de la vida. Bajo el régimen socialista, no obstante sus deformaciones e insuficiencias, tenían asegurado el trabajo, la vivienda, la educación, el descanso, la salud. Hoy no es así. Para tener asistencia médica, por ejemplo, ahora no se necesita estar enfermo, sino tener dinero. El dinero pasó a ser lo principal.

«El que dispone de dinero no tiene mayores dificultades. De partida, puede adquirir lo que necesita para comer y vestir», me dijo Rene Largo, estudiante de periodismo en Leningrado (el pueblo sigue llamando así a la hermosa ciudad que fundó Pedro el Grande), cuando estuvo en Santiago a raíz de la tan sentida muerte de su padre.

Luego me hizo saber que el gran problema es el de la seguridad personal. Medio mundo anda con esos dispositivos de defensa individual que se accionan como un *spray* y que expelen un líquido que momentáneamente encegueuse y paraliza al atacante.

Así comienza allá la selva capitalista.

La economía no da señales de estabilidad, prolifera la delincuencia, crece el descontento, aumenta el desprestigio de los gobernantes.

tes. En este cuadro todo es posible: acontecimientos similares a los de Lituania y Tadyikistán, movimientos sociales organizados, disputas violentas por adquirir alimentos, golpes de Estado en Rusia y otras de las naciones que ayer formaron la Unión Soviética, guerras civiles, nuevos conflictos armados interétnicos y otras manifestaciones del descontento del pueblo y de la lucha por el poder. Por ahora, la situación se deteriora de más en más. Lo más probable es que en algún momento toque fondo y comience a repuntar tras una solución de fuerza de uno u otro signo. Pinochet se las ha recomendado públicamente a los que se han decidido por el capitalismo. Les ha dicho que, sin consideraciones de ningún tipo, deben proceder de un solo tajo a «cortarle la cola al gato», como lo hizo él. Yeltsin se orienta en esta dirección, a juzgar por las últimas decisiones que ha tomado, como la disolución del Frente de Salvación Nacional, la coalición opositora a su gobierno que ha surgido últimamente y que ha rechazado esa medida, denunciándola como antidemocrática e inconstitucional.

Pero la vía no está libre. La gente sale a la calle, protesta, se organiza. En todas partes se crean comités destinados a defender los intereses y los derechos de los trabajadores. Un cierto número de sindicatos han denunciado la destrucción de sectores enteros de la industria nacional, han alertado contra el paro y han creado un Comité internacional contra los planes de privatización, pillaje y ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional.

La última palabra la dará el pueblo, el gran pueblo ruso. A la hazaña de la magna Revolución de Octubre agregará, un día no lejano, la proeza de reconstruir la sociedad de sus sueños.

No habrán transcurrido en vano los 70 años de socialismo, ni las deformaciones y errores que lo llevaron al colapso.

LA RUEDA DE LA HISTORIA NO DEJA DE GIRAR

Con el derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y Europa oriental se produce un cambio colosal en la correlación de fuerzas internacionales. Los magnates del gran capital han vivido días de felicidad. Han logrado lo que jamás soñaron. Los que en algún momento pensaron en ello, lo fue al precio de muchas vidas, a través de una tercera guerra mundial que no estaban decididos a desencadenar, porque podría significar la conversión de la Tierra en un cementerio donde tendrían también sus propias tumbas. Ahora ven la desaparición de su poderoso y temible enemigo, la Unión Soviética, sin que hayan tenido que disparar un solo tiro, ni lamentar la pérdida de uno solo de sus soldados.

Así se pone fin al mundo bipolar. Deja de existir una de las dos superpotencias, y la que sobrevive, los Estados Unidos de América, pasa a imponer su *diktat* casi sin oposición. El papel que jugó en la guerra del Golfo Pérsico y que desempeña en la asistencia alimentaria a Somalia, en ambos casos con el acuerdo de las Naciones Unidas, parece sentar peligrosos precedentes que podrían llevarlo mañana a intervenir en Yugoslavia y otras partes en pos de una absoluta hegemonía planetaria.

El desplome del sistema que se comenzó a edificar a partir de la revolución Rusa de 1917 no es sino el desenlace de la profunda crisis que lo venía corroyendo desde años y que estalló y salió a la superficie apenas se inició la reestructuración y democratización de la sociedad soviética, a través de lo que el mundo entero conoce como la *perestroika* y la *glasnost*.

Dicha crisis y la salida desastrosa que tuvo han menoscabado el prestigio del socialismo en una medida que no habían podido lograr 70 y tantos años de contrapropaganda. A los desencantos en el defectuoso régimen socialista que se había construido en la ex-Unión Soviética y la Europa oriental, se han unido las ilusiones que ha despertado el capitalismo en su fase más moderna.

El gran capital manipula los medios de comunicación, la TV en primer lugar, para inculcar en los pueblos ideas, valores y gustos que favorecen su dominio. Un ejército internacional de millones de seres humanos trabajan día y noche en esos medios, realzando la violencia, el sexo, las costumbres disolutas, el consumismo, el buen pasar, la vida dispendiosa que lleva una parte de la sociedad capitalista y tratan de hacer creer que ello está al alcance de todos los pueblos y que ahí está el *non plus ultra* de la felicidad. No se puede negar que esta propaganda tuvo y tiene eco, incluso en una parte de la población que vivió en el socialismo, principalmente en su juventud.

Asimismo, a través de los más variados canales y de diversos métodos, los agentes del capitalismo inducen a la gente a no pensar o a pensar poco, todo en el intento de lograr que el hombre deje de lado los más nobles ideales y se convierta en un animal que sólo trabaje y consuma.

Nos ha tocado presenciar también otro fenómeno negativo. Abundan los que en los últimos años hicieron abandono del campo revolucionario y sostienen hoy que la revolución es imposible y el socialismo una quimera o se declaran partidarios del llamado socialismo democrático, que se proclama como tal en varios países de Europa y que tiene la rara particularidad de existir a gusto de las multinacionales.

Está de moda la economía de mercado y vivimos la fiebre de la privatización. Una y otra son presentadas como panaceas para resolver todos los males. En este terreno, Chile es mostrado como ejemplo, como pionero y líder de la modernización. Y los responsables del área económica del gobierno de Aylwin no se quedan en chicas. Anuncian con bombos y platillos que estamos a un tris de entrar al mundo desarrollado. Hasta han fijado fecha. Será el año 2010.

Entre nosotros, ex-campeones del estatismo, de la expropiación y socialización de todos los medios de producción, que en otros tiempos querían que pasaran al área social todas las industrias, tanto las grandes como las pequeñas, son hoy celosos custodios del capitalismo, guardianes de los intereses de los empresarios, adora-

dores del mercado, hinchas de la libertad de empresa, paladines de la libre competencia. Son los «renovados», tanto más «renovados» cuanto más se corren al centro o a la derecha y más palabras de reconocimiento reciben de los capitalistas. Son los que abandonan la teoría revolucionaria del marxismo, que le asigna a la lucha de los pueblos un valor decisivo en procura de una sociedad mejor, y la reemplazan por la filosofía oportunista del pragmatismo, que se presenta como sinónimo de realismo. Los pragmáticos definen la política como el arte de lo posible, sin tener para nada en cuenta lo que puede hacer la acción organizada de los hombres que se unen en torno a un propósito común y se basan en las leyes objetivas del devenir histórico. De este modo, fomentan la pasividad y justifican los compromisos que envuelven renuncios a la lucha por el cambio social.

También hay defecciones en las filas comunistas. A no pocos de los muchos que hicieron del marxismo una religión, se les cayeron los ídolos y las catedrales, dejaron de ser comunistas -lo que declaran con énfasis para que nadie los confunda- y se proclaman simples demócratas de izquierda. Los más, comprendidos muchos que por ahora no reconocen filas, mantienen sus convicciones y asumen críticamente las duras lecciones. Gran parte de ellos tiene hoy una moral menos alta y una pasión combativa inferior a la que antes se les ha conocido y admirado. En todo caso, los núcleos más activos se distinguen por su perseverancia en la lucha, por su indómita decisión de mantener en alto la bandera del socialismo y por la disposición al sacrificio personal en aras de la causa que abrazaron. Son los que, junto a los revolucionarios de otras formaciones, se empeñan en renovarse de verdad, en comprender a cabalidad las causas de los fracasos del socialismo, en dominar los complejos problemas de todo orden que presenta la vida y en poner en movimiento las fuerzas del pueblo para abrir las grandes alamedas de las que habló el presidente Allende en su último mensaje.

En las circunstancias que configuran esta última década del siglo XX y del segundo milenio, no faltan quienes proclaman el fin del comunismo y de las ideologías, la victoria definitiva de la democracia liberal y el eterno dominio del sistema capitalista en todo el

mundo. El más caracterizado intérprete de este delirio es el norteamericano, de ascendencia japonesa, Francis Fukuyama, exconsejero del Departamento de Estado, autor de un libro que tiene un truculento título: *El fin de la historia y el último hombre*.

En la onda de Fukuyama transmite *El Mercurio* de Santiago de Chile. En su edición del 3 de mayo de 1992 sostuvo que «perdieron terreno los postulados del conflicto intrínseco entre el capital y el trabajo, entre el hombre de empresa y su personal, entre las metrópolis y la periferia del Tercer Mundo». Y proclama el advenimiento de «un capitalismo para todos».

Hay gente de su propio campo que le sale al camino y no comparten tan ligeros juicios. Y los refuta la elocuencia de los hechos. A la semana siguiente de haber emitido *El Mercurio* tan interesado diagnóstico, el mundo fue estremecido por la airada explosión de los negros e hispanoparlantes de Los Angeles, que dio por resultado 55 muertos, 3 mil heridos y 3 mil 700 asaltos e incendios a establecimientos comerciales, a raíz de haber sido absueltos los policías blancos que casi mataron a palos a un chofer negro. Pocos días después, 300 mil trabajadores de los aeropuertos y de otros sectores públicos de Alemania iniciaron una huelga que concluyó con un aumento de salarios superior al ofrecido al comienzo del conflicto.

El capitalismo tiene 400 años y más de 200 la revolución burguesa que proclamó los derechos del hombre y enarboló la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los seres humanos. Pero en la misma Francia el sufragio universal se hizo realidad sólo 80 años después, en 1869; la libertad de prensa 95 años más tarde, en 1884, y la libertad de asociación a comienzos del siglo XX. La mayor parte de la humanidad vive aún en el atraso y la opresión. Las libertades democráticas son usufructo de una minoría. Dos mil millones de seres humanos, casi el 40% de la población mundial, viven en la miseria. El Fondo de Población de las Naciones Unidas reveló, en mayo de 1992, que año tras año crece el número de los pobres en los países del Tercer Mundo. Entre 1970 y 1985 aumentaron en 162 millones, pese a su reducción porcentual. Las patéticas imágenes de niños muertos de hambre en Somalia, transmiti-

das por la TV hacia los cuatro puntos cardinales, muestran hasta donde llega la situación de injusticia y desigualdad sociales que prevalece sobre la Tierra. La brecha entre los países ricos y los países pobres ha aumentado al doble en los últimos 30 años, dice otro documento de las Naciones Unidas, el «Informe mundial sobre el desarrollo humano 1992». Más de un cuarto de la población mundial no dispone de alimentación suficiente, 1.200 millones de seres humanos sobreviven apenas en la pobreza absoluta, 1.500 millones no tienen acceso a los servicios de salud, 180 millones de niños están desnutridos, más de 300 millones no frecuentan la escuela primaria y cerca de un millón de criaturas africanas que viven al sur del desierto de Sahara están infectadas por el SIDA.

En el llamado Foro de las Américas que se realizó en Estados Unidos los días 22 y 23 de abril del 92, el presidente Bush se vanaglorió de los cambios operados en la Europa del Este y en lo que fue la Unión Soviética, sostuvo que en el continente americano se había iniciado una era llena de esperanzas y anunció «la creación de algo que la humanidad jamás ha visto: un hemisferio -dijo-completamente libre y democrático mientras la prosperidad fluye bajo el comercio libre».

Tan idílico panorama no tiene nada que ver con la realidad. La mayor parte de la población de América Latina vive en la pobreza. «El atraso económico de América Latina es inherente al propio modelo, de modo que la posibilidad de que América Latina alcance a Estados Unidos es irreal». Esto afirma el economista argentino Raúl Prebisch en su libro *Capitalismo periférico o socialismo democrático*, publicado hace ya diez años, pero no por eso menos actual. Prebisch, que fue largos años secretario ejecutivo de la CEPAL, sostiene que «el desarrollo de América Latina no puede contar con la posibilidad de alcanzar a Estados Unidos» y demuestra que «el atraso no constituye una etapa, sino la propiedad del modelo dado del capitalismo, con el cual una parte significativa del producto obtenido se saca al exterior en forma de ganancias, intereses, etc.». Para completar su pensamiento agreguemos que en su libro afirma también que «para los latinoamericanos tampoco sirve el socialismo del Kremlin por cuanto éste es un sistema de producción que oprime toda iniciativa y enajena al trabajador de los me-

dios de producción, aunque declara que les pertenece al pueblo».

Los países desarrollados son los primeros que entraron a la era industrial. Ellos monopolizan los recursos financieros, disponen y usufructúan de la tecnología más moderna y extraen pingües beneficios de sus relaciones con las naciones del sur. A través del intercambio comercial y del sistema de créditos les sacan más de lo que entregan. En no escasa medida, su prosperidad se alimenta de la miseria y el atraso de los pueblos subdesarrollados. Con todo, el panorama que ofrecen está muy lejos de convertirlos en paradigma para los demás. Estados Unidos no es precisamente Jauja. «Casi 25 millones de estadounidenses, uno de cada 10, reciben ayuda del Estado para alimentarse, según cifras publicadas por el Departamento de Agricultura», dice un cable de la agencia EFE, publicado en *La Época* del 2 de marzo de 1992. Esto ocurre, es cierto, en medio de la recesión de la economía norteamericana, pero aun sin recesión, son millones los habitantes de Estados Unidos que viven en la pobreza y la marginalidad social. Los negros siguen discriminados. Representan sólo el 12% de la población estadounidense; pero en las cárceles el 45% de los reclusos pertenecen a la raza negra. La población hispanoparlante, coreana, china, es igualmente discriminada.

En los marcos del capitalismo, no tienen solución los grandes problemas sociales que derivan de los antagonismos de clase, y no se ve que vayan a tenerla los llamados problemas globales, atingentes a la preservación de la vida humana. La humanidad se encamina al suicidio por la polución del aire, la tierra y el agua. Como dijo Fidel Castro en la Cumbre de Río de Janeiro para la preservación del medio ambiente, recién tomamos conciencia de que el hombre está en peligro de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de las condiciones naturales de su existencia. Son muchas las voces que reclaman la adopción de medidas. En la escala de cada país se adoptan algunas, cuando, por ejemplo, la atmósfera se hace irrespirable en Ciudad de México o en Santiago de Chile. Pero, en general, la situación se sigue agravando. Avanza la tala de los bosques nativos y hasta se construyen obras hidráulicas como la de Pangué, en el sur de nuestro país, a sabiendas que se mata el ecosistema de una parte considerable de la zona donde viven los pehuenches. Y

es que el interés capitalista se impone sobre el interés de la comunidad. Como afirma Manfred Max Neef, Premio Nobel Alternativo de Economía y Rector de la Universidad Bolivariana, se necesita una «economía ecológica», una «economía al servicio de la vida y no, como ha sido la regla de nuestro siglo, la vida al servicio de la economía». Pero las cosas marchan en otra dirección. De ahí que en la ya mencionada Cumbre de Río, el Presidente norteamericano se negara a suscribir las conclusiones para adoptar, en escala mundial, medidas en defensa de la naturaleza. Y aunque la Unión Soviética no dio ejemplos positivos en este terreno, la verdad es que una sociedad donde no imperen los intereses creados, la sociedad socialista, aparece en mejores condiciones para salvar al mundo de su autodestrucción.

El capitalismo lleva consigo un sinnúmero de otros problemas que afectan la vida espiritual del ser humano. De más en más, incuba la angustia, el stress, enfermedades psíquicas que el hombre no conoció antes y que en los marcos del sistema lo llevan a la locura'. Hasta por esta razón se requiere avanzar hacia una sociedad donde prevalezca el interés común y se organice la vida social con criterios racionales de acuerdo a principios verdaderamente humanistas.

El mundo no puede seguir como está ni continuar por la pendiente de su autodestrucción. El siglo XXI será el siglo de las mayores explosiones sociales en procura de la justicia social, en favor de la supervivencia humana y en defensa de la vida terrestre.

Mientras el hombre pueble la Tierra, la rueda de la historia no se detendrá. Y hasta se puede sostener que no gira ni girará hacia atrás, si tenemos presente que el progreso humano no se desenvuelve en línea recta, sino avanza resolviendo las contradicciones que surgen incesantemente en la sociedad y el *homo sapiens* jamás dejará de pensar, soñar y luchar por una vida siempre mejor.

Santiago de Chile, enero de 1993.

A MANERA DE EPILOGO

LO DICE FUKUYAMA

*Lo dice Fukuyama
la historia se acabó / ya no hay remedio
se consumió la llama
y ha empezado el asedio
de la vana esperanza por el tedio
Hegel lo anunció antes
y lo predijo Marx (cuando valía)
y hubo otros hierofantes
cada uno en su día
que auguraron el fin de la utopía
en tiempos de cordura
oficial / ordenada / preferente
no cabrá la aventura
ya que juiciosamente
no alentará quimeras el presente
hemos llegado al techo
de lo posible / ¿no hay otra salida?
la suma de lo hecho
¿colmará la medida
de aquello que esperamos de la vida?
la historia ¿habrá acabado?
¿será el fin de su paso vagabundo?
¿quedará aletargado
e inmóvil este mundo?
¿o será que empezó el tomo segundo?*

Mario Benedetti

Este documento ha sido tomado de “Reseña Biográfica de Luis Corvalán Lepe”
en la página de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile
https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Luis_Corvalán_Lepe

Se publica en marxists.org según la licencia bajo la cual fue publicado digitalmente por el BCN: Atribución 3.0 Chile (CC BY 3.0 CL)

Usted es libre para: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material Para cualquier propósito, incluso comercialmente

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe darle crédito a esta obra de manera adecuada, proporcionando un enlace a la licencia, Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo del licenciante.

No hay restricciones adicionales — Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

El licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Esta es una reseña de la Licencia. Para acceder al texto completo acuda a: <https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/cl/legalcode>

